



En la
Oscuridad

KATTIE BLACK

Masters
of Darkness



EN LA OSCURIDAD

Kattie Black

©DirtyBooks, diciembre de 2015

Portada: *Kattie Black*

En la oscuridad de Kattie Black está registrada bajo una licencia [Creative Commons](#). No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora o los editores.

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

*I'm from where the magic is
I'll give you what I cannot take away with me
And the sunlit day and moon
I wanna have a silent kiss, I wanna make you mine,
I'm thinking how... can't leave me now
Stay with me somehow
You come from where the fire is,
you give me what you couldn't burn the last time
One sunless day and moon
I wanna be so close to you,
see whatever scars you carry within your broken heart,
Mine's your missing heart
I am feeling your face in the dark
I'm hearing you breathe in the dark
I am tasting your lips in the dark
I'm holding you close in the dark
Sonata Arctica - In the dark*

INTRODUCCIÓN

El sol me está dando en la cara.

Hace un buen rato que lo sé, veo el velo rojo y brillante de mis párpados, y eso no me deja dormir. Y además, hay algo tirándome del pelo, una caricia áspera. Me desperezo lentamente, aún no sé dónde estoy, pero el sol es cálido y agradable y el sillón de piel es demasiado acogedor. Estiro la mano para tocar los dedos de mi acompañante, pero ahí no hay nadie. Nadie humano, porque unos ojos felinos, verdes, me miran con atención cuando abro los párpados. Es uno de los gatos de Crowley, una gata negra que no se aparta cuando le rasco la cabeza. Su ronroneo me devuelve poco a poco a la realidad mientras me incorporo y me quedo sentado en el sillón. La gata me mira y salta al suelo para subirse al piano y tumbarse ahí, en un charco de sol.

Estoy solo en la sala de ensayo. La sala de ensayo de Masters of Darkness. Soy Grimm, el teclista. Mi nombre real es Evan Dwight, y anoche bebimos demasiado. Me sabe la boca a rayos, y además me martillean las sienes cada vez que el corazón me late. Me alegro de comprobar que no sufro de amnesia y que mi identidad sigue más o menos intacta, aunque al levantarme e ir a abrir las cristaleras del jardín me siento como un zombie incapaz de coordinar sus movimientos. He ido en línea recta, pero me he tropezado con el bajo eléctrico, que ha caído de su soporte. El estruendo hace que me lleve la mano a la cabeza y cierre los ojos. Tengo una resaca del copón, pero no es el ruido lo que me ha sobresaltado, ni haberle roto una

clavija al bajo de Draven.

Es que me he acordado de Draven.

Con cuidado, vuelvo a poner el instrumento en su sitio. Intento no hacer ruido, me da miedo que me oigan, que alguien venga ahora a hablarme. No puedo enfrentarme a nadie aún. Antes necesito mantener una conversación conmigo mismo, porque me estoy acordando de todo lo ocurrido la noche pasada y estoy empezando a sentir vértigo. Será que no bebí tanto como creo, porque no he olvidado ni un detalle. Todo es tan nítido de pronto que no puedo echarle la culpa de lo ocurrido al alcohol.

La culpa es de Draven. Anoche, él me besó. Es culpa suya, sí.

Bueno, también es culpa mía.

Definitivamente, el alcohol es inocente en todo esto. Aunque hubiera estado lúcido y con los sentidos alerta, habría ocurrido. Es algo con lo que he fantaseado muchas veces, y que en realidad siempre he temido como al fuego.

Mi relación con Draven es distante, lo ha sido desde el principio. Él entró en el grupo en 2010 y me gusta desde entonces. Lo tuve que aceptar pronto. Tenerle cerca me ponía nervioso. Que viniera hacia mí en el escenario y pretendiera tontear y besarme para dar el espectáculo como hacían de vez en cuando los demás, era algo que me ponía enfermo, y no precisamente porque me diera asco. Así que no tardé en darme cuenta de que me gustaba. Y aquello era un problema. Creo que Draven, y el resto del grupo, simplemente creen que soy tímido. Y lo soy, un poco, pero la verdadera razón de que le rehúya es que esas cosas me joden. Me joden porque no son reales, y durante

un tiempo deseé que lo fueran, hasta que asumí que era imposible.

Siempre he sabido que Draven es hetero. Le he visto liarse con demasiadas tías ya, y sus tonterías con los chicos son pura pose. Les he visto a todos besarse, meterse mano y tocarse el culo en el escenario. Les he visto fingiendo tener sexo oral y llamarse maricas, pero ninguno de ellos lo es. Ash solo es curioso, todos sabemos que está loco por Demona. Crowley... bueno, Crowley es harina de otro costal. Pero Draven es absoluta y tremendamente heterosexual.

Sin embargo, después de que me haya besado como lo hizo anoche, no lo tengo tan claro.

Necesito un café con urgencia. Algo que me haga pensar con claridad.

Voy a la cocina, asomándome por las puertas antes de salir, en plan comando militar. No quiero encontrarme con nadie, y menos aun con él. Aún no. Necesito ese café antes. Así que entro y pongo la cafetera. El reloj sobre la cocina marca las nueve de la mañana. El único peligro a estas horas es Crowley, pero dudo que haya prestado atención a nada que no fuera Alexandra. Seguramente sigue en la cama con ella.

Alexandra es el nuevo rollito de Crowley. Ayer apareció de repente en la sala mientras ensayábamos. Al principio creí que el jefe se había mosqueado, pero terminamos bebiendo cubatas y montándonos una fiesta improvisada. Cuando todo ocurrió, ella estaba bailando en la barra. Creo que sonaba HIM de fondo, eso no lo puedo recordar bien, porque todos estábamos fijándonos en ella. Era impresionante lo que hacía, la fluidez y la fuerza con la que bailaba, colgándose de la barra de acero y agitando la melena, dando vueltas y deslizándose. Al

principio la vitoreamos y aplaudimos, Demona silbaba y le echaba piropos, y Crowley la miraba como si fuera a saltar sobre ella y llevársela a algún lugar oscuro. No sé en qué momento la cosa comenzó a ponerse rara, pero fue de repente. Los movimientos de Alexandra se volvieron hipnóticos y todos nos quedamos en silencio. Yo comencé a sentir una tensión molesta en el estómago. Estaba sentado en el sofá, al lado de Draven, cuando Demona y Ash empezaron a darse el lote. No era la primera vez que pasaba, Demona y Ash no son lo que se dice discretos, pero esta vez me sentí incómodo, porque Draven estaba mirando a Alexandra en trance, a punto de babear, y yo... yo estaba deseando besarle cada vez más, como si aquel ambiente estuviera despertando mis deseos.

Debí ser el único que se contuvo, porque Draven no lo hizo.

Recuerdo lo ocurrido mientras sorbo el café, sentado en el taburete de la cocina. La piel se me eriza y el estómago se me encoge. Estaba oscuro, y ambos permanecíamos en el sofá de piel, a un palmo o dos de distancia el uno del otro. Yo intentaba no volver mis ojos hacia él por todos los medios, pero cacé un par de sus miradas de reojo, y cuando estaba planteándome levantarme para huir de allí, se me echó encima. Cerró una mano en mi nuca y me besó, empujándome contra el respaldo mullido, y fue como si alguien soltara una cuerda que me mantenía quieto. Cuando noté sus labios contra los míos le agarré de la camiseta y le devolví el beso. Abrí los labios y dejé que hiciera lo que quisiera. Y lo hizo, desde luego. No era como esos besos fingidos y cerdos de los escenarios... era un beso de verdad, apasionado y sediento. Y lo hacía con ganas, con tantas ganas que acabó enredando su lengua en la mía.

Ya no quise huir. Le besé hasta que me dolió la boca, me cobré todos los besos que había querido darle, pensando que no habría otra oportunidad, y que el mañana no importaba. Pero ya es mañana, y al lamerme los labios tengo la impresión de que saben a su saliva. A alcohol y tabaco y a algo picante como la menta. Ni el café me borra su sabor.

Dejo la taza sobre la mesa y cierro los ojos.

No hay forma de aclarar mi mente. Las ideas y los recuerdos revolotean y se entremezclan, soy incapaz de darles sentido. Anoche todo estaba oscuro, y esa oscuridad se ha metido dentro de mí y lo ha contaminado todo. Huele a él, sabe a él, arde y me confunde, me envenena. Soy una persona muy racional, pero de pronto es como si la lógica me hubiera dado una patada en el culo y se hubiera despedido para no volver. Hasta tengo el corazón acelerado.

Veamos, algo sí tengo claro: Draven me ha besado, no fui yo, *fue él*. Vuelvo a lamerme los labios, buscando retazos de aquellos besos. Aún me parece sentirlos. Eso es suficiente para darme cuenta de que la cosa se me está yendo de las manos, y de que será incómodo encontrarme con él y no saber cómo reaccionar. Quiero saber a qué atenerme, pero el café no va a hacer milagros ni me va a solucionar el asunto. Así que solo hay una solución: tengo que hablar con él. Y tengo que hacerlo ahora, porque no quiero pasarme el día comiéndome la cabeza con esto.

Me paso la mano por el pelo y me arreglo la camiseta antes de salir de la cocina. Me siento cansado y un poco sucio pero seguro que a él le encuentro mucho peor, esté donde esté. Aún es pronto para los

mueritos, como suele decirnos Crowley, pero me importa un pito si le molesto. Tengo que preguntarle a qué demonios vino eso, porque estoy seguro de que no fue una de sus tonterías.

¿O sí?

Aver, por cien puntos, ¿qué es lo peor de las fiestas?

Bingo. El día después.

Siempre es así, de toda la vida, ¿ok?

Me he despertado a las siete de la mañana con dolor de cabeza, sed y un hambre de lobo y he tenido que robarle a Crowley de su nevera. Me va a echar la bronca porque no le gusta que toquen sus cosas sin permiso, pero qué más da. Siempre me echa la bronca por todo... Así que me he comido dos bocadillos con su pan de molde cutre, porque mira que es cutre. Y eso que es millonario. Pero compra el pan de molde malo malo malo, del que se rompe con nada.

Bueno, que me voy del tema. Me he hecho dos bocadillos y me los he zampado, y luego me he venido a dormir aquí porque pensaba que no me iba a molestar nadie.

Pero me equivocaba. Oigo primero el inconfundible golpe de mi bajo cayéndose al suelo. ¿Que cómo sé que es mi bajo? Aver. Pues porque yo mismo lo he tirado muchísimas veces. Bueno, vale, puede que no sea mi bajo, pero ese miedo está ahí, ¿ok? Temiéndome lo peor, intento volver a dormirme, pero entonces oigo pasos. Pasos suaves, como de gato. Y luego una voz muy débil diciendo mi nombre.

—¿Draven?

Agh. Vaya incomodidad. Ese solo puede ser Grimm.

La verdad es que Grimm es la última persona a la que quiero ver ahora.

No, no es que me caiga mal. Es un chico muy majo. Majo, pero raro. Un poco aburrido, también.

Amí me gusta mucho divertirme. Parece una obviedad, ¿eh? Pues no, hay gente muy muermo por ahí a la que no le gusta divertirse, y Grimm es de esos. Siempre tan comedido, tan contenido, no vaya a ser que se rompa una uña o se manche, o levante la voz... Bebe, pero rara vez demasiado. Se emborracha, pero no mucho. Hace el idiota, pero nunca el ridículo. Hay una puta línea imaginaria que nunca cruza. Quiero decir, entonces, ¿para qué sales, no? Aver. Estamos en una de las bandas más famosas y cañeras del panorama actual, ganamos una pasta gansa y viajamos por todo el mundo. ¿Cómo cojones puede alguien tomárselo con calma? ¡No! ¡No hay calma! ¡Hay que disfrutarlo, porque mañana podemos estar en la mierda! ¡Hay que beber hasta quedarse inconsciente, follarse a todas las tías que uno pueda, destrozar las habitaciones de los hoteles y levantar la maldita voz! ¡Gritar! ¡Gritar! ¡Hay que gritar y vivirlo a tope! Y no molestar a los compañeros cuando están sobando. Pero Grimm no hace nada de eso. Vive la vida pasando de puntillas sobre ella, y creo que es por eso por lo que me hace sentir incómodo.

—¿Estás dormido, Draven? ¿Qué haces durmiendo en el armario?

Cuando me vine aquí a sobar pensé que era una idea cojonuda, pero se ve que no. Grimm levanta las cortinas y el montón de abrigos y alfombras con los que me he tapado. Cuando la luz me hiere los ojos,

los abro, gruñendo.

Me rasco el pecho desnudo y me revuelvo como un gato con urticaria.

—Maldita sea, ¿qué mosca te ha picado a estas horas?

—Vale, joder...

Grimm se da la vuelta para irse, pero yo le agarro del pie.

—No, ahora te quedas y me dices qué hostias quieres. Ya que me has despertado, que sirva de algo.

Tengo muy mal humor por las mañanas. Y por las tardes. Cuando me despierto de resaca, sea la hora que sea, tengo mal humor. Es lo normal. Es lo que le pasa a la gente NORMAL, pero a Grimm no. Grimm siempre tiene un humor neutro. O algo así.

Es que mira que es raro.

No es extraño encontrarse gente tirada por los suelos después de una fiesta en casa de Crow. Incluso cuando la fiesta nos la montamos nosotros solos. Esta vez al menos Draven ha ido a esconderse a un armario empotrado y no se ha quedado dormido en mitad de la escalera. Si no hubiera dejado tirados varios abrigos en el pasillo no le habría encontrado, pero ha dejado demasiadas pistas y la puerta entreabierta.

Con todo, cuando le veo ahí me doy cuenta de que no ha sido una idea muy brillante. A Draven no le gusta que le despierten, suele hacerlo de un humor de perros y además ha ido a esconderse a un

armario. Igual porque no quiere que nadie le encuentre.

Draven dentro del armario. Si pienso en las lecturas que tiene eso no sé si reírme o llorar.

Me doy la vuelta cuando me agarra del pie. Está ahí medio desnudo, entre las prendas y las cortinas que Crowley no usa, y todo me parece muy ridículo de pronto. Me empiezo a sentir inseguro. Al mismo tiempo, al mirarle, un escalofrío fuera de lugar me recorre la espalda. Draven siempre me ha parecido guapo y muy sexy, hasta el punto de provocar que se me acaloren las mejillas. Y ahora me está ocurriendo. Veo su pecho y sus hombros, los fuertes brazos tatuados, su rostro. Tiene cara de mala leche y el pelo —larguísimo y lacio, de color castaño claro— le cae como una cortina por la cara. Se lo aparta con los dedos. Sus ojos azules me miran con desagrado, pero no me importa, también me gustan así. Hay algo en sus ojos que siempre me ha puesto muy nervioso: una expresión como de chalado, ese brillo casi demente de la gente que no tiene miedo a nada y es capaz de todo. Es algo que debería asustarme pero que en realidad me excita. Y mucho.

Eso y el piercing de su nariz.

Pero había venido decidido a aclarar las cosas y es lo que debo hacer. Esto me incomoda tanto como a él, pero no quiero pasarme los días reconcomiéndome, pensando en los mil significados de lo que hizo o en sus intenciones reales. Así que me armo de valor, intentando no pensar más en su pecho, en el cuerpo desnudo que he visto tantas veces en las duchas del backstage... intentando no mirar su piercing, sus ojos, su pelo, sus manos ni su pecho.

—Te he roto una clavija del bajo. —Bravo, Grimm, lo estás haciendo genial—. He tropezado con él y se me ha caído.

Me mira como si fuera imbécil. Y yo me siento como tal.

—Grimm, ¿en serio? No me jodas, tío.

—Te la pagaré.

—¿Me has despertado para eso? Vete a la mierda.

Se da la vuelta, cogiendo las cortinas para cubrirse de nuevo y disponerse a pasar de mí. Me siento aun más imbécil, pero me quedo ahí, sujetando la puerta antes de soltárselo a bocajarro.

—¿Por qué me besaste anoche?

¿Veis? Era mi puto bajo. No falla.

Y para terminar de arreglarlo, cuando voy a seguir durmiendo, va y me pregunta eso. Al principio me quedo un poco shockeado. Un temblor raro me coge por dentro, como si estuviera al borde de un precipicio así de pronto, medio en pelotas y de resaca. Genial todo. Luego lo pienso detenidamente, porque no sé de qué cojones está hablando.

Y entonces me acuerdo.

Jooooder.

Me doy la vuelta, apartando un poco la cortina, y le miro. Grimm tampoco tiene buen aspecto. Bueno, no es cierto. Sí que lo tiene, siempre lo tiene. Nunca le he visto unas putas ojeras. Lo que quiero decir es que parece... no sé. ¿Molesto? No sé. Me cuesta entender a

Grimm.

—¿Que por qué hice qué...? —Finjo hacer memoria, aunque ya me he acordado, sí, y tanto que me acuerdo. ¡Me estuve pegando el palo con Grimm! Muy fuerte—. Ah... ¿Anoche hicimos algo de lo que tenga que arrepentirme?

Le dedico mi mejor media sonrisa, la de hacerme el loco con las tías cuando vienen a decirme que por qué no he vuelto a llamarlas.

—Que por qué me besaste.

—¿Te besé? Pues no sé, tío, se me iría la cabeza. Ni que fuera la primera vez que mariconeamos en esta casa. Si es la casa del mariconeo.

De pronto me doy cuenta de que estoy mirándole los labios. ¿Qué hago mirándole los labios, joder? Aver. Bueno. Aparto la mirada y finjo tener mucho sueño, frotándome la cara.

Sí que me acuerdo, sí. Me acuerdo de Alexandra bailando en la barra —menuda tía buena— y de esa música de fondo, y de los ojos verdes de Grimm, que parecían grises y líquidos en la oscuridad. Me esquivaba y estaba tenso. Además, si lo vierais podríais entender que en un momento dado, con el calentón, uno puede morrearse a Grimm, ¿ok? Porque tiene cosas así, muy de chica.

La boca, por ejemplo.

El recuerdo de la suavidad de su boca me ataca con una punzada extraña, fría y caliente a la vez. ¿Por qué he pensado en eso? Bah. Necesito una tía. Ese es el problema, que ayer no tenía ninguna a mano.

—No me pasé de la raya, ¿no? No me acuerdo de nada.

Una sensación helada me trepa por el pecho. Es muy parecida a la vergüenza, porque en parte es vergüenza, vergüenza porque en realidad se está esfumando una esperanza que nunca ha debido existir. Draven es así, actúa por impulsos, hace las cosas sin pensar y a veces acaba con la cabeza abierta o algún hueso roto, y riéndose. Le da igual hacerse daño, y tampoco tiene muy en cuenta si hace algo que pueda afectar a otros.

No es que sea un mal tipo, no lo es, en absoluto. Es leal, nos defiende a todos, es amable a su manera... lo que pasa es que no piensa. Tampoco estoy diciendo que sea tonto, es que... joder. Es impulsivo, y ya está. Y anoche yo estaba ahí, justo entre su deseo y sus impulsos. No tiene más. Eso ha sido todo. Tengo que bajar de las nubes.

Me he quedado mirándole, pensando en la respuesta, incómodo y con esa sensación desagradable en el pecho, que ahora baja poco a poco a mi estómago, aplastando esas estúpidas mariposas de las que todo el mundo habla, y que estaban montándose una fiesta. Bien, me alegro. Así es mejor.

—No te pasaste de la raya. Solo me besaste.

Y yo te besé. Pero prefiero que olvides eso. Seguramente ni te hayas dado cuenta de las ganas con las que lo hice, ni de los párpados caídos y la mirada de idiota, y de los dedos en tu pelo, y del oxígeno que me faltaba.

—¿Entonces cuál es el problema?

Idiota. Idiota. ¿Pero quién es el idiota?

—Preferiría que no mariconeases conmigo. No me van esas cosas.

Todos han respetado siempre mis límites, y ni siquiera he tenido que pedir que lo hagan. Crowley hace esas gilipolleces con Draven y con Ash, pero nunca he tenido que decirle que no lo haga conmigo. Simplemente, nunca lo ha hecho. Ash tampoco, pero Draven tuvo que llevarse un par de desplantes antes de entender que no iba a entrar en ese juego. Nunca me ha importado si piensa que soy un rancio, prefiero que piense eso a que piense que soy marica. Aunque sea verdad. No quiero que lo sepan, eso es lo cierto, no quiero que hablen de ello, ni que me etiqueten, ni estar en boca de nadie.

—Por el amor de dios, si no es más que una gilipollez... —se queja impacientemente—. Olvidalo y no te traumes tanto, tampoco es que bese mal como para que te ofendas tanto, hostia.

Estoy más cabreado conmigo mismo que con él. Hace tiempo que tengo claras las cosas, y hace tiempo que sé que Draven no piensa antes de actuar. Yo debí apartarle e impedir que me besara, e irme como quería hacer en un principio.

Cojo los abrigos que hay en el pasillo y se los tiro encima con mala leche, como si quisiera ahogarle con ellos. Es un impulso tonto, me siento frustrado y tengo que tragármelo.

—Sigue sobando. Y la próxima vez puedes ir a buscar un espejo o ir a pedirles permiso a Demona y Ash para participar.

Le cierro la puerta del armario antes de largarme.

—¡Ash no me deja! —grita desde detrás de la puerta—. ¡Las tetas de Demona me están vedadas, tío!—Luego suelta una de sus carcajadas de loco.

Voy a por mi chaqueta. Quiero volver a mi casa y dejar de pensar en ello. Perderle de vista hasta el próximo ensayo y olvidarme de que esto ha pasado.

CAPÍTULO 1

The eyes of love are blind

Obtaining wisdom leads to grief

Still pictures spinning on repeat

I need a leash I can't unwind

The eyes of love are blind

Qué pasa, tíos. A ver. Soy Draven, ¿ok? Bueno, en realidad me llamo Chris Hallman, pero mi nombre de guerra es Draven, y soy el bajista de Masters of Darkness. Entré a la banda en 2010, cuando se fue Ghost. Yo admiraba mucho a ese tío, ¿sabéis? Era fan de los Masters por él y por Crowley. ¡Joder, si tenía hasta pósters suyos en mi cuarto! Pues imaginaos lo que es ir a una audición para tocar con ellos.

El caso es que Ghost se largaba porque iba a casarse y a formar una familia, y eso era incompatible con las giras y el compromiso que Masters requería, de modo que empezaron a hacer pruebas para buscarle un sustituto. Yo por entonces estaba petándolo —más o menos— con Hellfire Club, un grupo de *thrash metal* muy cañero por el que había fichado en 2008. Hellfire Club me gustaba, pero yo buscaba otra cosa, algo más: un grupo en el que pudiera gritar delante de mucha gente. Parece una idiotez, ¿verdad? Es difícil de explicar. O más bien, yo no sé hacerlo. Pero esa es la verdadera cuestión: Me cuesta mucho expresarme y comunicarme con palabras, así que necesito acción, un escenario, gente y gritar, gritar y tocar para sacar todo lo que llevo dentro de mí. Entonces ya me quedo tranquilo.

Masters of Darkness era el grupo perfecto para mí, me ofrecía todo lo que estaba buscando.

Así que fui a la audición y me marqué el solo de *Black Heart Rebellion* en la prueba. Cuando uno del grupo me dijo que parase, yo le ignoré y me lo clavé de pe a pa. *Black Heart Rebellion* no es uno de los singles más famosos de los Masters, pero sí el que tiene la línea de bajo más flipante. Imaginé que mucha gente lo tocaría también, así que lo enganché con *Nightblood Eclipse*, una composición muy guapa de Elathan que era todo lo contrario, super contenida. Cuando acabé de tocar, Ghost me preguntó por qué había elegido esas dos.

—*Black Heart* la he tocado para que os hagáis una idea de qué nivel manejo y veáis si está a la altura. Y *Nightblood* para que comprobéis que también sé callarme cuando toca.

Eso les encantó. También les gustó mi energía, o eso dijo Crowley: «Me gusta tu energía, chaval».

Creo que luego se ha arrepentido unas cuantas veces de eso. Ahora mismo, por ejemplo, no le mola nada mi energía.

—Tío, afloja un poco, ¿vale? —Hemos parado el ensayo porque él y Ash están comentando una movida sobre el riff de guitarra. Crowley es muy exigente y quiere que Ash meta un efecto concreto en la pedalera, así que andan buscando canales y sonidos. Entretanto, yo me he puesto a tocar movidas y a charlar con Demona, pero por lo visto estoy molestando a Crowley—. Para un rato —me insiste, haciéndome un gesto de calma con las manos—. Te relajas, te tomas un café...

—No, un café no, que se pondrá peor —se ríe Ash.

—Una tila. Lo que sea. Pero déjalo un rato. O mejor, vete. Sal a fumar y luego te llamamos.

Me quedo mirando a Crowley con cara de pocos amigos. Crowley y yo nos llevamos bien, pero chocamos a veces. Muchas veces. Aver, es por el carácter, ¿ok? No soporto que me mande. Es decir, yo acepto que es el líder del grupo y todo eso, qué hostias, joder, es SU grupo, pero a veces me trata como si fuera un puto crío, y eso no me hace gracia.

—Mira, si quieres que deje de tocar dejo de tocar, pero tampoco es para que me largues, ¿no?

—Oye, no tengo tiempo para estas chorradas. Estamos con algo serio. Haz lo que quieras, quédate o vete, pero cállate y deja de desconcentrarme.

Me lo suelta así, con exasperación, y luego sigue con Ash, ahí haciendo el idiota con la pedalera. Y digo haciendo el idiota porque hablan más de lo que prueban. Crowley le dice que quiere un sonido etéreo, brillante, y el otro que si tal y que si cual... Joder. A veces son unos putos capullos, en serio. ¡Más probar y menos palique innecesario!

Pues sí, me voy a largar. Dejo el bajo en el soporte y pillo el paquete de Chesterfield antes de encerrarme en el fumadero. El fumadero es la sala de mezclas que hay al lado de la sala de ensayo. Se accede a través de una puerta insonorizada y tiene la típica ventanita de vidrio de los estudios de grabación, alargada, para que los técnicos se comuniquen con los músicos. Hay un sofá, dos ordenadores, varios ceniceros repartidos por la mesa grande y las mesitas y algunos carteles de las giras en las paredes. Me siento en la

silla de oficina que hay frente a la mesa de mezclas y subo las botas a esta, con cuidado de no accionar nada, que tampoco soy tan palurdo. Me enciendo un *cigar* mientras observo a Mozart y a Beethoven ahí descubriendo las américas con la pedalera.

Vaya coñazo. Y ahora, a esperar a que estos estén para seguir.

Sin darme cuenta, acabo mirando a Grimm. Me siento incómodo al hacerlo, pero lo hago aun así. Contradicciones que tiene uno, a ver. Está sentado delante de los teclados, calibrando sus movidas. De vez en cuando, Crowley le pide opinión y él se la da con ese tono de voz tan discreto que tiene.

—Macho, no sé cómo te las apañas para hacerte oír en los bares— le digo, aunque no puede oírme, pero estoy hablando solo en realidad—. Seguro que te sirven siempre el último.

Me quedo mirándole mientras habla con el jefe —que a menudo le pide opinión y casi siempre le escucha, no como a los demás— y luego nuestros ojos se encuentran. Yo le mantengo la mirada, pero él la desvía. Parece un poco nervioso.

Me pregunto por qué.

Ah, claro. Por el beso. Por *los besos*.

Grimm y yo nos estuvimos enrollando la semana pasada, comiéndonos la boca en el sofá de Crowley como... en fin, no sé con qué compararlo. Como dos monos salidos, a lo mejor. Pero no fue eso exactamente. Yo estaba cachondo, es verdad, había estado viendo bailar a Alexandra y de pronto no sé qué me ocurrió, pero morrearne a Grimm me pareció una idea cojonuda. Y él estaba *putamente*

encantado de la vida. Sí, lo estaba. Me agarró del pelo y me devolvió los besos con un ardor que cualquiera diría que lo estaba deseando. Me tiró de la camiseta y metió las manos por debajo para tocarme. Y a mí me gustó. Me gustó de la hostia. Me gustó tanto que recuerdo echarme encima de él en el sofá y meterle la lengua hasta la garganta durante más de cuarenta minutos.

Muy fuerte. Por un lado me siento un poco confuso, como siempre me pasa después de hacer alguna locura muy loca. Por otra parte, no me resulta tan extraño como debería. Además, por lo que recuerdo, la experiencia estuvo guay.

Sigo mirándole. Ahora me cuesta apartar los ojos de él, al pensar en lo que ocurrió. Tengo que reconocer que es guapo, aunque a mí no me guste. No me gustan los tíos, soy hetero. Pero él es guapete. Tiene los labios gruesos y bien dibujados y un rostro agradable y juvenil. Hasta parece más joven que yo, que soy algunos años menor que él. Y una nariz muy bonita.

Espera. ¿Estoy pensando que tiene la nariz bonita?

—Joder.

Me río de mí mismo y de las gilipolleces que pienso. Pero es que es verdad. Sí, tiene una nariz guay, en el sentido de que si tuviera que operarme la mía, me pondría la suya. Y unos ojos verdes, así, cambiantes... no como los de la piba de Crowley sino más oscuros, tirando a grisáceo, que unas veces parecen verdes y otras grises. Raros, vaya. Como todo él. Pero que sí, que es guapete, el hijoputa.

Pego otra calada al Chester. Bueno, para haberme jalado a un tío, por lo menos es guapo. Ahí está, esquivándome la mirada otra vez. Qué

tonto, macho. Ya que no está haciendo nada, podría venirse a hacerme compañía al rincón de los castigados.

Pero no, se sienta de nuevo frente al teclado y se concentra en algo. Toca los botones y luego hace un acorde. A él no le regaña Crowley, claro. Solo a mí. A Grimm nunca le dice nada.

Ahora se aparta el pelo de la cara y suspira, está nervioso, o impaciente. ¿O agobiado? No sé, este chaval me lía.

Qué pelazo tiene, ¿eh?

Que no es envidia, a ver. Yo también tengo pelazo. Pero él es moreno y se le pone así, ondulado, como a las sirenas. Qué me dices.

Me vuelvo a reír.

Sí, no está mal para ser un tío.

Pero ya está bien de pensar en eso, Chris. Tú a fumar y a no existir hasta que el Master te llame, que no es plan de liarla.

A veces nuestros ensayos parecen una clase de secundaria. Y suele ser culpa de Draven. Dice que sabe estar callado cuando es necesario pero yo a veces lo dudo, o es que él tiene una idea particular de cuándo es necesario, y esa idea no encaja con la idea de Crowley. Estas cosas son normales, y hoy al menos le ha enviado a tomar café, y no a tomar por el culo. El principal problema es que a Crowley le gusta demasiado mandar, y Draven es un rebelde sin causa. Basta que le intenten imponer algo para que se revuelva. Pueden llegar a saltar chispas. Formamos un grupo extraño, somos muy diferentes entre nosotros pero son nuestras propias diferencias las

que hacen que al final encajemos. Lo que a uno le falta, lo suple otro.

Draven es la energía y el descaro personificados. Es el más joven de todos nosotros, y se nota, y creo que Crowley le escogió precisamente por esas características, que demuestra no solo en el escenario sino también a la hora de tocar. Le da una frescura y una garra diferente a la música, y al grupo como tal. Y a pesar de esos pequeños roces, o de los roces más grandes, encaja con nosotros. Sus mosqueos no duran demasiado y su facilidad para olvidarse de ellos nos lo pone a todos más fácil. En especial al jefe, que tiene la mecha demasiado corta como para andar prendiéndosela siempre con las mismas cosas.

Ash y Crowley están hablando sobre la distorsión, y yo hace un rato que me he desconectado de la conversación. Demona se ha largado al jardín, hastiada de esperar a que el ensayo se reanude, pero he dejado de pensar en todos ellos. Cuando miro hacia el cristal de la sala de mezclas, Draven está ahí, al otro lado, fumando y mirándome. Algo se vuelve a remover en mi interior.

Me he pasado la semana esquivándole y concienciándome de una situación que creía haber asumido tiempo atrás. Hay cosas que dejan de joderte cuando las das por imposibles, simplemente te rindes y las dejas ir. No hay mucho más que hacer, en especial si se trata de la orientación sexual de una persona. No vale la pena sufrir por eso. No es algo que se pueda cambiar accionando un interruptor. Suena triste, pero la verdad es que cuando me mentalicé todo fue más fácil, incluso interactuar con él. Me liberé de la ansiedad, de la incertidumbre, de no saber si habría una oportunidad o no. Yo sabía que no. Pero claro, por entonces él nunca me había besado, ni me había mirado como lo está

haciendo ahora. Como si de pronto acabara de descubrir que estoy aquí, que existo y que estoy vivo, que soy algo más que Grimm, el del grupo.

Aparto la mirada y la vuelvo al teclado. Me he puesto a tocar sin darme cuenta. Solo algunos acordes. Crowley ni se entera, las notas pasan desapercibidas mientras ellos siguen inmersos en su búsqueda, haciendo sonar la guitarra de vez en cuando y calibrando la pedalera cuando el jefe termina con sus descripciones.

No sé si me sigue mirando. Fantaseo con que sí. La tensión no ha desaparecido de mi estómago en toda la semana, y aunque me marché queriendo olvidarme de lo que había pasado, seguía acordándome de sus labios, de sus gestos y del sabor de su saliva. De su lengua dentro de mi boca. ¿Cómo puedo olvidarme de eso? Me estoy poniendo nervioso, y no sé cómo solucionarlo. No puedo dejar de pensar en él. Draven. Draven. Maldito Draven... Noto su atención fija en mí. Sé que me está observando, no es una fantasía. Cuando miro de reojo hacia el cristal me vuelvo a topar con sus ojos y algo se me abre en el pecho.

—¡Eh, Grimm!

Doy un respingo sobre la banqueta y vuelvo el rostro hacia Crowley. Él me mira exasperado. No sé qué le ha puesto nervioso ahora.

—¿Qué?

Arquea una ceja y se levanta, resoplando.

—Que qué te parece el sonido que hemos conseguido. Joder ¿qué os pasa hoy?

No he escuchado nada, así que no puedo decirle nada, y cuando me quedo mirándole sin responder se vuelve a sentar, haciendo un gesto como de rendición.

—Vamos a hacer una pausa de media hora a ver si volvéis a la tierra y podemos avanzar de una jodida vez.

Ash me mira y alza las cejas, sonrío como si le hubieran dado vacaciones y se levanta para ir a buscar a Demona. Crowley se queda ahí, mirándome como si esperase algo.

Supongo que tiene razón, y necesitamos un momento para volver a centrarnos. Bueno, no lo supongo, sé que no estoy centrado, así que me levanto y pienso que ir al fumadero es una gran idea. Me he pasado la semana esquivando a Draven, y tengo que conseguir que las cosas vuelvan a la normalidad, y sean como antes. Crowley me sigue con la mirada hasta que desaparezco por la puerta de la sala de mezclas.

Y ahí está Draven con los pies sobre la mesa.

—Crowley te va a echar la bronca si te ve.

Él sonrío con descaro. Es tan insolente...

—Qué pena que no me esté viendo, ¿no?

Me acerco y le agarro el paquete de Chesterfield. No suelo fumar, pero a veces lo hago. No al nivel de Draven ni de Crowley, que se pasan el día fumando como carreteros, pero de vez en cuando me relaja llenarme los pulmones de alquitrán. Manías raras. Y ahora estoy lo suficientemente nervioso como para necesitar uno, así que se lo robo a Draven y me apoyo en la mesa de mezclas para encenderlo. Me

llo los pulmones con una calada y exhalo el humo despacio. Miro el cigarro por no mirarle a él.

—¿Por qué fumas esta mierda?

No sé qué decirle ¿vale? Y esto es tan aceptable como cualquier otra chorrada.

Nunca se me ha dado bien la interacción social.

Durante los últimos tres minutos he estado haciéndole gestos a Grimm desde detrás del cristal, pero no se había fijado. Mejor, porque estaba imitando a un técnico de sonido. Le habría dado la risa tonta y Crowley me habría vuelto a decir algo, o peor, ni siquiera se hubiera reído. Y cuando le he visto venir hacia aquí, un cosquilleo de satisfacción me ha dado por dentro.

No sabía que Grimm me prestaba atención, y eso es algo que mola.

Me gusta que me hagan caso.

Cuando me roba tabaco, yo le doy fuego. Y cuando critica la marca de cigarrillos pues me ofendo, claro.

—¿Cómo que «mierda»? Es Chesterfield, tío. ¿Sabes quién fuma Chester? Fabio Lione. Flipante, ¿verdad? Un tío como Fabio, que canta que te cagas, y resulta que fuma. —No sé si a Grimm le gustan Rhapsody, así que le pregunto—. ¿Te gustan Rhapsody?

Él apoya el trasero al borde de la mesa y yo dejo mis botas ahí. No las pienso quitar por mucho que se acerque. ¿Por qué nunca he hablado de música con Grimm? Creo que es el tío con quien menos he

hablado en estos años... y no es que a mí me cueste entablar conversación, pero supongo que no hemos congeniado.

O eso, o ya hemos hablado de todas estas cosas antes pero yo no me acuerdo. Que también es posible.

Acercarse no es tan difícil. Ni hablar con él. Siempre ha sido cosa mía, he puesto muchas barreras para esconderme detrás de ellas. Para que él no me afectase y para que nadie notara que lo hacía. Pero aunque yo no hable demasiado con él, siempre le he escuchado. Una simple pregunta como la que yo acabo de hacer puede desembocar en una conversación sobre música, o sobre cualquier cosa que se le pase por la cabeza en ese momento. Es increíble como encadena las ideas, por eso sé que no tiene un pelo de tonto, porque es rapidísimo aprendiendo y enlazando conceptos. Y tiene mucho ingenio. Además, Draven es capaz de estar hablando durante horas sin callarse. Creo que debe hablar hasta cuando está solo.

De alguna manera me relaja ver que sigue comportándose como siempre, o al menos, que mi presencia no le hace comportarse de otra manera.

—Sí. Me gustan, pero siempre he sido más fan de Stratovarius. — Vuelvo a dar una calada. El humo me pica en la garganta, pero me lo trago. Me gusta esa sensación, y la falta de costumbre siempre hace que me maree un poco al fumar—. ¿Crees que Kotipelto también fuma Chester? Podríamos estudiar si tú suenas parecido a Lione... y ver si hay alguna relación^[1].

Es una conversación sin sentido, pero es una conversación. Le

miro los pies sobre la mesa, y me vuelvo hacia el cristal. Crowley ya no está en la sala, así que ya no hay nada que temer. Tomo otra calada, y al exhalar el humo le miro a través de él.

Me cuesta mirarle directamente, tengo la sensación de que va a darse cuenta de todo.

No sé de qué habla, con esas cosas que dice sobre el tabaco y ver si canto como Fabio... pero su cháchara me resulta absurdamente dulce. ¿Por qué me gusta que venga aquí a hablarme de cosas banales? ¿Por qué me agrada tanto que me preste atención? ¿Y por qué me gusta más aun que me esquive la mirada y deje el humo entre nosotros? En un arrebato le quito el cigarro de las manos y me pongo de pie, tragando una profunda calada de su *piti* y exhalando el humo luego hacia un lado para que no se interponga entre los dos. Me meto una mano en el bolsillo de los vaqueros y le echo una larga mirada, que aunque no pretende ser desafiante, me sale un poco así.

—Vale, podemos probar.

Parece que le estoy hablando de vete a saber qué.

Le devuelvo el cigarro, poniéndoselo directamente en la boca y atento a sus reacciones. Se le han dilatado las pupilas. Me pregunto si le he asustado.

¿Le doy miedo?

—No sabía que te gustaba el heavy. Siempre te había hecho más gótico, ya sabes.

Me coloco el paquete, no el de tabaco, el otro, tirándome un poco

de los pantalones. Me está molestando algo por ahí, supongo que tiene que ver eso de tenerle cerca y pensar en los besos de la otra vez.

Debería buscarme una chica pronto.

No me he movido del sitio, pero me ha sobresaltado. He aguantado la respiración cuando me ha quitado el cigarro de los dedos, y mis ojos no pueden apartarse ahora de los suyos. Creo que los he abierto demasiado, creo que se me ha olvidado cerrar la boca, y sus dedos se acercan y me cuelan el filtro entre los labios. Y siento que se me eriza la piel y los bichos de mi estómago reviven. Mariposas, los llaman. Yo no sé qué son, pero deben ser inmortales.

Aspiro del filtro y cojo el cigarro con los dedos. Me da por pensar que lo ha tenido en su boca, y su boca sabe un poco como ese cigarrillo. ¿Cómo voy a olvidarme así de nada? Esta no es la mejor estrategia, pero es que sus gestos no dejan de recordarme que fue él. Él me besó. Él me ha metido el cigarro en la boca. Él está recolocándose el paquete delante de mis narices.

—Me gustan muchas cosas que no sabes —suelto. Y parpadeo al darme cuenta. No iba con ninguna intención, pero esa frase parece un disparo a bocajarro. Carraspeo y desvío la mirada—. ¿Qué... qué es lo que quieres probar?

Ya ni sé de qué estábamos hablando. Y me estoy poniendo nervioso otra vez. Intento disimular, fumando, con una calada profunda.

Y me hace toser.

—Probar a ver si canto como Lione, ¿no era eso lo que decías?

Sonríó a medias. Grimm siempre ha sido un tipo frío y distante, pero ahora creo estar entendiendo todos esos gestos: las miraditas desdeñosas con las que aprovecha para desviar la vista, el tono desinteresado de su voz, como si hablara conmigo por hacerme un favor... el recuerdo de habernos enrollado y la forma en que me besaba y me tocaba hace que todo encaje. A Grimm le pongo palote, por lo visto. Y no me desagrada la idea. En absoluto. Es estimulante.

Estoy como si fuera a subirme a una montaña rusa nueva por primera vez. Una montaña rusa que no han probado, cuando el parque de atracciones está cerrado y sin saber cómo funciona nada. Debería estar asustado, o sentir rechazo, pero no. Lo que estoy es emocionado, y excitado. No sexualmente. Ya sabéis, de lo otro. Del ánimo.

Nunca he flirteado con un tío y no estoy seguro de que esto sea flirtear, pero lo que me está diciendo me suena a eso. A pasillos de instituto, carpetas que se caen y frases tontas para ligar con el quarterback. Yo nunca he sido quarterback, pero me gusta esto.

Grimm empieza a toser, sus ojos luminosos se empañan, así que le ofrezco un trago de la botella de agua que tengo ahí. La he sacado de la nevera común que hay junto al sofá. Crowley dice que pongamos siempre un dólar cuando cojamos algo, para el fondo, pero nunca lo hago.

—Seguro que te gustan muchas cosas que no sé, pero apuesto a que puedo decirte al menos tres cosas que te gustan y que sí sé.

Sé que le gusta besarme. Sé que le gusta que le bese. Y sé que le

gusta que le muerda el labio inferior, porque lo hice aquella bendita noche y él hizo un ruidito que acabo de recordar y me ha puesto la piel de gallina. Joder.

Igual no debería jugar con fuego.

Bah, por qué no.

Abro el tapón de la botella que me ha dado y me doy un buen trago. Se me ha subido el calor a las mejillas, y el agua fría no lo disipa. No, no ha subido a mis mejillas, se ha extendido por todo mi cuerpo. Me seco los labios con el dorso de la mano, esquivándole la mirada. Y tengo que esquivar otros puntos de tensión, lo tengo que hacer a conciencia, porque mis ojos quieren bajar y comprobar por qué ha tenido que recolocarse el paquete.

Apago el cigarro aplastándolo contra el cenicero. No quiero hacer más tonterías, y no está ayudando a que me relaje. Pero no es cosa del tabaco, es Draven, que me sigue mirando de esa forma, como si de pronto algo le resultase interesante en mí. Me pregunto si antes de aquel beso habría reparado en mí alguna vez. Me lamo los labios y le miro. Intento parecer íntegro, aunque por dentro me siento inconsistente, como si fuera un puto flan. También algo inseguro. ¿Esto está pasando de verdad? ¿Es en serio o es una de sus bromas? Espero que no esté haciendo esto para burlarse de mí.

No lo pienses, Evan. Mejor no pienses nada.

—¿Eso crees? —Respondo a su provocación—. Dime, a ver si aciertas. Aunque antes deberías apostar algo, ¿no?

No sé bien qué estoy haciendo, pero estoy haciéndolo. Siguiéndole el juego, y creo que me voy a quemar.

Pero no puedo evitarlo.

—Me apuesto lo que quieras.

Intento dejar de mirarle tan fijamente, va a creer que quiero partírle la cara o algo. Me saco la cartera del bolsillo trasero y la abro. Tengo unos cuantos dólares, un ticket del sorteo de un bar y una entrada vieja de un concierto, una foto de mi hermana pequeña y...

Mira, una tarjeta. Miro el nombre que pone detrás y sonrío a medias. La planto sobre la mesa de mezclas por la cara impresa. «*REBEL HEART TATTOO*», pone.

—¿Qué te parece un tatuaje? Si pierdo, me tatúo lo que quieras donde quieras. Y si gano, lo haces tú.

Aver. Sé que a veces hay gente que no puede seguir mi ritmo. Y sé que a los del grupo, en ocasiones, les traigo por la calle de la amargura. Pero hay una razón por la que jamás se arrepentirán de tenerme con ellos, y es que se lo pasan putamente bien conmigo, ¿ok? Y es que seamos sinceros: soy un tío muy divertido. ¿A qué estrella del rock no le gustan estas putas locuras?

Aunque claro, puede que a Grimm no. Es demasiado poco estrella para el rock, la verdad. Ahora que somos algo así como colegas, debería ayudarle a cambiar eso.

Y de nuevo estoy mirándole la boca, joder.

Sonrí como un canalla para disimular.

Tres cosas son demasiadas para haber comenzado a existir anteayer. Pero no las tengo todas conmigo. No me gusta sentirme así de descubierta, ni dejarme llevar por los impulsos. Un tatuaje no es algo que hacerse por impulso, tengo muchos colegas que se han tatuado aberraciones por culpa de apuestas como esta, o por estar borrachos. Pero es que esta apuesta es rara. Draven parece seguro. Me mira retador... está retándome desde que se ha levantado de la silla, y no sé a qué exactamente. Tengo los nervios disparados. Sé que va a ganar, lo intuyo, y creo que quiero que gane. Quiero que acierte, y ver hasta qué punto me conoce.

Cojo la tarjeta y le doy un par de vueltas, mirándole de reojo. Estoy nervioso, pero apenas se me nota por fuera, no tiemblo, ni me sonrojo como las colegialas, pero sé que soy esquivo y que apenas le mantengo la mirada.

Finjo pensármelo un poco y vuelvo a lamerme los labios.

—Vale. Acepto la apuesta —digo al fin. Y le tiendo la mano para cerrar el trato.

Estoy jodido. Jodido y excitado al mismo tiempo.

Quiero saber qué responde.

Y dale con lamerse los labios. Joder, es imposible mantenerse hetero así, no puede ir por la vida provocando de esa forma. Una voz malvada ha empezado a decirme cosas sucias al oído acerca de todo

esto, acerca de la apuesta y de lo que estamos haciendo los dos ahí adentro, y también, joder, sobre lo que le está pasando al aire. Porque el aire está raro. Como pesado. Y es como si la presencia de Grimm ahí fuera un foco de gravedad.

Le estrecho la mano con un fuerte apretón y luego, con dos cojones, agarro la tarjeta y se la meto en el bolsillo de atrás de los vaqueros.

—Toma, déjate a mano, que te va a hacer falta.

Al inclinarme hacia él para guardarle el cartón en los pantalones, me he acercado mucho. Demasiado. Un recuerdo salvaje me machaca con furia las sienes, y me doy cuenta de que es su maldito olor. No sabía que lo recordaba. Vaya putada. Debería irme alejando, o algo, pero sigo ahí, mientras la tensión aumenta y el recuerdo de los besos tórridos y de los jadeos apagados de Grimm me nubla la mente. Me aparto de golpe, tenso.

—Te gusta que te muerdan el labio inferior —le suelto—, te gustan los helados de vainilla, esos que tienen un envase que es un pingüino de juguete. Lo sé porque te comiste uno a escondidas en la gira por sudamérica del verano pasado. Y te gustan los piercings, porque miras mucho el mío, y además llevas uno en el pezón... y quieres hacerte otro en la polla.

Eso era trampa. Lo del piercing en la polla se lo había oído hablar con Crowley una vez. Recuerdo que me quedé pensando en ello muy intensamente, porque Grimm decía que tenía curiosidad por hacerse uno así, y Crow le decía que había intentado llevar uno pero que al final resultaba un coñazo y que personalmente no se lo recomendaba.

Era trampa pero qué más da. Yo hago trampas siempre. A mí me gusta ganar, es lo que tiene.

Me estoy quemando.

Cuando se acerca noto el calor aumentar, como si irradiase de él, y me tenso. El recuerdo vuelve, muy nítido. Recuerdo su calor bajo mis dedos, le toqué el pelo, y metí las manos debajo de su camiseta para tocarle. Recuerdo el tacto suave y el calor, y la forma de cada músculo dibujándose bajo la piel.

Me imagino agarrándole por la camiseta. Me imagino besándole yo esta vez, pero no lo hago. Le miro como si fuera a soltarle una hostia en cualquier momento. Sé que le estoy mirando así, porque aunque desee que no se aparte, también estoy a la defensiva. No sé qué quiere, y si no me he acercado hasta ahora, ha sido para no quemarme.

Draven no es gay, ¿no? Está divirtiéndose conmigo, como hace con todo. Y eso no es malo, no es malo si nadie se quema. Y cuando habla de las cosas que me gustan sé que ya me estoy quemando. Bien, intento pensar fríamente, son muchos años trabajando juntos, y él no está ciego, por eso es más ridículo aún que eso me haga sentir así. Como si esos detalles pudieran significar lo mismo para él que para mí.

¿Pero cómo va a saber lo del...?

—Joder, ¿cómo sabes lo del piercing? —Mejor se lo pregunto. Le miro con cierta indignación y niego con la cabeza. Podría negarlo y mandar a la mierda, pero no lo hago. Quiero seguir con el juego, y le

miro, directo a los ojos—. Es igual... Has ganado. Espero que tu tatuador sea bueno... y que no me pidas ninguna ridiculez.

Mejor cállate. No le retes. Es capaz de pedirte que te tatúes a Bob Esponja en el culo.

—Es bueno, mira. —Le enseñó los tatuajes de mi brazo para demostrárselo, sonriente y lleno de triunfo. Me encanta ganar—. No te voy a pedir nada ridículo, para que veas que soy buena gente. ¿Qué te molaría? Puedes tatuarte un rabo con un piercing.

—No, mejor no.

—Pensaremos en algo guapo para tu tatuaje, ¿eh? Algo que mole pero que también sea simbólico de mi gran victoria. —Le sonrío otra vez y le vuelvo a mirar la boca inevitablemente. Caigo en la cuenta de que no ha negado nada y se ha tomado con mucha naturalidad que le diga lo del labio. De pronto me sube una oleada de calor y noto cómo me late la sangre en la entrepierna. ¿Y esto a qué viene? Hora de irse, vaquero. Sal por patas—. Bueno, no es por cortar el rollo, pero me tienes que arreglar la clavija, ¿eh? Acuérdate.

Le doy una palmada en el hombro y salgo del fumadero, cachondo perdido. Al poco de salir, me doy la vuelta a medias y le guiño el ojo a través del cristal, luego me coloco el paquete otra vez.

¿Por qué he hecho eso?

Estoy empezando a caerme mal a mí mismo.

Deja ya en paz al tipo, coño, Chris. No está bien flirtear con la gente que no te gusta solo por jugar. Bueno, con las desconocidas sí,

pero ¿con Grimm? Mal, muy mal.

Me prometo a mí mismo no volverlo a hacer y portarme bien con él en lo sucesivo. Vuelvo a coger mi instrumento, es decir, el bajo, es decir, el bajo eléctrico, y me preparo para reanudar el ensayo.

Durante las dos horas que siguen, estoy concentrado y no molesto a nadie. Bastante tengo con mi cacao mental. Y es que las imágenes de la noche en la que me enrollé con Grimm no dejan de venir a mí, y poco a poco se convierten en algo más. Cuando terminamos el ensayo, ya no es un recuerdo.

Es un anhelo.

CAPÍTULO 2

Do you wanna die without a scar

Every pleasure leaves a scar

Every fire leaves a bum

Every touch can leave a mark

Mi casa está en el centro de Berkeley. Es la zona más antigua de la ciudad, y está llena de garitos y tiendas de ropa alternativa. Los fines de semana las calles se abarrotan de gente, locales y turistas, que llenan las tiendas y las terrazas de los bares y ocupan las calzadas por la noche con una marabunta de borrachos y jueguistas. No es lo que se dice una zona tranquila, pero me gusta. Escogí un local en una calle apartada de las principales y lo compré con los primeros beneficios sustanciales que gané tocando con los Masters. Fue un almacén de tejidos en su época y me he gastado un buen pastón en habilitarlo como una casa. En la planta de abajo tiene el garaje, donde guardo la moto y un utilitario del paleolítico que conservo por sentimentalismo. Fue un regalo de mi madre cuando comencé los estudios en el conservatorio, y el cabrón sigue vivo tantos años y kilómetros después. Pensar en venderlo o mandarlo al desguace me hace sentir como un traidor, así que sigo utilizándolo, para chanza de todos mis compañeros de grupo.

En la planta de arriba es donde hago mi vida. Es un espacio diáfano, un *loft*, con las únicas paredes del cuarto de baño que se cierra al fondo. Mi habitación está en un altillo al que se accede a

través de una escalerilla de metal forjado. Las paredes son de ladrillo y están forradas de pósters de grupos, carteles de películas y de nuestras propias giras, y láminas de astrología. Además de estantes llenos de libros y discos. Tengo un gramófono, una jukebox de los años 60 y un enorme piano de cola en mitad de la sala, que uso tanto para ensayar como para dar clases.

Antes de meterme en esta locura con los Masters, yo era profesor de piano. Realmente no aspiraba a algo así y fui a las audiciones de Crowley, al que no conocía nadie por entonces, con la idea de meterme en un grupo para perfeccionarme y experimentar. Por aquel entonces aún vivía en San Francisco, con mi madre y con mi hermana mayor. Recuerdo que me impresionó la certeza de Crowley en cuanto al éxito del grupo. Tras realizar las audiciones volví a casa pensando en que habría mejores teclistas que yo, pero al cabo de unos días me llamó con una propuesta que casi sonaba a venderle el alma al diablo.

—¿Estás dispuesto a dedicarte a esto en cuerpo y alma? — recuerdo que me preguntó. Me quedé callado, aquello sonaba a decisión de esas que te cambian la vida para siempre—. ¿Sí o no? No quiero dudas en esto —me apremió.

—Sí. Sí, estoy dispuesto. —Me asusté a mí mismo al decirlo.

En la audición, Crowley me había parecido un tío con mucho empuje y con las ideas tan claras que no era difícil imaginar que aquello pudiera funcionar, pero no había tenido tiempo de darle demasiadas vueltas. No me había planteado la seriedad del asunto hasta ese momento.

—Bien, pásate por el local y firmaremos el contrato. Eres miembro

fundador de Masters of Darkness. Grábatelo, y ven seguro de tu compromiso, porque vamos a petarlo.

Y fui. Firmé y lo petamos. Ahora vivo en Berkeley. Eso forma parte de nuestro acuerdo: vivir cerca de la base de operaciones. Y la base de operaciones ya no es un local cochambroso, ni los estudios de grabación de ningún productor chupasangres, es la casa de Crowley, y ahí pasamos la mitad del tiempo, ensayando o de fiesta. Fue él el que eligió la ciudad, pero no me he arrepentido nunca de haberme mudado y de haberme tomado esto tan en serio.

Con todo, aún doy clases. Es una cuestión de mera lealtad. Podría dejar del todo mi faceta de profesor de música, pero me gusta enseñar. He aprendido mucho haciéndolo, y he podido aportar mucho al grupo a través de eso.

Hoy es sábado. Sábado por la mañana, y suelo dedicar este momento para las clases. He estado un rato esperando a un alumno, pero hace unos minutos me ha llamado para cancelar las clases, así que me quedo tocando. Vivo solo y no tengo animales. Me gustan, pero tendría que dejarlos solos demasiado tiempo y no me gusta pedirle favores a nadie. Aun así, me gusta esta vida, no tener que ocuparme de nadie y hacer las cosas a mi manera. Mi casa es un templo del orden y me gusta que sea así, me ayuda a concentrarme.

Pero estoy teniendo problemas con la concentración últimamente.

Y sé bien por qué. Ni siquiera estando solo en mi casa puedo quitármelo de la cabeza. No dejo de hacerme preguntas desde la conversación en el fumadero... y los bichos de mi estómago han engordado desde el maldito beso. O bendito. Se me dibuja una sonrisa

en los labios al recordarlo. Ya no me amarga tanto, y no sé si eso es bueno. Estoy eufórico y asustado al mismo tiempo, pero es que algo ha cambiado entre Draven y yo. En parte es cosa mía, que he relajado mis defensas al acercarme a él y hablarle, intentando normalizar las cosas. Pero él, en especial, ha cambiado.

Estos días hemos hablado más que en los cinco años que Draven lleva en la banda. Siempre le he tratado con cautela y he evitado conversar con él, lo que no significa que le haya ignorado. Y por lo visto, él tampoco me ha ignorado. No del todo. Sabía más cosas de mí de las que dijo, me he dado cuenta en las últimas conversaciones. Viene a sentarse a mi lado durante los ensayos y me habla de música, sobre todo. Sabe que idolatro a The Cure y que sé tocar más canciones de Evanescence de las que puede soportar mi vergüenza. Sabe que guardo secretos, pero no me los tira a la cara ni los usa para burlarse de mí. Ese había sido uno de mis peores miedos, y poco a poco lo estoy perdiendo. No parece que esa sea su intención. De hecho, me trata bien, y eso es algo realmente especial. Draven no es una persona que tenga filtro social. Nunca tiene cuidado a la hora de dirigirse a los demás. Da igual que seas hombre o mujer, niño o anciano, si tiene que mandarte a la mierda, lo hace sin medias tintas. En cambio, conmigo es... considerado.

Me he dado cuenta de que me siento cómodo en su presencia, desde que he logrado relajarme, y me gusta que venga a buscarme. No ha vuelto a ponerme nervioso con sus flirteos, y eso lejos de despejarme las dudas me está haciendo pensar que tal vez su interés es más serio y honesto de lo que me pareció en un principio. Le he cazado miradas extrañas... sé que no se ha olvidado del beso, porque

a veces cuando le hablo se queda mirándome la boca, y luego sonrío y me mira a los ojos como si no hubiera pasado nada, pero con ese brillo depredador en las pupilas.

—Me debes un tatuaje —me dijo justo ayer, después del ensayo.

Me agarró del brazo y me sacó al salón, y comenzó a buscar entre los libros de arte de Crowley. Su contacto siempre me hace estremecer, y últimamente me toca mucho, de manera fortuita, sin intenciones raras: me palmea el hombro y hace cosas como esa, arrastrarme de un lado a otro para ir a fumar, o para enseñarme un grupo que yo no conocía.

—¿Has pensado ya en algo? Seguro que aquí hay ideas cojonudas para ti, que te gustan estas cosas.

—Aún no lo tengo claro. Y ese libro ya lo vimos ayer. —Me estaba haciendo el loco, y esperaba que mi sonrisa no me delatase. Aquella era una muy buena excusa para pasar un rato juntos, y a solas.

Pero no es suficiente. No para mí. No dejo de pensar en él. En sus miradas y en la manera en la que me habla, cercano y atento, en si será real o imaginaciones mías. Sé que no debería comerme tanto la cabeza, las cosas son o no son, y es mejor dejarse fluir, pero yo no soy como Draven, no sé actuar sin pensar, y no sé manejar en terrenos inestables como este.

Por eso no me puedo concentrar.

He dejado de tocar y miro el móvil sobre la tapa del piano. Tengo su número. Él lo apuntó en mi agenda, cogió el teléfono sin pedirme permiso y lo registró. Lo hizo delante de mí, eso sí, y aunque me irritó su descaro también me gustó que lo hiciera a pesar de que se riese de

que no era un Smartphone, y no tenía el jodido Whatsapp. Normalmente es Crowley quien se encarga de llamarnos a todos cuando hay que quedar para algo, y si no, Demona, que hace las veces de su secretaria y de madre de todos. También tenía por ahí el número de Ash, pero el de Draven no. Él nunca llama a nadie y creo que no le da su número a la gente, salvo a las tías, a menos que se le pida expresamente.

Yo no me atrevía a pedírselo, claro. Ahora que lo tengo, aún no le he llamado para nada, y siento cierto vértigo al agarrar el móvil y buscarle en mi agenda. Pero lo estoy haciendo. Quiero verle fuera del estudio, fuera del contexto de nuestro trabajo, y alejados del resto. Creo que eso es lo que necesito, y es lo que debo hacer. Tomar las riendas.

El tono suena, y mi estómago se encoge a cada segundo. Siento el impulso de colgar, pero espero.

—Joder, ¿qué?

Le he vuelto a despertar. Pero me da por sonreír.

—¿Draven? Soy Grimm...

—Ah... ¿qué pasa? —Tiene el sueño pegado a la voz, pero la ha suavizado.

Aprieto los labios y trago saliva.

—¿Quieres venir esta noche al Nightforest? Toca un grupo que tal vez te guste...

Ya está. Ya lo he hecho.

Aún estoy medio dormido, pero no tanto como para no enterarme de lo que me dice Grimm al otro lado de la línea. Me froto la cara con la otra mano y salgo de la cama, dejando a la tía que duerme boca abajo allí, quejándose y gruñendo. Cojo los boxers y me largo al cuarto de baño dando tumbos, encerrándome por dentro.

—A ver. Al Nightforest. Ok. —Son las putas nueve de la mañana. ¿Quién llama un sábado a las nueve de la mañana? Joder, pues Grimm. Vaya ideas—. ¿Dónde está eso? Oye, ¿y por qué estás levantado tan pronto? ¿Eres un viejo o qué?

—Está en el cruce de Oaktree con St. Patrick —responde con paciencia—. Tenía clases, pero me ha dejado tirado el alumno, así que...

—Ah. —¿Quién puede tener clases los sábados por la mañana? Grimm. Es que es la hostia, en serio—. Tú no eres judío, ¿no? Porque el sabbat te lo pasas por los huevos.

—No —responde riéndose. De pronto se interrumpe, y pregunta, preocupado—: ¿Tú eres judío?

Me da la risa. No por la pregunta, sino porque de pronto él se ha rayado pensando que me está molestando en mi día santo, y a ver, es para descojonarse. Porque aun en el hipotético caso de que fuera judío, que no lo soy, aunque no tengo nada en contra de los judíos ni movidas del estilo... bueno, que aun en el caso de que fuera judío, he hecho más satanadas en sábado que el propio Crowley. Aleister, no el cantante de nuestro grupo. Ya sabéis, Aleister Crowley, el tío ese que era satánico.

Da igual.

—No, tío. Parece mentira que después de cinco años no sepas ya que yo soy Hare Khrisna. —Tocan a la puerta y una voz femenina me llama por mi nombre. De pronto me irrita esa tía. La verdad es que no me acuerdo ni de quién es—. Espera, no cuelgues.

Tapo el micro del teléfono.

—¿Qué pasa? —grito a la tía.

—Draven, ¿estás ahí?

—No —respondo.

La muy lerda se queda dudando un momento.

—Draven, sé que estás ahí.

Mira, se ve que anoche me tiré a Sherlock Holmes. ¡Qué puta astucia tiene la chavala!

—¡¿Me dejas cagar tranquilo?!

—Ay, perdona, perdona.

Al fin se larga. Vuelvo a coger el teléfono.

—¿Sigues ahí?

—Sí... eh... ¿estás...? ¿Estás en el baño? Si estás ocupado hablamos en otro momento...

—Que no, tío. Es mentira, es que... —De pronto no quiero contarle que he estado con una tía. No sé por qué, con lo que me gusta fardar de conquistas. Aunque la verdad es que fue bastante decepcionante, por lo poco que recuerdo—. Da igual, olvídale. Vale, ya sé cual es el

Nightforest. Es un garito un poco gotiquillo, ¿no? Oye y, ¿quién toca?

—Se llaman Behold, son una banda de rock progresivo psicodélico.

—Hostia, pues sí. Sí, claro que voy. —Iba a ir de todas formas, aunque fuera un grupo de folk samoano. No tengo plan y no me apetece hacerme a otra piba esta noche, últimamente ya no es tan divertido como antes—. ¿Nos vemos allí o paso a recogerte? Igual me pillas de camino. —De pronto se hace el silencio al otro lado de la línea—. Greimito, no te me bloquees ahora. Si no quieres no pasa nada. Tranqui, ¿eh?

—No, no. No es eso, perdona. Te digo.

Me da sus señas y resulta que sí, me pillas de paso. Así que quedamos en que voy a buscarle a las ocho y ya vamos juntos. Grimm me insiste en que si voy a conducir no puedo beber y yo le digo que sí a todo, aunque no soy dueño del futuro, ¿ok? A ver, puede pasar cualquier cosa. Uno nunca sabe.

Cuando cuelgo el teléfono aprovecho para darme una ducha tranquilamente y dar tiempo a la tía esa, sea quien sea, de comprender que ya es hora de que se pire a su puta casa. La mía no tiene nada de interés. No es más que un piso de soltero en la parte oeste, espacioso y luminoso, eso sí, porque estoy acostumbrado a vivir en espacios abiertos y me ahogo en las casas pequeñas. Pero vamos, nada del otro mundo: una habitación, la habitación de ensayar / oficina / cuarto de la Xbox, salón con cocina americana, cuarto de baño y la terraza, que me corresponde porque vivo en el último piso. En la terraza tengo una piscina hinchable de esas para niños. Aquí los veranos son calurosos,

aunque no tanto como en casa, y es lo mejor que he podido conseguir.

Total, que suelto el teléfono en el suelo, encima de la ropa interior, y me meto en la ducha, dejando que el agua fría me limpie los restos del sueño y la resaca. Felicidades, Grimm. Si alguien podía conseguir que me levantara a las nueve de la puta mañana, ese eres tú.

Mientras me enjabono el pelo y me pongo la mascarilla y la crema suavizante —a ver si os creéis que la gente como yo tiene este pelazo así de gratis, sin hacer nada por cuidarlo—, pienso en él.

Últimamente pienso bastante en Grimm. No sé si he superado la mariconería esa que me entró después de lo de aquella noche, que no me dejaba pensar más que en su boca y en sus besos, y en sus manos debajo de mi camiseta. Sigo creyendo que es la hostia de guapo, pero eso no me hace marica, ¿no? ¿O sí? La verdad es que no me siento más marica que antes, quiero decir, dentro de los límites del mariconeo que nos traemos todos en este mundillo... En fin, a lo que voy, sigo creyendo que es guapo y todo eso, pero ya no me asaltan pensamientos *pornos* con él cada dos por tres. Supongo que eso es porque ahora nos conocemos más y ya no le veo solo como... como lo que fuera que vi esa noche en que me tiré a su cuello. Aunque todavía me dan cosas raras con él de vez en cuando. De hecho, en alguna ocasión tengo que interrumpir la conversación porque se me vuelve a ir la olla y me suben unos calentones inexplicables. Eso sí, disimulo de puta madre. A veces tengo que salir huyendo con cualquier excusa, pero a pesar de todo, siempre vuelvo, como una polilla a la luz.

Siempre vuelvo a esta jodida montaña rusa, esa que aún nadie ha probado, que no sé usar y que me provoca una excitación que me

vuelve loco.

Sin darme cuenta estoy pensando de nuevo en esa noche, cuando nos comíamos a besos en la oscuridad, y se me pone un poco dura. Hago una mueca. Voy a necesitar más tías para contrarrestar esto. O más agua fría. O lo que sea.

Me apunto ahí con el grifo helado y aguanto una mueca de incomodidad mientras me doy la terapia.

En fin. Erecciones aparte, Grimm siempre ha sido raro y siempre me ha costado entenderle, pero como últimamente hablamos, ya le voy pillando un poco el hilo.

Para empezar, no es tímido ni apocado, es reservado y misterioso, que no es lo mismo, ¿ok? Él se guarda sus cosas para sí porque le da la gana. Por otra parte, cada vez tengo más claro que no le van las tías. No le van nada. Lo he estado observando y a la única a la que mira más es a Alexandra, pero no la mira como nosotros. Nosotros la miramos como si quisiéramos tirárnosla, porque queremos, joder. Está buenísima, es una maciza increíble. Grimm en cambio la mira impresionado y admirado, pero sin golosina. No mira a las tías de las revistas, no se fija en los culos, nunca se ha revolcado con una grupie. No tiene novias conocidas. Le he visto besar a algunas chicas para hacerse fotos y demás, pero no es más que pose. Y por último, he descubierto que Grimm es una cebolla. No porque me haga llorar, qué lástima, si el tipo es un buenazo, no podría hacer llorar a nadie. Me refiero a que tiene mucha profundidad. Te pones a rascar y descubres un montón de cosas interesantes. Controla cantidad de música, de libros, de cine... Bueno, en Masters son todos bastante cultos, las cosas

como son. Hasta Ash tiene carrera. Yo soy la oveja negra, pero también es cierto que me metí en el grupo con veinte años y llevaba desde que terminé el instituto viviendo de la música, así que, aun si hubiera querido estudiar algo, tendría que haberlo dejado. Crowley exigía compromiso total. Odio los compromisos, pero tampoco soy gilipollas y sé que Masters of Darkness es la mejor oportunidad que he tenido en mi vida, así que acepté, y eso significó dejar de lado muchas cosas. Ami familia, para empezar. Pero en fin, que tampoco es ningún drama.

Y me estoy yendo del tema. Lo que decía es que Grimm es un tío interesante y que me gusta estar con él, ¿ok? Pues ya está.

Así que ahora somos colegas. Y esta noche nos vamos de concierto como dos colegas cualquiera, a ver si nos tomamos unas copas y me dice algo guay, alguna de esas movidas interesantes que él cuenta. Eso sí que me causa admiración, lo bien que se expresa. Qué puta envidia.

Cuando salgo de la ducha ya se me ha pasado la calentura y me tomo otro buen rato encerrado para afeitarme, mientras la zorra de anoche aporrea la puerta porque se está meando. Yo paso de ella, me enjabono los pelos de la cara y hago muecas en el espejo, levantando las cejas. Enseño los dientes. Finjo hacerme el harakiri con la cuchilla de afeitar.

No pasa mucho rato hasta que la chica empieza a insultarme.

—¡Que te vayas a tu puta casa ya! —le grito al fin.

Escuchar el portazo cuando ella se larga es el sonido más dulce del día. Ahora ya puedo pasar el tiempo tranquilo y a mi aire hasta que llegue la hora de salir.

Tengo el corazón a mil. Llevo con taquicardia desde que he colgado el teléfono.

Está hecho. Tengo una cita con Draven.

Pero no estoy seguro de que él sepa que es una cita. No estoy seguro de nada y eso me provoca más euforia y más miedo. No sé cómo lo haré, pero esta noche tengo que comprobar hasta qué punto Draven se está fijando en mí, y si todo esto solo es el juego de un *heterocurioso* o hay algo más serio detrás de sus gestos y su actitud hacia mí. Tal vez solo estoy viendo fantasmas, dejándome engañar por mis propias ilusiones, que al fin y al cabo, nunca me han abandonado. Draven siempre ha sido intocable para mí, y siempre le he observado desde la barrera, sin atreverme a extender una mano siquiera hacia él. Estaba convencido de que al hacerlo me rechazaría, de que si supiera cómo me hace sentir se reiría... o se sentiría incómodo. O peor, se acojonaría, como suele pasarles a los heteros cuando se enteran de que le molan a un tío.

Me he equivocado de lleno. O eso creo. Hablar con él me ha servido para darme cuenta de que sabe muchas cosas, y una de las cosas que sabe es que me gustan los tíos, aunque no diga nada acerca de ello. Y otra, seguramente, que él es uno de los tíos que me gustan. Bueno, no es que yo vaya por ahí colgándome de todos, realmente en estos últimos años no he tenido nada serio, y las pocas cosas serias que he intentado han sido un completo fracaso. Mi dedicación a la música y al grupo es exclusiva, y hay pocos que puedan conciliar eso en una relación de pareja. Y contradictoriamente

a lo que la gente suele pensar de los músicos, el coleccionista de cuernos en esta historia soy yo. Una vez, al volver de una gira, me enteré de que había roto con mi pareja al verle colgado del cuello de otro en uno de los garitos que solíamos frecuentar. Desde eso me ha costado mucho plantearme nada estable. Limitarme al sexo casual y a pasar buenos ratos y nada más es lo más sensato que puedo hacer, por mí, pero también por los demás. Aunque no es eso lo que me gustaría, siempre he deseado otra cosa. Pero si no es posible, no es posible.

En cualquier caso, últimamente nadie me llama la atención. No de la manera en la que lo hace Draven. Y eso es una putada, lo sé desde el principio. Y no sé qué coño hago pensando en esto. Draven no es nadie con el que plantearse otra cosa que no sea diversión. Draven no es nadie que se plantee la vida con seriedad, y eso lo tengo asumido, así que no tengo que darle más vueltas. Solo quiero saber si es tan hetero como dice. Solo quiero jugar un poco, por una vez... pero estar pensando en esto me recuerda que estoy jugando con fuego. Y que voy a quemarme. Quemarme en serio.

Y eso es lo que me hace sentir eufórico y asustado. Como si fuera a saltar en paracaídas. Pero sin paracaídas, porque sé que con esto no importa cuánto intentes protegerte.

Ya no tengo que darle más vueltas. He tomado una decisión, así que paso el resto del día ideando el plan de ataque. Sé que el grupo que vamos a ir a ver le gustará, no lo he elegido al azar, y me doy cuenta de que llevo tiempo planeando esto al recordar que pensé en él al ver el evento del Nightforest en mi Facebook.

Hemos quedado a las ocho, pero a las seis ya estoy metido en el baño. A las siete he comenzado a vestirme, mandando al garete todo el orden y la pulcritud de mi armario y de mi cuarto. He llenado la cama de camisetas y pantalones, de cinturones y abalorios, y por primera vez en mucho tiempo, no sé qué ponerme. No estoy pensando en mí, estoy pensando en él, en qué le gustará, en qué le hará fijarse más en mí. Y me siento idiota al cuadrado, pero sigo con ello.

Al final me he puesto una camiseta de tirantes ajustada, rota por el pecho y la espalda, y una rejilla que se me pega a la piel por debajo. Me cubre los brazos, dejando al aire los dedos y se cierra en el pulgar. La camiseta deja ver el pezón en el que llevo el piercing. Me miro en el espejo. Los pantalones ajustados me aprietan el culo y se abren por encima de las botas, llenos de pequeñas correas y argollas. Me he calzado unas New Rock y voy completamente de negro. No es la ropa con la que suelo salir... se parece más a la ropa con la que toco en el escenario, aunque esa sea más llamativa y provocadora. La verdad es que no suelo ir por la vida enseñando los pezones ni con la sombra de ojos puesta.

Pero hoy me la he puesto. Mis ojos parecen brillar más rodeados por el maquillaje negro. Me hace sentir seguro esa expresión decidida que me devuelve el espejo, pero al mismo tiempo me pregunto si no estaré pasándome. Si no será demasiado evidente. ¿Pero no es precisamente eso lo que quieres, Evan? Que sea evidente... y seducirle. Porque ese es el plan desde el principio. Ponerle a prueba. Salir de dudas.

A las ocho y diez suena el timbre, y siento que va a darme un ataque al corazón.

Me he echado medio frasco de *Aqua di Gio*, y cuando me doy cuenta me froto el cuello con una toalla. Pero ya es tarde. Cojo la chaqueta vaquera negra del perchero antes de salir. Me detengo ante la puerta y tomo tres aspiraciones profundas antes de abrir.

Como si fuera a saltar, convenciéndome de que llevo el paracaídas.

He conducido hasta la dirección que me dio pensando que sería una casa vieja o algo así y al llegar me encuentro un *loft* reformado. Hay que ver. El puto Grimm vive en pleno centro. En realidad yo también podría permitírmelo si no estuviera pagándoles los caprichos a mis padres, pero lo cierto es que no me da envidia. Siempre me ha dado un poco igual vivir en un piso cutre de periferia o en una mansión. No soy precisamente ordenado, así que ¿para qué molestarse en vivir con lujo?

Bajo de la moto y me acerco a la puerta, mirando alrededor con curiosidad, y luego llamo al timbre. He llegado un poco tarde, creo, pero no me importa demasiado. La puntualidad nunca ha sido mi mayor virtud.

Mientras espero a que Greimito me abra, miro el móvil y me río con las chorradas que me mandan los colegas por whassap.

En cinco años que llevo viviendo en Berkeley me ha dado tiempo de sobra a hacer nuevos amigos, pero mis amigos de verdad son los de Westlake, mi barrio natal en Los Ángeles. Mantengo el contacto con ellos y me escapo a verles siempre que puedo, o les hago venir aquí, correrse la juega de sus vidas y luego largarse de vuelta. Ahora uno de ellos me está mandando un vídeo absurdo que han grabado una

noche de borrachera, y mientras se descarga ya me está dando la risa. En serio, vaya putos locos.

Entonces se abre la puerta, y cuando Grimm aparece ahí debajo del umbral, se me borra de la mente todo. El vídeo, mis colegas, que tengo la Indian mal aparcada en la acera y hasta lo que iba a decir.

Creo que ya no voy a poder llamarle Greimito nunca más.

Ahí está, delante de mí, vestido como Eduardo Manostijeras y con... en fin. Es... no sé. Estoy tan shockeado que no sé ni pensar bien.

Cuando reacciono, me tomo mucho esfuerzo en dejar correr cualquier comentario que pudiera resultarle ofensivo, porque lo último que quiero ahora es ofenderle. Jamás le había visto tan...

No encuentro las palabras. Me he quedado gilipollas, por lo visto.

—Oye, qué pedazo de casa tienes, ¿no? —suelto al fin, arrancando la mirada de él a la fuerza y echando un ojo por encima de su hombro—. No sé por qué, te hacía más bien viviendo en un ático o algo así.

Le sonrío con simpatía mientras intento poner un poco de orden en mi interior. Cosa que es imposible al verle el piercing del pezón, que le asoma entre la camiseta rota y la red de pescador esa que lleva debajo. Siempre me han hecho gracia esos atuendos, esas redecillas chungas que parecen las mallas donde vienen las cebollas cuando las compras en el súper. Mis compañeros usan ropa de esa para tocar, a veces. Yo no, yo voy siempre sin camiseta. Aunque sea diciembre en Kiev, siempre salgo descamisado y en vaqueros. A Crowley no le importa, y hasta le gusta. Su única exigencia es que los vaqueros sean

negros y ajustados, y las botas, grandes. Y que lleve muchas muñequeras. A mí todo eso me parece guay. Lo último que me he inventado y que llevo haciendo durante los bolos del último año es ponerme un collar de perro con pinchos y una cadena alrededor del cuerpo. Es cojonudo, parezco una bestia o algo así.

Bueno, que me voy del tema. El caso es que yo no estoy acostumbrado a llevar ropa de ese estilo, aunque sé que es lo que suelen llevar los góticos. Pero tampoco estoy acostumbrado a ver a Grimm así. Solo se maquea tanto para salir a tocar... que yo sepa. Claro, que qué coño sé yo. Tampoco es que salgamos juntos muy a menudo, pero cuando hemos coincidido en salidas del grupo o con amigos comunes, no iba así vestido. Joder. Me acordaría.

Y es que no es solo la ropa. Es todo. Su pelo, su cara, sus ojos. Se ha pintado los ojos y de pronto es como cien veces más guapo que nunca.

—La hostia, tío —suelto al fin, incapaz de quedarme callado ante semejante potencia—. Estás que lo rompes. Esta noche ligas, seguro.

Le suelto un manotazo en el hombro, que es lo primero que se me ocurre hacer.

—Vamos, tengo la moto ahí mismo.

Me doy la vuelta y voy el primero hacia la Indian. Mejor, así me despejo. Ahora tendré que conducir hasta el garito y no puedo estar con la cabeza en... yo qué sé. En él. Es que ni siquiera estoy pensando guarrerías, como esta mañana en la ducha, no. Estoy, simple y llanamente, impresionado.

Algo ha pasado, aunque no sé muy bien qué.

Se me ha quedado mirando. Pero tal vez se ha estado aguantando la risa, o los comentarios estúpidos. Estoy acostumbrado a esas cosas, no lo digo en plan victimista, quiero decir que en nuestro ambiente es normal que todos se pasen la vida burlándose unos de otros, y haciéndose los machotes por comparación. Amí no me va, tampoco me molesta, es solo que paso de ello. Pero en este momento no me habría gustado. Y no estoy seguro de que no haya pensado algo así.

Pero no se ríe, ni dice nada. Nada hiriente, quiero decir. Y ese piropo y el comentario sobre ligar me hacen reír. Me ha hecho sentir más seguro.

—No me he maqueado para nada —le digo mientras le acompaño a la moto.

Pobre de él. ¿Sabrá la que se le viene encima?

Yo también me he fijado en él, aunque eso no es ninguna novedad. Está guapo, y eso tampoco es ninguna novedad. Draven tiene un atractivo animal, muy primario. No suele poner mucho cuidado en la imagen, pero hoy se ha afeitado. Lleva la melena suelta y desenredada, como tiene el pelo muy fino no necesita peinarse mucho para que le quede bien. Los vaqueros negros le marcan el trasero, y no puedo evitar mirárselo mientras me guía hacia su Indian. Lleva un cinturón de balas, botas y una chupa de cuero, y debajo de la chaqueta se ve esa estúpida camiseta en la que puede leerse *I hate Masters of Darkness*. Una vez salimos a firmar discos con ella, cuando a algún *true* se le ocurrió la idea de comercializarla. A Crowley le

encantó, y a Draven más.

Aparto la mirada cuando se monta en la moto y me hace un gesto para que suba.

—No tengo casco, así que a vivir al límite —me suelta—. No creo que nos matemos.

—Me parece bien.

Me siento detrás y me agarro a él, rodeándole la cintura con los brazos. No rehúyo el contacto, ni siquiera me lo he pensado. La noche comienza exactamente aquí. Su pelo me roza la cara y puedo oler el jabón al aspirar. Huele a limpio, y a Axe. También huele a tabaco, y al cuero de la chupa. Huele igual que aquella noche y siento una sacudida en el estómago al acordarme. Putos bichos.

Estáis locos, y me vais a volver loco a mí. Pero esto me gusta.

El garito está a unas cuantas manzanas de la casa de Grimm y me pierdo un par de veces. Yo creo que el centro de Berkeley lo diseñó un borracho. Nada de calles rectas y de planta cuadrículada, no. Es un caos, como esas ciudades de Europa en las que las casas se apiñan sin ton ni son. Al menos Grimm se lo toma con filosofía. Yo me enciendo un *cigar* e insulto al fulano del Audi que casi se me mete por delante antes de que se nos cierre un semáforo.

—¡Gilipollas!

Le enseño el dedo corazón y cuando el tío va a responderme, arranco y me salto el semáforo, esquivando a un peatón.

—Tío...

Grimm va agarrado a mi cintura, no se ha cortado, y menos se corta ahora, cuando se me aferra con inseguridad. Sonríe a medias y escupo el cigarro a la acera, saltándome un stop.

—¿Qué? ¿Que me lo tome con calma? ¿Eso me vas a decir? — Suelto una carcajada. A la mierda. No me sale de los huevos tomarme nada con calma, la gente parece que no se entera.

—No —me responde él con rebeldía—, te iba a decir que si me das tabaco.

—Cógelo, está en mi bolsillo. —Una de sus manos se suelta de mi cintura y me palpa en la chaqueta, buscando el paquete de Chester. Cuando lo encuentra vuelve a agarrarme con dedos tensos.

Atravesamos con rapidez las calles y al fin llegamos al Nightforest, que está en una callejuela en la que comparte espacio con otros tantos garitos de rock, cada uno de su estilo. Ahí están el Easy Rider, el Winchester, el Cherry Pie, el Hammër —uno de mis preferidos— y el Nightforest, claro. Calzo la moto en un hueco imposible entre dos coches y echo el freno. Luego le pongo la cadena, atándola a una farola. Grimm ya se ha bajado y está fumando mientras me mira. Cuando me vuelvo hacia él, finge estar muy interesado en la Indian.

—Está guapa.

—Pues claro. —Sonríe con orgullo. Luego consulto el teléfono—. Mira, son las nueve menos veinte. Todavía tenemos tiempo de tomarnos unas birras antes de que empiece.

Grimm sonríe y me mira como si estuviera gastándome alguna

broma que no termino de entender. Qué puta sonrisa tiene. Es inevitable pensar que es guapo, ¿cómo no voy a pensarlo? Se me acerca y me entrega el paquete de tabaco que cogió durante el trayecto.

—Toma, esto es tuyo.

No parece que me esté dando una cajetilla de cigarros. Es más como si me estuviera devolviendo los boxers que me dejé en su casa ayer, por la forma en que me mira y el tono de voz que pone. La hostia.

Me coloco el paquete, el que llevo entre las piernas, no el de tabaco, y cojo el otro paquete, en este caso sí, el de tabaco, para guardármelo. Se me ha tensado la mandíbula y le estoy mirando la boca otra vez. Los labios y los ojos, y luego los labios. Él también me mira, con esa expresión rara, casi descarada.

De pronto, me da un vuelco el corazón. Otra vez siento el aire pesado entre nosotros dos, como aquella vez en el fumadero.

La montaña rusa. Ya está ahí, delante de mí, tentándome.

Y por segunda vez esta noche, me he quedado sin nada que decir.

—¿Entramos? —pregunta él, salvando la situación—. No creo que nos vayan a poner copas aquí fuera.

—Sí, entramos.

Recupero el dominio de mí mismo y camino hacia la puerta del garito, con la sangre revolucionándose en mis venas y mis ojos fijándose donde no deberían. Joder con Grimm. La hostia.

Camino por delante de él, para que tenga una buena vista de mi trasero.

Ya le he dicho que no me he vestido así para nada. Me he tomado muchas molestias y esto es artillería pesada. Mi artillería pesada, que siempre sorprende cuando la uso con alguien. Todos me toman por tímido, pero hay una diferencia entre eso y ser reservado. Amí no me gusta airear mi vida, ni tengo ninguna necesidad de llamar la atención. Salvo cuando quiero, como es el caso.

Cuando empujo la puerta del garito para entrar, sé que me está mirando el culo. Le miro de reojo y cuando se da cuenta de que le he pillado in fraganti disimula, saludando a los seguratas.

Nos dejan pasar sin problemas. Amí ya me conocen, hace años que vengo a este sitio.

El Nightforest es un antro gótico, como lo llaman muchos, que tiene poco de antro. Salvo los baños algunas noches de concierto. Es mi local favorito de Berkeley. La sala es grande y las luces son tenues, y la decoración imita, precisamente, a un bosque. La barra está entre dos enormes árboles grises y retorcidos de cartón piedra, similares a los que parecen sujetar el techo del local diseminados en la pista de baile y en la zona de las mesas. Las hojas plateadas devuelven los destellos de las luces verdes y azules instaladas en el techo, y de las ramas cuelgan farolillos y luminarias entre telas de araña e insectos fantásticos que miran a la gente en la pista con cientos de ojos brillantes. Los techos, que deben ser más altos de lo que se ve con las luces apagadas, están cuajados de leds que imitan un firmamento estrellado.

No es del estilo de Draven, y lo sé, pero es mi territorio y me hace sentir más seguro. Nightforest es un lugar oscuro, y a la gente que viene le suele importar una mierda lo que haga el resto. Lo que ocurre aquí, se queda aquí, como en Las Vegas. Y además ponen una música que está de puta madre. Cuando me acodo en la barra para pedir dos cervezas empieza a sonar *Shadowplay* de Joy Division. En el escenario, al fondo de la pista de baile, ya están dispuestos los instrumentos y las lonas, pero las luces aún permanecen apagadas. La gente está comenzando a congregarse aquí dentro.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —le pregunto mientras le tiendo su pinta. Le hago un gesto con la cabeza para que vayamos a las mesas. Me tengo que acercar a él para hablarle, por el volumen de la música. Y eso también me gusta—. Supongo que te van más los garajes y los antros con olor a alcohol rancio y vómito. Pero sé que te gusta probar cosas nuevas.

Le sonrío. Le he traído a una de las mesas entre los árboles. Son negras, con pies de forja, parecidas a mesas de jardín. De un jardín diseñado por Tim Burton. Hay cancelas y algunas parcelas que imitan pequeños cementerios. Es un cliché tremendo. Pero me encanta.

Me siento y doy un trago a mi cerveza, mirándole cuando aparto el vaso de mi boca y me lamo los labios. Está más amarga de lo que esperaba y me doy cuenta de que he pedido Guinness, pero no hago que eso me haga perder el ánimo.

No voy a irme de aquí sin ligar. Lo tengo muy decidido. Y espero que él no tarde demasiado en enterarse.

Pues nada, aquí estoy, en Halloween Town, con el primo de Jack, la Novia Cadáver y Eduardo Manostijeras. Y aunque tuviera delante al puto conde Drácula yo creo que ni me enteraría, porque solo puedo mirar a este tío, que es imposible que sea el mismo Grimm que yo conozco.

¿De dónde ha sacado este descaró? ¿Y esas miraditas? Hasta ahora nunca me ha tirado miraditas. Yo a él sí, puede, jugando. Pero, ¿él a mí? Jamás. Y esto es raro. Normalmente se comporta con mucha frialdad. Me pone distancias y límites que yo respeto, como en un juego que hubiéramos acordado antes o algo así. Pero ahora... en fin, se está soltando la melena, creo yo.

Mientras me habla me he quedado mirándole la boca otra vez y rápidamente trato de apartar la vista, subiéndome a uno de esos taburetes y dando un sorbo a mi birra. Es buena, punto a favor para Gotilandia.

—Aciertas en todo —digo antes de procesar lo que acaba de decir. Aunque no es verdad, no necesito que nada huelga a vómito para estar a gusto en cualquier antro. Tampoco soy un cerdo. ¿Piensa que soy un cerdo? Me quedo mirándole, suspicaz. Joder, vaya concepto tiene de mí—. Oye, tú crees que soy una especie de heavy cabeza hueca que disfruta peleándose, dándose cabezazos contra las paredes y bebiendo hasta potar, a ser posible encima de sus colegas, ¿no? Como los protas de *Airheads* o algo así. —Sonrío al ver cierta perplejidad en su mirada, igual es porque no conoce a *Airheads* o porque es exactamente lo que piensa. O porque no se esperaba que le soltara algo así—. Pues estás muy equivocado. Eso es un puto cliché. Aunque bueno, algunos lo cumplen, pero tío, bajo toda esa actitud hay mucho

más, ¿sabes? Pero tú nunca vas a saber entenderlo, igual que yo no voy a entender nunca esto. —Miro alrededor, así no tengo que mirarle a él—. Mira este garito. Seguro que estos tíos se han gastado más pasta en poner arbolitos de lo que ganan sirviendo copas. Los góticos sois muy raros. Pero yo no vomito encima de nadie. Eso que te quede claro.

No sé ni qué coño digo, y desde luego, no he ordenado bien las frases. Pero eso no es ninguna novedad. Me froto la nariz con el dedo y se me mueve el piercing, mientras meneo la pierna nerviosamente esperando a que salga el jodido grupo a tocar y pueda dejar de pensar en Grimm de una vez.

Me está empezando a poner nervioso.

—Eso no es del todo cierto. Una vez vomitaste en las botas de Ash.

Y otra le potaste una chaqueta a Crowley. Lo recuerdo perfectamente. Y también recuerdo que la hice desaparecer, y Crow pensó que algún gilipollas se la había robado durante la fiesta. Por poco no nos deja salir a nadie de la casa. Pero esto prefiero no recordártelo, porque no lo sabes. Y te has puesto a la defensiva.

—¿Ah, sí? —dice—. Joder, no me acuerdo de eso.

—Ya me imagino. Tienes una memoria muy intermitente —le suelto, afilando el doble sentido.

Me sonrío a medias, con fiereza, pero noto algo nuevo y extraño; como si un muro se hubiera alzado entre los dos.

—Será por el alcohol, o por los cabezazos que me doy contra las

paredes, ya sabes.

Se ha puesto a la defensiva. O nervioso, más bien. Hoy no ha tomado él la iniciativa, no es él el que está tirándome la caña a mí, jugando conmigo. Hoy tengo yo la sartén por el mango, y sé que le estoy acorralando. Solo tiene dos opciones, y lo que quiero con todo esto es comprobar por cuál se decanta: si sale huyendo despavorido o deja de hacer el gilipollas y toma lo que está deseando.

Le doy muchas vueltas a las cosas, y tomo las decisiones con cuidado, pero una vez las tomo ya no hay quien me pare.

—Este sitio es bastante popular en Berkeley —le digo, tanteándole—. Al menos entre los góticos. Pueden beber vino tinto sin que nadie les mire mal o les llame maricas... y pueden hacer otras cosas también sin que nadie les llame maricas.

Esta vez le miro yo la boca, y vuelvo a sonreír. Me las estoy cobrando todas. Draven debería entender que hacer lo que le sale del nabo en cada momento tiene sus consecuencias.

Y haberme besado tiene esta consecuencia.

Estoy flipando, ¿ok? Pero flipando. Yo no sabía que Grimm podía ser así de descarado, y todavía no sé si me gusta. Me hace sentir raro, incómodo y fascinado al mismo tiempo.

—¿Y tú por qué no bebes vino tinto?

Prefiero preguntarle eso que hablar de maricas, porque vamos. No estoy yo para hablar de maricas ahora mismo. No. Ahora mismo no.

—Hoy no me apetece —responde—. Quería algo un poco más fuerte esta noche.

Ya. Más fuerte.

Jooder.

—Me parece que a ti también te gusta probar cosas nuevas —le digo—. Como beber cerveza negra, hacerte el duro, o ligar conmigo. Porque estás ligándome, ¿no?

Masters of Darkness es un grupo de metal gótico, metal oscuro o como coño lo quieran llamar en las revistas, y sí, nos hacemos los duros, pero no todos lo somos. Grimm no es el duro. El duro del grupo es Crowley, y yo soy el puto loco, el perro callejero. Demona es la tía explosiva —y también dura— y Ash el chillado tocapelotas. Grimm es otra cosa. No sé. Es el intelectual, el guapo, el melancólico. Ese es su papel.

Por eso verle así me raya tanto. Grimm el sexy, el seductor, el descarado.

Resulta que Grimm también es todas esas cosas, solo que yo no lo sabía.

La verdad es que no nos conocemos. No nos conocemos una mierda, pienso, mientras bebo un trago de cerveza. Al dejar el vaso, le miro de reojo. Él me está mirando de forma desafiante y pícara a la vez, como si tuviera una idea fija en mente, una en la que yo no quiero ni pensar. Y cuando abre la boca para responderme algo que no sé si quiero oír, la gente empieza a gritar y a aplaudir, y en la barra bajan la música hasta apagarla. El grupo está saliendo al escenario.

Y las luces desaparecen.

Ahora puedo mantener la atención en algo, gracias a Dios. O eso espero. Porque no puedo dejar de ser consciente de él, de su presencia ahí al lado, y de recordar otro momento, otra oscuridad, en casa de Crowley. Vuelvo a pensar en los besos, en su boca, en sus manos.

Supongo que ya estoy subido en la puta montaña rusa, otra vez.

Le miro de reojo y le sonrío a medias.

Pues si me va a ligar, que se lo curre.

Habría que ser idiota para no darse cuenta. Y Draven no es idiota. Lo sabe desde el principio, desde que he aparecido así delante de sus narices, aunque pregunte para asegurarse.

Me vuelve a asaltar el miedo un instante. Estoy lanzándome sin paracaídas. Si caigo sobre el suelo me voy a joder vivo, pero es una posibilidad que he contemplado. Podría levantarse y pirarse, ofendido, como hacen algunos. Asustado por alguna estúpida razón. De hecho siempre he creído que eso sería lo que pasaría si algún día me atrevía a acercarme a él. Pero no está ocurriendo.

—¿Y te estoy ligando? —pregunto, sin dejar que la duda asome a mi mirada, que no se aparta de sus ojos. Pero la gente se ha puesto a gritar y no me ha oído.

Sus ojos se vuelven hacia el escenario. Me mira de reojo y sonrío. No se ofende. No se va. No huye. Puede que no sepa lo que está pasando conmigo, sé que esto no lo ha visto jamás. Esto lo han visto

muy pocas personas. Y le pone nervioso... pero si no le gustase se habría largado. Draven no es una persona que se calle lo que tenga que decirte, me habría hecho un desplante, me habría llamado marica y me habría mandado a la mierda. Pero no lo hace, y me relajo al mirar hacia el escenario, donde Behold ha comenzado a tocar a oscuras. Las primeras notas de la guitarra parecen un lamento distorsionado, y las luces, tenues, comienzan a encenderse para mostrar a los músicos sobre el escenario.

La gente se ha ido callando y el ambiente parece volverse denso.

Estoy cerca de él, y cuando acerco la rodilla a su pierna parece un roce fortuito, pero la dejo ahí. No puedo evitarlo. Él la estaba moviendo con rapidez, como si estuviera impaciente, pero al contacto parece calmarse. Estoy notando la tensión dentro de mí. La siento también fuera, como una fuerza entre los dos, una especie de magnetismo, revelándose en nuestro silencio.

Le miro mientras bebo. Las luces dibujan su perfil. El piercing de su nariz destella cuando mueve la cabeza y vuelvo a mirarle los labios, y a pensar en el beso.

Quiero besarle. Me está doliendo la tensión de lo mucho que quiero hacerlo.

Pero deseo aun más que lo haga él. Otra vez.

Puede que no nos conozcamos mucho, pero este tío tiene buen ojo para acertar con mis gustos musicales. Claro que no es difícil, porque me gusta todo. Todo el rock, quiero decir. Me puedes dar skate, punk o

heavy metal, *shoegaze* y lo que quieras, en serio, lo que quieras, que todo me gusta. Pero el progresivo me parece la hostia. Supongo que porque tienen eso que yo no consigo, esa expresión plena, joder, es que se expresan tan bien...

Bueno, que me voy del tema.

Han encendido un par de focos azules y han puesto en marcha la máquina de humo, así que los músicos aparecen envueltos en bruma. Sus siluetas se recortan, negras, contra el resplandor neblinoso, y una guitarra empieza a sonar, como un eco, mística...

Y entonces me doy cuenta, joder. ¡Ese es el sonido que estaba buscando Crowley el otro día! Saco el móvil a toda prisa y pongo a grabar un mensaje de voz en el whatsapp para enviárselo. «¿No es esto lo que querías en el ensayo?», le escribo.

Cuando comienzan a tocar en serio me dedico a beber birra y dejarme llevar. Esto es lo que me gusta de verdad de la música, la música en vivo. Por algo se llama «en vivo», porque la música lo está cuando suena al momento, cuando es como nosotros, efímera y eterna. Y joder, vaya cursiladas pienso, ¿no? Pero yo me entiendo.

El concierto de los Behold cumple su función durante unos minutos: atraparme y distraerme. Pero luego vuelvo a ser bruscamente consciente de él, de su pierna contra la mía, de su cercanía. Le miro de reojo. Ahora él tiene la atención puesta en el escenario y vuelve a tener un brillo nostálgico en los ojos, y eso me engancha más que sus putos vaqueros estrechos y el piercing del pezón. Es esa mirada. Esos ojos. Esa expresión que me hace preguntarme quién es, qué hay dentro de él, debajo de la camiseta hortera que le ha dado por

ponerse y de sus intentos de flirteo.

Y cuando se da cuenta de que le observo, él vuelve sus ojos hacia mí y yo lo aparto, volviéndolos al escenario. Me ha dado otro vuelco el corazón y le pego un trago bien largo a la cerveza, intentando apagar el fuego que me está ardiendo dentro.

De nuevo hay un cruce de miradas. Muevo un poco la pierna. Nos rozamos.

El aire entre los dos se vuelve denso, eléctrico. Siento un cosquilleo en la sangre.

No sé qué me pasa. Pero es cojonudo. Mejor que la droga.

Siento una especie de tirón en esa tensión cuando le miro. Él estaba observándome ahora, y ese magnetismo que está enredándose entre los dos parece más evidente. Al menos para mí. Tira de mí hacia él, y si no hiciera un esfuerzo de voluntad me haría agarrarle de la camiseta y besarle. No lo hago, y me aguanto las ganas. Deslizo la bota contra la suya al acomodarme en la silla y rodeo el vaso de cerveza con los dedos. Su mano está cerca, podría tocarle si quisiera, rozarle con los dedos si los despegara del vaso.

No lo hago, y me aguanto las ganas.

Yo tengo la certeza de que quiero besarle. Tengo la certeza de que quiero tocarle, y quiero tener la certeza de que él quiere hacerlo también. De que aquello no fue una de sus tonterías, un experimento, ni fruto del alcohol en la sangre.

Vuelvo la atención al escenario. La música me ayuda a

controlarme, aunque también me empuja a un estado de abandono extraño. No sé cómo explicarlo, pero puedo disfrutar de esta sensación, como lo hago de la música. Aunque duela la tensión. Las luces se han vuelto rojas, y cierro los ojos, sintiendo la pulsación de los bajos y la batería, centrándome en el sonido que me temple los nervios y vuelve a hacerme sentir seguro. Solo es cuestión de dejarse fluir... de dejarle fluir.

Y Draven no es como yo. Él no puede resistirse a saltar. Y lo hará, tarde o temprano, lo presiento desde hace un rato.

Behold son buenos. Son buenos, joder. Han creado una atmósfera plena con los riffs intensos, y el bajo tiene una línea fluida, sube y baja, marca ritmos que van más allá de lo previsible, el humo lo envuelve todo y sus siluetas entran y salen de la niebla para mostrarse y ocultarse. Son tíos de mi edad, más o menos, con el pelo largo y camisetas negras, sin logos. Tocan mirando hacia abajo o hacia arriba, sin interactuar mucho con el público.

Me gustan, pero no son más que el telón de fondo de la extraña situación que se ha creado entre Grimm y yo. Es como una conversación sin palabras, en la que apenas nos miramos. Es un silencio extraño, lleno de... cosas. No sé explicarlo. Es como estar en otra parte, igual que esa noche en casa de Crowley. En otro mundo, ¿sabes? Con toda esa oscuridad arropándonos, con esa música evocadora y mística, pero cañera al mismo tiempo, con el corazón latiéndome deprisa sin saber por qué... y Grimm a mi lado. Su pierna me quema, sus manos, que están cerca, también me queman sin

tocarme.

En un momento dado, un par de chicas en corsé pasan a nuestro lado y miran a Grimm. Se sientan cerca. Una de ellas, rubia con el pelo muy corto, no le quita los ojos de encima. Por alguna razón, no me gusta que lo haga. Me jode que la rubia le mire, porque es como si interrumpiera este momento tan guay, como si se entrometiera en ese mundo oscuro que hemos creado.

Cuando pasan al siguiente tema, el quinto de la noche, a mí apenas me queda birra. Entre el ruido de los aplausos, decido girarme un poco para decirle algo, algo que resuelva al fin esta tensión...

Entonces veo a la rubia, que se ha levantado y viene hacia aquí. Grimm está de perfil, su nariz es putamente bonita, y sus ojos parecen joyas, pero apagadas, y tiene la punta de la lengua entre los labios, que están húmedos y brillantes, y su pelo oscuro cae sobre sus hombros como una cortina que seguro que es suave al tacto...

Y esa zorra se acoda en nuestra mesa, mirándole con una sonrisa. Y sé que le va a entrar.

Entonces, de pronto, me vuelvo loco. Eso no va a pasar. No lo pienso permitir, joder.

Él apenas se ha girado hacia ella cuando yo pego el manotazo en la mesa, delante de las narices de la rubia.

La tía se sobresalta, Grimm también.

—Esfúmate.

—No te pongas borde —me suelta la chica, mirándome con desprecio—. ¿Qué pasa, es que está contigo?

—Sí, está conmigo.

La tía levanta las manos en son de paz y se da la vuelta, yendo de nuevo a su mesa. Behold están tocando otra vez, pero yo solo puedo asesinar con la mirada a la zorra... hasta que siento los ojos de Grimm sobre mí.

—¿Estoy contigo? —me dice burlón, pero con un anhelo en los ojos, uno que no es capaz de esconder lo bastante bien, no para mí.

Soy hiperactivo, ¿ok? Estoy loco, sí. Tengo demasiada dinamita dentro y no me sé expresar, todo eso, vale. Pero no soy ningún gilipollas. No soy gilipollas, no tengo un pelo de tonto y sé que me desea. Y como estoy hasta los huevos ya de jugar, le agarro de la nuca y me tiro encima de él, abriéndole los labios con los míos y besándole otra vez, igual que esa noche en casa de Crowley.

No. Igual no. Ahora escucho mi propio corazón martilleando en mis oídos por encima de los coros limpios y místicos y la voz gutural de Behold, esa mezcla tan absurda pero que funciona tan bien, igual que él y yo.

Igual no, porque ahora sé lo que estoy haciendo y me doy cuenta de que lo estaba deseando desde hace semanas. Así que presiono con mis labios contra los de él, hundo la lengua en su boca y le saboreo con lenta pericia, buscando todo lo que me evocan los recuerdos de aquella noche, buscando revivirlo y mejorarlo. Quiero descubrir de qué va todo esto.

Su boca es blanda y dúctil, está húmeda, sus labios parecen abrazar los míos y recibirlos con complacencia, y cuando toco su lengua con la mía, él responde con un hambre extraña, que no es

brusca pero trae consigo el fuego.

Dios. Qué bien sabe.

Me he arrojado sobre él con tanto ímpetu que al ir a inclinarme más hacia su cuerpo, siento que la banqueta se mueve debajo de mi culo, así que me pongo de pie para sujetarle la cara con las dos manos y besarle a mis anchas, bebiéndome su aliento y dejando que se me colapsen las neuronas con descargas eléctricas que no sé de dónde coño vienen. ¡¡Ni me importa!!

Por fin.

El alivio es como un estallido. Lo único que hace es desatar una revolución dentro de mí. Hasta el roce de sus dedos entre mis cabellos hace que me tense, es como fuego. Me ha arrollado. Me está besando. Está conmigo. Eso le ha dicho a la tía, y desde ese momento mi corazón se ha desbocado como un jodido tren a punto de descarrilar. Su lengua contra la mía es la respuesta que estaba ansiando, y la saboreo, abriéndole paso, enredando la mía mientras el hambre se esparce por mis venas.

Está besándome a conciencia. Y sé que está lúcido. Esta vez no hay dudas de lo que desea, su boca me reclama y me gusta, y yo le dejo explorar la mía a sus anchas, llenándome los pulmones de su olor cercano cuando respiro por la nariz. Guardándome cada matiz en la memoria como si fuera un tesoro. Los labios le saben a cerveza. Tiene la saliva tibia impregnada del matiz del tabaco. Es amarga pero también dulce... y un poco picante. No entiendo por qué. Estoy cayendo, y no pienso en si llevo o no paracaídas. El impacto no me importa, solo esa

sensación enloquecedora: el corazón cabalgando en mi pecho, la piel ardiéndome, erizándose. Los bichos en mi estómago corriendo enloquecidos como si se hubieran dado un chute de éxtasis.

La música suena. Hay gente sentada en las mesas, hay gente en la pista, pero no soy consciente de ellos. Solo de sus labios, y de la música, que se ha vuelto líquida y se filtra hacia mi boca, me hormiguea dentro y me convierte en algo maleable entre sus manos, que me sujetan el rostro y enredan los dedos en mi pelo; son calientes y algo ásperas, grandes y sensibles.

Estamos en otro mundo, en el que solo estamos nosotros. Nosotros y la música. Y el calor que me pica en la piel y se acumula entre mis piernas.

Le he recorrido el cuello con los dedos. Le tiro del pelo al deslizarlos por él: es sedoso y fino, mis dedos recuerdan ese tacto, lo recuerdan todo. Y bajan hacia su pecho, presionan con las yemas sobre la camiseta, sin apartarle de mí, y se cuelan por debajo de la tela para volver a tocarle. Siento la dureza de sus músculos, que se contraen al paso de mis dedos, y su piel caliente, suave. Me provoca una sed punzante en la garganta y me hace besarle con más ímpetu, hasta el punto de empujarle cuando me levanto para responderle como es debido. Al ponerme en pie, él resuella y se aprieta contra mí, y yo hago lo mismo.

Entonces los aplausos estallan y rompen la burbuja. Oigo a la gente silbar y vitorear, y recuerdo que existe un mundo aquí afuera, y que seguimos ahí. Que estamos de pie y que la rubia y sus amigas deben estar mirándonos. Y no es que me importe lo que puedan

pensar, es que no me gusta el exhibicionismo. Este momento es mío, y no quiero que sea de nadie más.

Me aparto de su boca, respirando desbocadamente, y me agarro de su camiseta, presa de un repentino mareo, parecido al que siento cuando fumo maría. Volver a la realidad me cuesta, y no quiero hacerlo. Me hormigean los labios y quiero seguir besándole. Quiero tocarle.

—¿Por qué no vamos a un sitio más tranquilo...? —No le he soltado, y se lo digo con la boca casi pegada a la suya. No tengo miedo de que escape, sé que no va a escapar, pero es que no quiero dejar de tocarle.

—Sí. —Apenas le dejo terminar de decirlo cuando ya estoy asintiendo con la cabeza—. Sí, vamos ya, donde sea.

¿Qué ha sido eso? ¿Eso ha sido un beso? He tenido muchos besos en mi vida y no recuerdo nada igual. De hecho es como si aún no hubiera terminado, todavía siento la electricidad en los labios, todavía le estoy mirando como si fuera... no sé. No lo sé. De pronto tomo aire con fuerza, creo que se me ha olvidado respirar. Quiero besarle otra vez. Quiero que me toque. Y tocarle. Y me da igual que sea un tío, o no saber por qué deseo esto, no necesito saberlo, solo aplacarlo.

Me mira un momento y no se entretiene más, me coge de la mano y tira de mí hasta detrás de un árbol. Allí hay una cortina negra y una escalera de peldaños iluminados que desciende. Le sigo, ansioso, fascinado por el tacto de sus dedos entre los míos.

Creo que es la primera vez que voy de la mano con un tío.

Grimm tiene los dedos finos, largos y fuertes. Me siento rudo y torpe a su lado, rudo, torpe y un completo desastre, pero eso no me deprime ni hiere mi autoestima; soy como soy y no me arrepiento de mi forma de ser. Solo me asombra que esto esté pasando con alguien como yo y alguien como él.

Me está llevando a los baños. Bien. Me parece guay. Pero antes me paro en seco en el recodo del pasillo que hay tras las escaleras y le empujo contra la pared para besarle otra vez. No puedo esperar para probarle de nuevo. ¿Y por qué iba a tener que esperar?

Le agarro de la melena cuando me empuja contra la pared. Está volviéndolo a hacer, reafirmando todo. Y yo le recibo como un muerto de sed. Hacía mucho que no reaccionaba así ante nadie... tal vez es por tanto tiempo imaginándolo, por tanto tiempo esperándolo, pero mi cuerpo está ardiendo bajo sus labios. Ya no tengo dudas, ni miedo, solo esa euforia que ya no tiene cadenas, como si esos bichos de mi estómago se hubieran dado a la fuga a través de mis venas y estuvieran agitando ahora en mi propia sangre.

Me hundo en su boca y enredo la lengua en la suya. No solo le estoy respondiendo, le estoy reclamando, y él me aprieta contra la pared al besarme más profundamente. Flexiono una rodilla y me arqueo, buscando el contacto con su cuerpo. Él se pega a mí y hace un ruido con la garganta, una especie de gruñido. Creo que me va a faltar el aire. Cuando su cuerpo me roza me sacude una oleada de calor. Me doy cuenta de que tengo una erección terrible porque la he aplastado

contra su pelvis al arquearme... y me da igual que se dé cuenta.

De eso iba todo esto, de que se diera cuenta y de que reaccionase, y ambas cosas están pasando.

Escucho las risitas de unas chicas cuando pasan por nuestro lado, hasta que la puerta del baño de mujeres las amortigua. Hago un esfuerzo por apartarme, aplastando la cabeza contra la pared, y le miro, jadeando, con las manos aún en su pelo y el cuerpo pegado al suyo. Sus ojos azules brillan, muy claros en la oscuridad, con las pupilas dilatadas fijas en mí, como si fuera su objetivo, su presa o algo así. Se le marcan los huesos de la mandíbula cuando aprieta los dientes.

—Vamos... o acabaremos dando el espectáculo... —Como si no estuviéramos dándolo ya. Le digo esto y le vuelvo a besar con ímpetu antes de separarme y agarrarle otra vez de la mano para tirar de él, apremiándole—. Vamos.

Le oigo reír a mi espalda, una risilla lasciva y grave que me pone los pelos de punta.

Empujo la puerta de los baños y nos metemos en ellos. Al otro lado la luz sigue siendo tenue, hay pilotos debajo de los lavabos y un par de lámparas en el techo. Los azulejos son negros, hasta las puertas son negras, pero no estoy como para fijarme en los detalles. Cuando nos metemos ahí, Draven me vuelve a agarrar y me empuja contra el banco de los lavabos, de espaldas al enorme espejo. Me vuelve a besar y yo le empujo al responderle, apartándonos de ahí a los dos para meternos en uno de los baños, a salvo de miradas indiscretas.

Esto es una locura. Yo no soy de los que van a los baños a liarse

con nadie. Ni de los que se lía en público con otro tío, pero Draven me está arrebatando el control, y si creía que tenía las riendas de la situación hace un rato que se me han escapado.

Desde que me ha besado ahí arriba y el resto del mundo ha dejado de existir.

Para cuando nos encerramos en la pequeña cabina, ya he superado todas las barreras. Echo el cerrojo y apoyo el pie en la tapa del váter para cerrarla antes de volver a su boca, como si me faltara el aire.

Ya me da igual todo. Me da igual que sea un tío, me da igual que sea mi compañero en Masters, me da igual que apenas nos conozcamos. Su olor me enloquece, su boca es una puta droga, y la forma en que reacciona dice más que las palabras. Y esto precisamente, estas son la clase de cosas que yo busco. En esto no hay equívocos. Nos deseamos, tenemos hambre del otro. Y punto, no hay más. Ni malentendidos, ni medias tintas.

Le tengo acorralado contra la pared que separa el cubículo del contiguo y le estoy besando a conciencia, ladeando el rostro para encajar en sus labios, deslizando la lengua alrededor de la suya y degustando su saliva mentolada y algo amarga por la cerveza. El contacto de su boca contra la mía es lo más excitante que he sentido nunca. Es distinto a todo. Es suave, blando, pero fuerte al mismo tiempo. Mis dedos tocan su pelo, su cuello, siento sus manos bajo mi camiseta otra vez y se me tensan los músculos.

He sentido su erección, pero la mía no se hace esperar. Y menos

cuando me araña con suavidad el pecho y el vientre y vuelve a levantar la pierna para apretarse contra mí.

—Joder, Grimm... —me quejo, con la voz ronca de deseo. Le agarro del culo. Luego le muerdo el labio inferior, tiro de él y le miro, amenazador. Lo suelto y me relamo, colocando el pulgar bajo su barbilla para levantarle el rostro. Lo estudio durante unos segundos—. Estás... eres... —No me salen las palabras y me cuesta respirar, pero quiero decírselo, quiero decirle algo que ni siquiera llega a tomar forma en mi mente—. Eres puta gasolina.

Le beso otra vez, devorando su boca con urgencia, metiendo la otra mano bajo su ropa para acariciar su cuerpo, los costados, el vientre y el pecho plano y liso, donde el piercing también está caliente, contagiado por su piel. Le tiro un poco y pellizco el pezón.

No sé qué estoy haciendo, pero me da igual. Estoy cachondísimo y siento cosas que...

No sé. Esto no se parece a nada de lo que he vivido antes, nunca.

No sé si es por esta luz difusa que hay en los baños, que también es azul, que me parece que sus ojos arden en la oscuridad cuando me mira. Parecen brillar con un fuego propio, y me encienden... si es que puede encenderme más.

—Eres puta gasolina —me dice.

Si yo soy gasolina, él es fuego y me está prendiendo por completo. Esas palabras me excitan aun más. Su voz ronca, las pupilas dilatadas, esa mirada de cazador y el hambre con la que me besa y me muerde

los labios me están robando el aliento. Me cuesta respirar, la sed se intensifica cuando me toca y presiono con la rodilla contra su muslo, apretándome más contra su cuerpo.

Respondo a sus caricias sin darme cuenta, como si hiciera siglos que nadie me hubiera puesto las manos encima. No hace tanto tiempo, pero nadie me ha llevado al descontrol como lo está haciendo Draven. No me gusta perder el control, nunca me ha gustado, pero entre sus manos estoy soltando las riendas. Llevo mucho tiempo esperando esto. Tengo una sed atrasada, furiosa por tanta contención a la que la he sometido, y me cambia por completo. Me pone fuera de control. No puedo detenerme.

Estoy arqueándome bajo sus manos, y noto su sexo duro contra el mío cuando me estrecho contra él. Me aparto para tomar aire, agarrándole del pelo, y le miro mientras jadeo contra su boca, respirando su aliento, que brota acelerado. Su expresión salvaje me vuelve loco. Entreabro los labios, anhelante.

—Draven...

No me basta con los besos, y presa de un arrebatado tiro de las solapas de su chupa de cuerpo y se la arranco a tirones. Espero que el suelo esté limpio, porque la tiro sin fijarme en ello y le quito la camiseta. Él hace lo mismo, aunque es bastante más rudo, me rompe la rejilla y la mira con confusión antes de arrojarla al suelo con desprecio. Urgentes, apresurados, mirándonos a los ojos como hipnotizados. Cuando vuelve a besarme, aplastándome contra la pared, el pladur vibra. Su fuerza se me contagia y me hace cosquillear la piel. Recorro su torso con los dedos, le arañó con suavidad y le agarro por los hombros,

besándole enloquecidamente. Le empujo con todo mi cuerpo para darle la vuelta y acorralarle a él contra la pared. Él es más corpulento que yo, pero le pillo con la guardia baja... o bien se está dejando.

Antes de empezar, ya sé lo que voy a hacer y la idea me excita tanto que se me baja la sangre a la entrepierna bruscamente.

Le pongo las manos sobre el pecho, con los dedos abiertos, y presiono para mantenerle ahí al apartarme. Él intenta besarme de nuevo, me lanza un mordisco que yo esquivo. Una sonrisa lobuna y lasciva se abre paso en su rostro.

—Ven aquí —gruñe. Intenta agarrarme del brazo pero yo lo aparto y él no insiste.

Vuelvo a respirar su aliento al apretar la pelvis contra su cuerpo. Deslizo las manos por su pecho, y le abro el cinturón de balas, con la mirada fija en sus ojos acorados. Lo hago despacio, disfrutando de mi propia sed... y también de la suya.

—Nunca has estado con un tío... ¿verdad? —Lo susurro sobre sus labios. Sé que nunca lo ha hecho, y me gusta saberlo, me gusta saber que ningún otro le ha tocado, y me gusta saber que puedo ofrecerle algo que nadie le ha dado jamás.

Pero sobre todo, me gusta saber que él quiere que se lo dé.

Cada vez que se estrecha contra mí, la sangre se me acumula ahí abajo como un torrente. No sé qué tienen sus manos, que despiertan el fuego bajo mi piel. Y de su boca no tiene sentido seguir hablando, porque es un jodido pecado. Adictiva. Él me habla, me besa y me toca, y

es como estar borracho y puesto de opio, todo a la vez. Le pongo la mano en la cara para levantarle la barbilla de nuevo, recreando mi mirada en sus facciones y rozándole rudamente con el pulgar para delinear sus labios.

—Nunca. Igual porque no he conocido a ninguno tan guapo como tú...

Bien, Draven. Has conseguido decirle algo guay. Ya era hora, joder. Por un momento me siento hasta orgulloso, porque desde que Grimm ha empezado con todo esto, he sido incapaz de hilvanar pensamientos coherentes, y mucho menos de expresarlos. Pero ahora que estamos aquí encerrados, con la música sonando amortiguada y el murmullo de sus jadeos y la luz de sus ojos envolviéndome, parece que se me ha quitado la gilipollez. Al menos un poco.

Intento besarle y de nuevo me rehúye. Soy totalmente consciente de que estamos tocándonos, de que estamos cachondos y de que esto que está pasando no es el mariconeo sobre el escenario sino algo muy distinto. Algo fuerte e intenso como un incendio.

Está soltándose el cinturón. Un estremecimiento de anticipación me tensa la espalda. Es la forma en que me mira, la manera en la que abre espacio la hebilla y me toca la cintura desnuda al quitármelo. El tío está al mando de la situación, sabe muy bien lo que quiere. Y yo no tengo ni idea, pero no soy idiota y sé por dónde van los tiros. Me rodea el cuello con el cinto y tira para atraerme hacia él, esperándome con los labios entreabiertos.

—Esto te va a gustar —me dice en un susurro que me rompe los nervios.

Este beso es distinto, lento, provocativo. Me está tentando.

Y luego empieza a besarme el cuello mientras sus dedos manipulan el botón de mis vaqueros, que me están torturando con lo que tengo montado ahí debajo.

—No juegues más conmigo...

Enredo los dedos en su pelo y me aprieto contra su cuerpo, buscando ese roce que me desespera, ese calor que me está enloqueciendo. Estoy impaciente y ansioso, esto está siendo genial, pero no quiero estropearlo poniéndome exigente o dejándome llevar de mala manera.

—No estoy jugando... —le digo en un susurro ahogado. Me tiembla la voz, y le rozo el lóbulo de la oreja con los labios al hablarle.

Tengo el sabor de su piel en los labios, y quiero más. Su voz ha vuelto a provocar una sacudida dentro de mí. No sé qué tiene. No sé cómo ha dicho eso, que me ha erizado la piel y ha quemado el oxígeno de mis pulmones. Le empujo hacia mí y abro los labios sobre su cuello de nuevo, pasando la lengua sobre la piel para saborearla otra vez.

No quiero jugar contigo. Es lo último que quiero, aunque no sepa qué quieres tú...

No. No es verdad. Esos pensamientos se evaporan en el fuego en el que estoy ardiendo. Sí sé lo que quiere, sé lo que quiere ahora, y eso me basta. Tengo hambre y calor, y esa euforia que sigue latiéndome justo bajo el esternón. La música suena amortiguada aquí, pero parece pulsar aún dentro de mí, como energía eléctrica, como un

flujo al que me abandono y que me arrastra.

Mis dedos recorren sus músculos, se deslizan sobre su pecho después de soltar el cinturón y dejarlo colgando de su cuello. La larga melena me roza la cara cuando desciendo, besando los músculos tensos de su cuerpo, lamiendo su piel para succionar con suavidad al bajar entre los pectorales. Está ardiendo, está caliente y huele a deseo. Cierro los dedos en su cintura. Está tenso, y sus músculos se dibujan bajo mis manos como si estas les dieran forma.

Le he abierto el pantalón y he bajado la cremallera. Hincó la rodilla en el suelo cuando llego a la altura de su ombligo y me recreo en él. Le miro, hundiendo la lengua en el hueco y haciéndola resbalar hacia abajo. Sus ojos me abrasan como ascuas desde arriba. Su rostro está crispado en una mueca exigente.

Claro que sé lo que quieres. Tu mirada de lobo, el fuego en tus ojos, me empujan a la locura. Me haces perder el control, pero al mismo tiempo me haces sentir poderoso, porque sé más que nunca lo que quiero, y lo voy a obtener.

Sus dedos se crisan en mi pelo cuando cuelo los míos dentro de su ropa interior. Su sexo está caliente al tacto, la piel tersa se tensa y la carne late cuando la toco, cuando cierro la mano a su alrededor y tiro suavemente para liberarla. Solo ese contacto me provoca estremecimientos, y quiero más. Aún le estoy mirando, y él lo sabe. Tiene la mandíbula apretada y un gesto salvaje en el rostro, como si estuviera conteniéndose. Bajo la mirada y observo su pene, grande y palpitante, totalmente duro y erecto. Un estremecimiento de anticipación me sacude las entrañas.

Nos hemos visto desnudos muchas veces, en los vestuarios, durante las giras... su cuerpo no me es del todo desconocido. Ya sabía que estaba bien armado, pero lo que tengo ahora entre las manos explica muchas cosas. Explica las colas de groupies delante de su puerta, por ejemplo. Y ahora es mío. Todo mío.

Ya no quiero ponerle a prueba, así que le dedico una caricia lenta, recorriendo el tallo de su sexo, que crece por momentos entre mis dedos, y lo estrecho con cuidado antes de abrir los labios y lamerlo. Al principio es un roce tímido. Noto su sabor hormonado en la punta de mi lengua, y dejo un rastro de saliva en su piel antes de metérmelo en la boca. Sus manos se cierran en mi pelo. Le noto tensarse otra vez, temblar y arquearse, hundirse más hacia mi garganta, y le acojo despacio hasta casi mi límite, antes de liberarlo con una succión y el intenso roce de mi lengua. Le escucho jadear con fuerza.

—Joder, Grimm...

Su reacción me anima. Cierro los ojos, sujetando su sexo por la base, presionando con la fuerza justa para que crezca más entre mis labios cuando acompaño el movimiento con la mano. Me llena la boca, y cada vez tengo más hambre, cada vez estoy más excitado. Empiezo a devorarlo con hambre. Su sabor, su consistencia en mi boca, hacen crecer mi deseo en vez de saciarlo.

No estoy jugando. Estoy dándole algo que nadie le ha dado en su vida, y estoy seguro de ello.

Lo está haciendo. Sí, lo está haciendo. Y es lo puto mejor que me han hecho nunca. Hay una vocecita por ahí escandalizándose, dentro

de mi cabeza, pero es tan débil y tiene tan poco que decir ante la intensidad de lo que estoy experimentando ahora que me resulta muy fácil ignorarla.

No puedo evitar agarrarle del pelo, pero intento no ser brusco. Tampoco puedo evitar mover las caderas para entrar y salir de su boca. Joder, hostia puta. Qué vicio tiene. No puedo evitar tampoco mirarle, mis ojos están fijos en él mientras sus labios me apresan, su saliva me envuelve y su lengua me tortura. Estoy jadeando entre los dientes apretados, rígido de contención. Los calambres de placer estallan por todo mi cuerpo, me hormigean en el vientre, me tensan los riñones. La sangre se precipita hacia mi entrepierna, mi polla late y crece dentro de su boca a un ritmo demencial, y creo que voy a perder la puta cabeza.

Esto está pasando. Es real. Y es mejor que cualquier cosa que pudiera imaginarme. Nunca había fantaseado con nada parecido, aunque me viene a la mente algo que les he oído decir a los del grupo alguna vez en plan de coña: que los tíos la chupan mejor que las tías.

Mierda. Pues en lo que a mí respecta, es verdad.

Tiene una mano cerrada en mis pantalones abiertos, que me ha bajado hasta las caderas, y con la otra acompaña los movimientos, presionando y deslizando los dedos sobre mi verga húmeda de su saliva. Intento con todas mis fuerzas no ser brusco, de verdad que lo intento. No quiero estropear esto, pero mi instinto está despierto y un puto demonio bailotea en mi interior pidiéndome que le agarre con firmeza y le folle esa boca viciosa hasta vaciarme en su garganta.

Tengo que cerrar los párpados y apretar los dientes para contener otro brusco estremecimiento cuando mi imaginación me tienta con esa

idea. Cuando los vuelvo a abrir, sus ojos brillan de anhelo y deseo. Me mira como si yo fuera algo putamente maravilloso. Creo que nunca me han mirado así, de una forma tan entregada. Se le han enrojecido los labios y me doy cuenta de lo blanca que se ve su piel bajo esta luz rara. Tiene el pelo un poco revuelto por mi culpa, pero un mechón ondulado sigue acariciándole la mejilla. Se lo aparto con delicadeza, como si pudiera romperle si le tocara sin cuidado. Entonces él saca la lengua y empieza a lamerme mientras me mira fijamente.

Yo es que ya no puedo más. Joder. Aguanto un quejido y me aplasto contra la pared, levantando la cabeza y cerrando los ojos con fuerza cuando los latigazos de placer vuelven a sacudirme y me impiden pensar nada coherente, dejándome solo la conciencia justa para no violarle ahí mismo y estar atento para avisarle cuando llegue el momento. Que no va a tardar, como siga haciendo esas cosas.

Nunca he hecho nada parecido. No me refiero a chupársela a alguien... me refiero a hacerlo en los putos baños de un garito. Me refiero a esta precipitación, a esta ansiedad, a estas ganas con las que le estoy devorando. Mi sexo pulsa atrapado en mis pantalones, cada latido de su miembro en mi boca me excita más, y su mirada, el fuego contenido, la tensión en su cuerpo. Él me hace perder el control, y yo le estoy obligando a mantenerlo con esto, lo veo en cada gesto.

Entrecierro los ojos cuando me toca la mejilla. No entiendo cómo puedo conmovirme en esta situación, estoy excitado como nunca pero el calor se abre en mi pecho, un calor distinto al que me arde en la sangre y se acumula entre mis piernas. Entrecierro los ojos y tomo aire

por la nariz, y le miro, atento a sus reacciones, devorándole también con la mirada.

Tengo los dedos mojados de saliva, le tengo agarrado por completo, y resbalan sobre la piel caliente y almizclada. Le sujeto por la base, presionando con los dedos, y recorro la extensión de su sexo con la lengua, saboreándolo, rozándolo con más intensidad en la punta y cerrando los labios para succionar. Se está volviendo loco, noto cómo su pulso se acelera, lo siento contra la lengua, como una corriente que se desata, y no quiero esperar más. Cuanto más le miro más me quema el fuego, y quiero que se deshaga entre mis manos, como si eso pudiera liberarme de mi propia excitación.

Le vuelvo a hundir en mi boca, cerrando los ojos, y ladeo la cabeza para llevarle más lejos, hacia mi garganta. Le suelto los pantalones y me agarro de sus caderas con la otra mano. Aún me tiene agarrado del pelo, pero el ritmo lo estoy imponiendo yo, y ahora le estoy devorando, succionando y lamiendo con glotonería.

Los segundos transcurren como fuera del tiempo. Todo se está volviendo líquido y ardiente. Es como tener los oídos rellenos de algodón, igual que cuando fumo opio. Solo que más allá de esta sensación embriagadora, entre las sacudidas y los estremecimientos, y el calor y el fuego y la tensión en mis riñones, más allá de eso puedo oír los malditos ruidos que hace al sorber, al succionar, al jadear. Su aliento cálido sobre mi polla mojada, sus labios exprimiéndome...

No puedo más. Lo siento venir desde lejos, con una fuerza que sé que no voy a poder controlar. Le suelto bruscamente el pelo para

pegar las manos a la pared, apretándome contra ella.

—Para...

Se lo he dicho con un jadeo, pero él me mira y sigue. Cierro los ojos con fuerza.

—Grimm, para, joder...

Los latidos se precipitan, el corazón se me dispara. Le llevo la mano al pelo de nuevo, desesperado, para apartarle de mí.

—Me voy a...

Le agarro la melena y tiro pero él se aferra, tozudo, a mis caderas y me hunde en su boca con más ansia, como si quisiera engullirme por completo. Le miro, embriagado, rendido a su maestría, a la luz de sus ojos turbios de deseo. No se va a apartar. Pues que haga lo que quiera, joder. Amí ya me da igual todo.

Y ese es mi último pensamiento lúcido, cuando vuelvo a echar la cabeza hacia atrás con un gemido y el orgasmo me golpea con la misma intensidad que una patada en el estómago.

El clímax me deja la mente en blanco. Arqueo las caderas. Se me nubla la vista. La sangre parece reventar en mis venas, como si fuera Coca-Cola con Mentos. Es un estallido. Una explosión salvaje. Me rompo en éxtasis y euforia, inclinándome hacia adelante bruscamente y agarrándole con fuerza de los cabellos. Y me corro dentro de su boca.

Las contracciones me hacen temblar. Se me ha empañado la vista. Durante unos segundos solo puedo resollar, soltar gruñidos animales y empujar descontroladamente entre sus labios. Él me tiene agarrado.

No me quiere soltar. No se ha apartado porque no le ha dado la gana.

Joder. Esto es un puto sueño.

Cuando el último latido furioso termina de vaciarme sobre su lengua, siento que me fallan las rodillas. Me apoyo contra la pared, con la respiración acelerada. Todo da vueltas y me pitan los oídos, veo putas luces de colores detrás de los párpados cerrados mientras él me regala una última caricia de su lengua. Finalmente, se aparta de mí.

Le suelto y me paso una mano por el pelo y la cara, disfrutando de los últimos estremecimientos y después de ese momento de paz que siempre arrastra el orgasmo tras de sí. Apenas me doy cuenta de que él se pone en pie. Se ha dado la vuelta. Entreabro los ojos y le veo haciendo algo de espaldas a mí. Escupe, y luego tira una bola de papel a la papelera del baño. Cuando se gira otra vez, tiene los labios todavía húmedos. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, le agarro de los pantalones y le atraigo de un tirón. Y otra vez le estoy besando, mordiéndole los labios, probando los retazos de mi propio sabor en su lengua.

Él me rodea con los brazos. Siento su pecho contra el mío, los latidos de mi propio corazón retumbando contra su piel, su pulso acelerado golpeando contra mi esternón, su erección apretada tras la tela de los vaqueros empujando en mi ingle.

Esto no puede quedar así. Este jodido tío me acaba de llevar al infierno con lo que me ha hecho. Ha sido la mejor mamada de mi vida, y todo lo que está pasando está siendo de otra dimensión, ¿ok? Y ahora yo necesito darle algo a él, aunque no sé exactamente qué, ni cómo. Estoy jugando en un campo desconocido, este terreno es nuevo para

mí, pero eso nunca me ha echado atrás porque estoy loco. Y pienso en todo eso mientras devoro su boca, agarrándole del pelo y demostrándole quién manda ahora.

Ha llegado el momento de tomar el control, aunque no tenga ni puta idea de lo que estoy haciendo.

Así que me dejo llevar. Le suelto y le doy la vuelta con un gesto rudo. Cruzo un brazo a lo largo de su pecho y le pego la espalda al mío, respiro en su cuello y le muerdo. Mientras, con la otra mano, le estoy abriendo los pantalones.

—Draven... —De nuevo dice mi nombre y jadea—. Draven, espera...

—No. No voy a esperar. ¿Crees que puedes hacer lo que acabas de hacer e irte de rositas? —le digo al oído. Mi voz suena áspera y brusca. Es como si estuviera amenazándole, aunque no era esa mi intención. Pero no sé qué me pasa, todo está descontrolado—. De eso nada. Ahora me las vas a pagar.

Meto la mano en sus pantalones y le agarro la polla. Grimm se tensa y se traga un gemido grave. Ese es mi chico. Le magreo por encima de la ropa interior, luego la saco y empiezo a acariciarle pausadamente, provocador, igual que si estuviera haciéndome una paja... pero con su verga en la mano en lugar de la mía. Le mantengo sujeto contra mi cuerpo mientras lo hago. Quiero ponerle tan cachondo como él me ha puesto a mí. Quiero sentir cómo pierde la cabeza por mí.

—Ahora estás conmigo. Y voy a hacer que te corras. Ahora estás conmigo, ¿te enteras? Y hasta que salgamos de aquí, eres mío. Pero no te preocupes. Te voy a tratar muy bien.

Deslizo la lengua por su cuello, luego le empujo con las caderas. Se le ha acelerado la respiración, tiene una mano alzada y agarrada a mi pelo, su piel está ardiendo. Le escucho jadear. Se contonea para acompañar los movimientos de mis dedos al masturbarle.

—Te ha gustado mi polla, ¿verdad? Te la has comido como si fuera un manjar. —Le muerdo el cuello con suavidad, acelerando el ritmo de las caricias. Le estoy hablando a media voz, no sé si le pone que le diga estas cosas, pero a mí me está poniendo, desde luego—. A mí también me gusta la tuya. Y yo le gusto a ella. Se te está poniendo muy dura. —La aprieto un poco más y le entrego una caricia lenta y enloquecedora—. Creo que te la voy a chupar. ¿Eso te gustaría?

Yo nunca he hecho estas cosas, ¿ok? No me refiero solo a estar con un tío. También a decirle garradas al oído a nadie, estas porquerías explícitas que le estoy diciendo a Grimm. No es que me dé vergüenza, es que nunca me había dado por ahí. Y resulta que me encanta. Por lo visto, a él también. Siento cómo se eriza su piel y la forma en que se le acelera la respiración, y cómo arquea la espalda y se pega más a mi cuerpo... Sé que le estoy poniendo cachondo, y eso me hace sentir el puto amo.

—Sí...

Esto no lo esperaba.

Todo esto ha comenzado porque quería que me volviera a besar. No esperaba que la caída fuera tan larga, y no esperaba que al caer me volviera a encontrar entre sus brazos. No esperaba tener su sabor en la boca. Y mucho menos que me fuera a hablar así. Siempre me ha

parecido sórdido, esto de los baños y las palabras guarras. Siempre me ha dado risa, incluso si alguien lo ha intentado conmigo, pero ahora mismo no es eso lo que me da. Estoy jadeando, moviéndome contra su mano, atrapado entre sus brazos.

«¿Eso te gustaría?».

Dios mío.

—Sí... hazlo...

Me tiene sujeto, pegado a su cuerpo, y le tiro del pelo sin querer. Cierro la mano en su muñeca porque necesito agarrarme a algo, ni siquiera quiero imponerle mi ritmo, ni apartarle. Y tengo que aguantarme los gemidos, que a veces se me escapan, para que nadie me oiga ahí afuera. Apenas soy consciente de que existe un «ahí afuera», de que haya algo más que su voz, que se ha vuelto ronca e impositiva. No veo el puto váter que tengo delante, que en otra situación me recordaría lo... lo cutre que es esto para una primera vez. Todo está nebuloso, y lo único real es su tacto y su aliento, su saliva en mi cuello, su cuerpo contra el mío. Eso es lo único que importa.

Por un instante, cuando me ha agarrado, algo en su voz me ha hecho tensarme. Su amenaza me ha erizado los poros y se ha llevado mi consciencia. Hacía unos segundos yo tenía el control, yo le tenía bajo mi poder, y cuando me lo arrebatara solo puedo abandonarme entre sus manos. Quiero soltar todas las amarras. Estar con él, ser suyo.

Joder.

Hace mucho tiempo que no quiero estar con nadie más, que no me lo puedo borrar de la cabeza. Y ahora me está marcando la piel. Cada

vez que me acaricia le siento hundirse más en mí, cada palabra filtrándose en mi mente y enredándose.

Yo no esperaba esto. Y es maravilloso. Ya no caigo, estoy volando.

Tiro de sus cabellos y ladeo la cabeza, entregándome, mostrándole mi cuello, jadeando cada vez que me roza con la lengua y sus caricias extienden el fuego en mi cuerpo. Estoy palpitando entre sus dedos, su fuerza me eleva y me desintegra. No puedo parar de gemir, y me da igual si me escuchan, no existe nadie más. Estoy con él. Soy suyo, y eso significa que él también es mío.

Sus palabras me han llenado la cabeza de imágenes que nunca me había atrevido a imaginar. Me liberan de la contención, de mi propia censura constante, me permiten desear su boca, sus labios sobre mi sexo, su deseo salvaje destrozándome. Me permiten aceptar lo mucho que me ha gustado meterme su polla en la boca, hacerle enloquecer, recrearme en su sabor y que se retorciera entre mis manos. Es un manjar, lo es para mí, y aún tengo hambre de él. Le necesito tanto, desde hace tanto tiempo, que me está doliendo.

Me arqueo contra su cuerpo y suelto un gemido desvaído, lúbrico y abandonado. Le araño el brazo al soltarme para ponerle los dedos en la mejilla, y vuelvo el rostro para buscar sus labios, tirándole del pelo para reclamarle un beso desmadejado, entre jadeos.

—Hazlo... —susurro. Apenas soy capaz de hilvanar las palabras. Le miro con los párpados entrecerrados. Mi necesidad es tan intensa que sé que arde en mis ojos. Me da igual, quiero que la vea, que se recree en ella. Que sepa cuán suyo soy aquí. Cuánto lo he sido todo este tiempo—. Hazlo... no puedo esperar más... hazlo ya. Haz lo que

quieras...

Haz lo que quieras, me dice. Haz lo que quieras. Dios, si hago lo que de verdad quiero, entonces igual acabas en el hospital, o me odias para siempre, o quién sabe... porque de pronto estoy pensando en follarte, Grimm... y si tú supieras esto, no sé qué pensarías.

Pero tampoco es que estar aquí chupándonos las pollas sea mucho más inocente, la verdad.

—Me estás volviendo loco. Te follaría ahora mismo, pero no tengo condones... así que tendrás que conformarte. Y yo también.

Le doy la vuelta y cambio de lugar con él, colocándole de espaldas a la pared. Le bajo los pantalones hasta los muslos, ahora le tengo aprisionado, acorralado con mi cuerpo. Le beso de nuevo, degustando sus labios y su lengua mientras le toco y rozo su polla contra la mía, que se ha puesto un poco dura otra vez.

—¿Ves cómo me pones?

Le cojo una mano y se la aprieto contra mi sexo y el suyo, sin dejar de acariciarle. Las junto y las agarro a las dos a un tiempo, manteniendo también su mano ahí, la rodeo con las mías y nos masturbo a la vez. Esto es una locura. La sensación es genial. Puedo sentir su verga hinchada, palpitando rabiosamente contra la mía, que despierta de nuevo poco a poco.

Lo que pasa después es aún más locura. La música de Behold se ha vuelto más intensa, no llega a ser agresiva pero la potencia de las guitarras hace vibrar el suelo y las paredes. Lo percibo cuando me

arrodillo, sin tanta sensualidad como él. Él me ha lamido entero antes de llegar ahí abajo pero yo tengo prisa y soy menos guay que Grimm, las cosas como son.

Así que hincó la rodilla, le agarro la polla y me la acerco a la boca. La acaricio con los labios y con la punta de la lengua. No encuentro nada raro o repugnante ahí, todo lo contrario. Me gusta. Así que no me lo pienso, me la meto entera y la degusto a conciencia, mamándole con cierta brusquedad mientras le agarro del culo. Que vaya culo, por cierto. Terso, duro, contrayéndose con cada embestida.

Grimm gime y me aferra del pelo, se arquea y jadea. Le miro desde abajo. Es jodidamente sexy, y más aun desde esta altura. Me suelta con una mano y la levanta por encima de su cabeza, como si necesitara agarrarse a algo por encima de sí mismo. Tiene el rostro crispado en una mueca doliente, pero sé que no le está doliendo. Puede que yo no tenga experiencia chupando pollas, pero el hambre me sobra, así que me aplico con la mejor intención, pendiente de sus reacciones.

Es increíble que tenga buen sabor hasta ahí abajo. ¿Este tío de dónde ha salido? Es la cosa más limpia y deliciosa que he tenido nunca, y ese descubrimiento me excita mucho más. Estrujo sus nalgas mientras tiro de él para enterrarle profundamente en mi boca, no puedo llegar tan lejos como Grimm porque no sé cómo coño lo hace para tragársela entera, pero intento estar a la altura dentro de mis limitaciones. No tengo mucha cabeza ahora mismo para analizar mi propia técnica. Succiono, lamo y mordisqueo, y al ver que cuando le rozo con los dientes parece volverse loco, le muerdo suavemente. Cuando lo hago, tiene que taparse la boca para reprimir un gemido más alto. Su polla crece dentro de mi boca, y palpita, dura como una

piedra. Entonces sonrío y me aparto. Relamo mi propia saliva y me pongo en pie.

—¿Qué pasa? —jadea él, confuso. Me mira con desesperación y anhelo, pero también con exigencia—. No... no pares.

—Ven aquí. Tranquilo, guapito, que no hemos terminado.

Le agarro por los hombros y le doy la vuelta. Le pongo las manos contra la pared y me pego a su trasero. La tengo dura otra vez, aunque ya no tan pujante como antes, pero sí lo suficiente para ponerle cachondo. La restriego entre sus nalgas y luego por debajo, frotándola contra el escroto y las ingles de Grimm. Él gime otra vez, arquea la espalda y tiembla. Dios, ¿por qué es tan sexy? Le rodeo la cintura con un brazo y con la otra mano le vuelvo a masturbar, ahora de forma rápida e intensa, y mientras lo hago, empujo con las caderas contra su trasero, dejando que mi polla roce su entrada y se deslice hasta acariciar sus testículos.

—Eso es... vas a correrme por mí...

Le suelto la cintura y me apoyo en la pared con una mano, echándome un poco sobre él para hablarle al oído de nuevo.

—Córrete por mí. Hazlo, demuéstrame lo mucho que te gusta esto... porque te gusta, ¿verdad? Te encanta. Córrete por mí. Vamos. Vamos.

¿Qué demonios...? No, ¿qué demonio he despertado?

Draven se me está llevando por delante y apenas puedo reaccionar en esta vorágine. Le he dicho que haga lo que quiera, y es lo que está haciendo. Tal vez debería haberlo pensado antes. Sabía

que es impulsivo, pero ni remotamente, ni en mi fantasía más salvaje, habría podido imaginar que se entregase a esto con tantas ganas. Nunca he estado con nadie así, y al principio, cuando me maneja como si llevase toda la vida haciendo estas cosas, vuelvo a sentir el vértigo aferrándose a mi estómago.

Quiere follarme. Lo acaba de decir, y el aire se me ha atragantado en la garganta. Lo que me asusta no es él, no es su ímpetu, sino el deseo desgarrador que me sacude a mí. Me asusto de mí mismo, porque quiero que me folle, y siento que estoy perdiendo la cordura con cada una de sus acciones.

No tiene ninguna experiencia, no con los tíos, pero tiene más que claro lo que quiere, y él no tiene ningún miedo que le impida nada. Cuando desea algo lo toma, algo que yo jamás he sido capaz de hacer. Él me desea a mí, y ahí está, me está tomando, me reclama con cada roce. Se ha metido mi polla en la boca y aún estoy intentando recuperarme de esa impresión, de sus labios exigentes y su boca hambrienta, de los mordiscos que me han erizado la piel, cuando me veo con la cara pegada a la pared y las manos abiertas sobre el pladur. Me tiene sujeto otra vez, con el brazo rodeándome la cintura, y su mano cerrada en mi sexo, que está duro como nunca. Soy lo que quiere, y no necesita ninguna experiencia, sus caricias son rudas y parecen querer arrancarme el placer a la fuerza; el mínimo roce hace que me tense y arquee la espalda. Pego el trasero a sus caderas y me contoneo como una serpiente hipnotizada. No sé lo que estoy haciendo, nunca me he comportado así, nunca he querido llevar tan lejos la provocación, hasta el punto de estar enloqueciéndome a mí mismo.

Dios. Joder.

Le siento entre mis nalgas, deslizarse entre mis piernas, y quiero que vaya más lejos. Quiero que me folle, y me tengo que morder los labios para no pedírselo. No estoy tan enajenado, no estoy tan loco. Pero me muero por ello.

Dejo escapar otro gemido al intentar tomar aire, y arañó la pared al tensar los dedos. Apoyo la frente en ella y muevo las caderas, como si estuviéramos haciéndolo, como si con cada movimiento se enterrase en mí. Me muevo contra su mano, exigente, más deprisa, respondiendo a sus palabras, que vuelven a dar forma a mis deseos. Me pide exactamente lo que quiero darle. Quiere exactamente lo que quiero darle.

Me agarro de la mano que ha apoyado junto a mi cara, y me echo hacia atrás cuando el látigo me alcanza. Se me escapa un grito sofocado. Es una sacudida intensa, un relámpago blanco que me cruza por todo el cuerpo y me tensa los músculos. Sube, sube y sube más, haciéndome latir con rabia. Me pego a sus caderas, a su pecho, me arqueo y echo la cabeza hacia atrás, clavándole las uñas en la mano cuando me corro entre sus dedos.

—Eso es... así... así.

Su voz vibra en mi espalda. Siento la descarga brotar. Una liberación líquida y caliente que me arranca un gemido aliviado de los labios cuando apoyo la nuca en su hombro, aún agitándome entre sus brazos a causa de las corrientes de placer.

He debido mancharle los dedos, y la pared. Y todo lo que normalmente me habría avergonzado me importa un carajo en estos

instantes. El pelo se me pega al rostro a causa del sudor, y un par de gotas me resbalan entre las clavículas. Cierro los ojos y trago saliva. El aliento me tiembla entre los labios y aún tengo las uñas clavadas en su mano.

—Bésame —murmuro, con la voz temblorosa de un yonki que acaba de meterse un chute de heroína.

El suelo ha dejado de temblar, pero el mundo me está dando vueltas. Por eso me sujeto a él. Por eso no quiero que me suelte ahora.

Le aparto el pelo del rostro con la mano limpia, la otra aún la tengo cerrada alrededor de su pene, que tiembla y se sacude tras el orgasmo. Le volteo a medias para besarle como me ha pedido, deslizando la lengua entre sus labios, mordisqueándole la boca y lamiendo su lengua con abandono. El beso tórrido se aplaca poco a poco hasta convertirse en un intercambio más suave, casi adormecido. Sin darme cuenta, aún estaba acariciándole, pero detengo poco a poco el movimiento.

Me limpio la mano en la pared y luego en los pantalones, que tengo medio bajados. Aún tengo el brazo a su alrededor, aún se me sofoca la respiración, y los aplausos que resuenan arriba me hacen comprender que se ha terminado el concierto. Le giro con toda la delicadeza que puedo y le arreglo el pelo, que tiene desordenado por mi culpa. Mientras nos besamos, tanteo con una mano y arranco un buen trozo de papel higiénico para adecentarle antes de subirle la ropa interior y abrocharle los pantalones. Se ha corrido con tanta fuerza que se ha manchado por todas partes. Me arreglo también mi

artillería y me la guardo, pero no me inclino a recoger las camisetas. Ahora hay otras cosas que quiero hacer.

Ha terminado el concierto, pero nosotros no. Todavía quiero besarle más. Le rodeo la cintura con un brazo y el cuello con el otro mientras saboreo su boca, prolongando el momento todo lo que me es posible.

Cuando todo acabe, volveremos a ser los que hemos sido siempre. Spongo. Por eso no quiero joder el final.

Nadie me ha dicho lo que Draven me ha dicho esta noche jamás. Nadie me ha tratado con esa fuerza, y con esa hambre. Y tampoco nadie ha sido tan atento conmigo en una situación como esta.

No sé si actúa por instinto, o si es que me lee la mente. Ahora no puedo ponerme ninguna máscara, me siento expuesto y vulnerable, y he temido que después del fuego viniera el frío. Lo he temido durante un segundo, porque él no ha dejado que acuda. Sus caricias cuando me aparta el pelo de la cara y me peina con los dedos vuelven a extender ese calor intenso por mi interior, tan diferente al de la excitación que se ha aplacado dejándome con esta sensación narcótica.

Me dejo hacer. Observándole como si le viera por primera vez, conmovido. No sabía qué esperar, solo quería un beso... y me he encontrado con un lobo. Un lobo que ahora lame las heridas de nuestra guerra.

Cuando vuelve a besarme recuerdo sus palabras.

Estoy con él, mientras estemos aquí. Está conmigo. Y no quiero salir de este puto baño. No quiero que se termine esta noche jamás. Así que le beso. Por todos los besos que he querido darle y no le he dado.

CAPÍTULO 3

My deepest fear

*Oh, my deepest fear
Is getting close
And I will lose myself in you
My deepest fear
And I do know
That I will lose you one day*

Todo termina. Y aquella noche también lo hizo.

Estuvimos un buen rato encerrados en el baño, besándonos, tocándonos, cómplices como amantes primerizos. Incluso nos fumamos un cigarro juntos al salir. Draven me sonreía, seguía cercano conmigo y yo me sentía en una nube. Aún estaba volando, o levitando, cuando me llevó a casa en la moto. Entonces me dio una palmada en el hombro y se despidió.

No hubo un último beso. No volvió a tocarme el pelo, ni a mirarme como antes. Se montó en la Indian y se perdió en las calles del centro de Berkeley, y en ese instante, comenzó a venir el frío. Y la duda.

El día siguiente era domingo. No hubo llamadas, tampoco mensajes. Decidí tomármelo con calma. Draven y yo nunca hemos tenido una relación estrecha, y lo que ocurrió en el Nightforest fue muy fuerte. Supongo que todos necesitamos nuestro tiempo cuando nos pasan cosas así. Cosas que no esperamos, que nos atropellan. Y

aquello nos había atropellado a los dos.

Sin embargo su silencio comenzó a inquietarme en serio cuando el lunes no acudió al ensayo. A Crowley esas cosas no le hacen ni puta gracia, pero ese día decidió pasarlo por alto. Tocamos sin Draven y yo actué con tanta normalidad como me fue posible, aunque intuía que aquella falta tenía que ver conmigo.

Le llamé cuando terminamos. Era la segunda vez en mi vida que lo hacía, y esta vez no me respondió. El miedo y la duda crecieron, pero me esforcé en mantenerme frío. Decidí dejarle aire. Ni siquiera le envié un mensaje, tal vez solo le agobiase y fuera aun peor.

El martes se retrasó, y Crowley también lo pasó por alto, al menos tras decirle que no se jugase el tipo y se comportase. Pero Draven estaba tenso y ceñudo, algo parecía ir mal con él, verdaderamente mal. Aquel ensayo fue un desastre. Yo no conseguía concentrarme, su presencia pesaba demasiado para mí, y cuando buscaba su mirada él la apartaba como si le estuviera molestando, se centraba en su bajo y tocaba a mala hostia. El jefe detuvo el ensayo un par de veces y le echó la bronca por ir demasiado acelerado. Luego me la echó a mí por estar en las putas nubes, también a Demona cuando salió a defenderme. Al final nos mandó a la mierda y nos largamos todos a casa. Antes de irme intenté acercarme a Draven, pero recogió el bajo y se piró sin apenas mirarme, distante como nunca.

Aquella noche me amargué del todo.

El miércoles, Draven volvió a faltar, y Crowley se puso como un energúmeno. Creo que nunca le he visto tan cabreado. Lo pagó con los platos de la batería de Demona, y Demona se cabreó tanto que casi

le abofetea, Ash se puso por medio y la apartó antes de que las cosas se pusieran feas. Ahí me di cuenta de que Draven se estaba jugando el culo de verdad, y de que tal vez no todo tuviera que ver con él. También a Crowley se le estaba yendo la olla. ¿Qué demonios les estaba pasando a esos dos?

Subí al salón donde Alexandra estaba restaurando algunas piezas de la colección de Crowley, y allí no había nadie. Alex se había hecho un hueco entre nosotros sin que nos diéramos cuenta, y a veces bastaba con que ella entrase en escena para que lo hiciera la armonía, en especial cuando se trataba de Crowley. Esa tía le había aportado paz, y al ver que sus herramientas y sus cosas habían desaparecido, pensé que se había llevado también la paz con ella. Súbitamente me di cuenta de lo delicada que era la situación.

Hoy estoy comenzando a temerme lo peor. Crowley no ha dicho una palabra sobre lo ocurrido ayer, y Demona está tensa, pero Ash sabe mantenerla bajo control y todos estamos haciendo un esfuerzo por olvidarnos de eso. Y de que Draven no ha venido.

El jefe está cabreado y lo estamos notando todos. Es como si le rodease un aura, roja, de mala hostia, que nos toca a todos. La sala de ensayos es una maldita olla a presión, y estas situaciones me ponen nervioso. Se me hace muy difícil concentrarme, pero lo hago, aunque Draven no deja de rondar mis pensamientos. El muy gilipollas está comenzando a mosquearme. ¿Por qué coño está haciendo esto? ¿Por qué coño simplemente no habla conmigo, en lugar de tirar por tierra su futuro?

En fin. No puedo hacer otra cosa que aguantar el temporal. Si es lo

que quiere, yo no puedo arrastrarle, pero no voy a arruinar mi lugar en Masters of Darkness por no tener otra cosa en la cabeza... y no podré sacarle de ella si no solucionamos esto.

Aunque realmente, no sé si voy a poder sacarle de mi cabeza jamás.

Otra vez se me ha hecho tarde. Estoy saltándome todos los semáforos de camino a la mansión de Crowley porque otra vez se me ha hecho tarde. Joder.

Últimamente se me está juntando todo y no doy una a derechas. Mi hermana Lily se presentó en mi casa el otro día porque el capullo de su novio le ha puesto los cuernos y ella se ha fugado. No la critico, lo entiendo. Pero me jode, porque si yo hubiera estado allí, esto no pasa. Para empezar le parto la cara al tío, ¿ok? Y para seguir, ella no habría tenido que ir a ninguna parte, porque si ha venido hasta aquí es porque necesita verme y hablar conmigo. Nuestro hermano John es demasiado mayor para entenderla y además, pasa de sus movidas. Papá está jodido porque las inversiones se le están yendo a la mierda y mamá anda siempre ocupada con el restaurante. Tanto las inversiones como el restaurante salen de mi dinero, y la situación es un poco embarazosa para todos. Para colmo, las amigas de Lily son tontas del culo. Cuando está mal de verdad, ella me necesita a mí, joder.

Así que se cogió un autobús y apareció en casa hecha un mar de lágrimas, y tuve que faltar al ensayo dos días.

Además de eso, algo me anda molestando, pero no sé exactamente qué. Es como tener un bicho dentro, picándote en alguna

parte que no te puedes rascar. Algo así. Y no sé cuál es la razón. Me siento inquieto, estresado y de los nervios en general. No duermo bien. He intentado anestesiarme un poco saliendo con tías, pero es como si hubiera perdido el interés. Me cuesta la vida ligar por pura pereza, y los dos últimos polvos han sido ejercicios mecánicos y sin gracia.

No dejo de pensar en Grimm y en lo que hicimos, y en qué me convierte eso. No es que me preocupe ser marica, ser marica también puede ser guay. Mira Rob Halford, o el cabronazo ese de Gorgoroth. No es ser marica lo que me preocupa, es que de pronto estoy confundido y no sé si lo soy, si solo lo soy un poco, si ya no voy a poder estar con chicas... Todo se ha vuelto raro.

Estoy frustrado, muy frustrado.

Entre el insomnio, la visita de Lily y esa extraña desazón que me persigue, últimamente no me centro. Pero para nada, joder.

En realidad, sería más fácil explicárselo a Crowley —al menos la parte de los «asuntos familiares»— y tomarme unos días, o algo así. Pero no quiero desatender mis responsabilidades. Y al final las estoy desatendiendo por eso mismo. Además, no me va eso de contarle movidas personales a nadie.

Putá vida.

Cuando llego a la mansión, aparco la moto de cualquier manera y entro a toda prisa por la puerta acristalada que da al estudio. Ya hace rato que han empezado a ensayar, están todavía con el segundo tema del nuevo setlist así que al menos no les he dejado colgados tanto rato. Suelto la chupa y me apresuro en sacar el bajo y enchufarlo al *ampli* para unirme. Demona me mira de reojo, Ash también. El único que no lo

hace es Crowley, que mantiene la mirada fija al frente y berrea contra el micro con una rabia que asusta. Bueno, que asustaría a otros. Yo sé que puedo gritar más que él, ya competimos una vez y gané. Grimm tampoco me dirige un solo gesto, pero casi mejor. Ni siquiera le he devuelto las llamadas. Necesito aclararme, y cada vez que le veo es como si me hundiera más en unas arenas movedizas, o algo así.

En fin, a tocar. Me engancha bien al tema y en cuanto entro, *Our darkest hour* empieza a sonar más como debe. Intento concentrarme y no cometer errores, y lo consigo. Pero eso no basta. No sonamos bien, no hay un sonido homogéneo. Normalmente tocamos del todo sincronizados, ¿ok? Equilibrados de la hostia. Sonido de conjunto. Pero cuando algo va mal, empieza a haber desajustes. Y algo va mal, la ejecución es correcta, pero la canción suena hueca, vacía. Crowley canta cabreado, Grimm toca inseguro y Demona ansiosa. No está saliendo bien.

Al final, cuando el desastre se hace evidente, el jefe para el ensayo y viene directo hacia mí.

En fin.

—¿Tú qué? —me suelta, plantándose delante de mi cara—. ¿Nos estás tomando por tontos o qué pasa contigo?

Me quedo mirándole y levanto la ceja.

—Vale, tío. Tranqui.

—¿Tranqui? ¿Quién te crees que soy? ¿Algún imbécil de tu barrio con las neuronas comidas por el caballo, o qué? Tienes un puto contrato firmado, ¿te acuerdas? Y nos estás dejando a todos con el

culo al aire. No te lo consiento más, ¿entendido? Encima tienes la puta cara dura de llegar tarde y ponerte a tocar como si nada...

Entiendo que Crowley esté cabreado, pero está sacando esto de quicio, y además, eso es putamente injusto.

—Eh, eh, para el carro. He llegado tarde, lo siento en el alma, tío, pero no me reproches que me ponga a tocar, es ridículo. Encima de que llego tarde no voy a parar el ensayo, macho. ¿O es que lo hubieras preferido?

Nadie le habla así a Crowley. La gente le manda a la mierda o le baila el agua, pero yo me pongo a su altura siempre que discutimos y le enfrento. Por eso acabamos siempre fatal.

—¿Sabes lo que prefiero, gilipollas? Que llegues a tu hora y dejes de darnos por el culo a todos. Que te presentes en los ensayos y que no vuelvas a dejarnos colgados.

—De ilusiones también se vive. Yo también preferiría que tuvieras menos mala leche, pero no tendremos esa suerte. Gilipollas.

Sí. Ahí no he estado fino. Pero ha empezado él insultándome, y en serio, no estoy en mi mejor momento. Veo el brillo asesino de sus ojos y no me sorprende cuando agarra el pie del micro y lo tira contra el cristal del fumadero. Imagino que preferiría tirármelo a mí. Me agarra de la camiseta y me sacude como a una toalla vieja. Yo le empujo, claro, para quitármelo de encima.

—¡Aparta, pirado!

—No me toques, ¿eh? ¡¡No me toques!!

Los demás han dejado los instrumentos y vienen a separarnos.

—¿Pero qué coño os pasa?! ¡Ya vale! —Es Demona—. ¡Draven, no seas capullo!

Encima a mí, ¿sabes? Puta mierda. Sí, tengo yo la culpa de todo, como siempre.

—¡Tú calla, zorra, que nadie te ha dado vela en este entierro! —le suelto.

Demona no se lo piensa y me calza una hostia.

—¡¡FUERA!! —El bramido de Crowley pone punto final a la discusión, o eso es lo que pretende—. ¡Se acabó! Estás fuera del grupo. Lárgate y no vuelvas.

—¡Ah, pero que esto era un grupo! —Ya estoy hasta los cojones. Me quito el bajo de encima y le suelto una patada al *ampli*, que total, lo pagué yo, así que a la mierda—. ¡Y yo que pensaba que éramos tus músicos de sesión!

—¡Si fueras un puto músico de sesión no ganarías toda la pasta que ganas gracias a mí, pero eso se ha acabado! Ya no te doy más de comer, desgraciado.

—¡Y ahora te debo la vida! Anda y que te den por culo.

—¡Que te pires! ¡No te soporto más! ¡Fuera, ¿me oyes?! ¡Fuera!

—¡Pues no hace falta que me echés, que ya me voy yo! Además, estoy hasta los huevos de ti, nazi.

—¡Espera, joder! —Ash intenta calmar los ánimos sin mucho éxito, me agarra del brazo. Grimm está hablando con Crowley, pero a Grimm no quiero ni mirarle—. Estamos todos muy tensos, vamos a hablarlo.

—No tengo nada que hablar —digo, quitándomelo de encima de malos modos.

Que me dejen en paz. Bastante tengo como para aguantar encima esto. Venga, hombre.

—¡Que le jodan ya al niño de los cojones! —grita Crowley.

Guardo el bajo en el estuche y empiezo a recoger mis cosas, con Ash detrás parlotando. Demona grita que soy un desgraciado y yo le enseño el dedo corazón y ni siquiera la miro una vez más. Que se desahoguen a gusto, echarme a mí la culpa de todo siempre es lo fácil. Anda y que les jodan.

El que me tiene los huevos más hinchados es Crowley. Ya no aguanto más sus payasadas de superestrella. Vale que yo no soy ejemplar, pero la forma en que nos ningunea y la dictadura que impone en el grupo me parece una puta mierda, y aunque sé que estoy siendo un poco injusto y que pienso todo esto porque no estoy bien, no soy capaz de pensar mejor. Además, a nadie le causa remordimientos ser injustos conmigo cuando se les cruza el puto cable, ¿no? Pues eso.

Ala mierda.

Salgo por la puerta acristalada, con la chupa a medio poner y el bajo colgando del hombro. Me busco en los bolsillos hasta encontrar el tabaco y me enciendo un cigarro. Aver si me relajo un poco antes de coger la moto, porque ahora solo tengo ganas de pegarle a alguien y no me apetece estrellarme.

Y la olla a presión ha explotado.

Habría sido mejor que Draven no se hubiera presentado. Era la chispa que faltaba. Nunca he visto al jefe reaccionar así, tiene mala hostia, pero no suele pagarla con el equipo. Cuando Draven le ha llamado gilipollas he visto un brillo en sus ojos que me ha convencido de que iba a partírla la cara de una hostia.

Pero ha sido Demona. Joder. Esto no nos ha pasado nunca. Tenemos nuestros roces, como cualquier grupo. Es difícil ponernos de acuerdo a veces, somos cinco, y muy diferentes, pero nunca se nos ha ido la mano. Y Crowley nunca había echado a nadie así.

Ash se ha llevado a Demona al fumadero. Los dos hemos estado intentando interceder, pero entre los gritos y las bravuconadas todos han pasado de nosotros, incluida Demona, que aún seguía maldiciendo a Draven cuando Ash la ha arrastrado a la sala de grabación.

—Déjame hablar con él...

—¿De qué coño tienes que hablar? —Crowley me corta, mira hacia la puerta y se enciende un cigarro. La tensión sigue ahí, parece un animal a punto de saltar, conteniéndose aún—. Que se vaya a la mierda.

—Creo que es mejor que tomemos decisiones cuando estemos más tranquilos.

Vuelve la mirada hacia mí, y se le afila. Aún terminaré por llevarme mi parte.

—Estoy tranquilo. —Sí. Ya—. Todos lo estábamos hasta que ha empezado a joder. Solo os pedí una cosa antes de firmar el puto

contrato, y fue compromiso. No quiero gilipolleces aquí, y no voy a tolerarlas. Y si no estáis de acuerdo el resto de vosotros os podéis largar por la misma puerta.

Contengo un suspiro de frustración. Nunca me ha ido el dramatismo, y esto se está volviendo absurdo. Toda la discusión lo ha sido, porque ninguno es capaz de admitir que tiene problemas que nada tienen que ver con la banda, y que tal vez convendría poner en orden antes de forzar las cosas y joderla. Pero no. Es mejor dejar que todo se vaya de madre y desquitarse a gusto con el primero que pase.

Me armo de paciencia y no digo nada de lo que estoy pensando.

—Es la primera vez que nos pasa. Sabes que todos nos esforzamos por llevar adelante esto. Nos ha costado mucho llegar a ser lo que somos. La banda no sería lo mismo si Draven se va, tú lo sabes, le escogiste sabiendo bien lo que hacías... lo pensaste mucho y no creo que merezca la pena enviarlo todo a paseo porque hemos tenido un mal día.

Me mira de reojo, dando una calada fuerte al cigarro. Creo que se está imaginando que es el alma de Draven, porque hasta eso lo hace con mala hostia. Con Crowley hay que escoger bien las palabras, y andar con tiento cuando está alterado, o pasa lo que acaba de pasar.

—¿De verdad necesitamos a un puto niño aquí?

—Necesitamos un buen bajista. —A poder ser que sepa lidiar contigo—. Y Draven, además de ser bueno, es también nuestro amigo. Vamos, Crowley... forma parte de la esencia del grupo. Si se va, nos vamos a arrepentir de esto.

Chasquea la lengua y me da la espalda para salir por la puerta del jardín, haciéndome un gesto con la mano.

—No me calientes la cabeza. Haced lo que os salga de los cojones.

Ahora me permito suspirar. Eso es un avance. Algo así como un «me lo pensaré».

Demona y Ash siguen en el fumadero. Les veo a través del cristal. Ella está sentada con cara de mala hostia, y Ash habla con tranquilidad. Draven se ha largado con sus cosas y espero estar a tiempo de solucionar algo. Aunque no sé si aún lo empeoraré más. Salgo apresuradamente al jardín delantero, y le encuentro ahí con el bajo colgado del hombro y un pitillo en la boca. Fuma a grandes caladas, estrujando el cigarro entre los dedos por la tensión. Me dan ganas de zarandearle, de gritarle, pero de eso ya ha tenido suficiente con Demona y Crowley, y desde luego, eso no le convencerá de quedarse.

Y quiero que se quede, aunque no quiera ni mirarme. No quiero que todo se estropee por lo que ha pasado entre nosotros.

—Draven, ¿podemos hablar?

Sueno más tranquilo de lo que en realidad estoy. La angustia se ha cerrado en mi garganta al verle ahí. Y me arrepiento de haberle llamado aquella mañana. Toda esta mierda es culpa mía, sabía que me iba a quemar, pero no sospechaba que le quemaría también a él.

Se da la vuelta y al mirarme le cambia un poco la expresión. Está muy cabreado, con un gesto de rabia contenida que no recuerdo haberle visto antes. Resopla por la nariz, dándome la espalda de

nuevo y tragándose una buena calada.

—Yo creo que ya está todo dicho. Aquí si llueve mierda del cielo es culpa mía, por lo visto. Estoy hasta los cojones, no sé cómo le aguantáis. Si no pintamos nada. Somos su comparsa, aquí solo tiene voz él y Elathan, que ni siquiera está en el grupo. Pero todas sus ideas las escucha y bien que las aplica. Joder, es que no es justo. —Casi puedo ver cómo escupe el veneno y la frustración. Le pega una patada al peldaño de piedra de la entrada—. Joder.

Me acerco a él una vez ha soltado todo lo que tiene que soltar por la boca.

—¿Me das un cigarro?

Me mira de reojo con cautela. Creo que no le gusta que esté aquí. Saca un pitillo del paquete. Me acerco para que me lo encienda y doy la primera calada, sentándome en el escalón al que acaba de maltratar. Me tomo mi tiempo, intentando relajarme yo también, llenándome de humo los pulmones.

—No habéis hablado de nada. Solo os habéis gritado y mandado a la mierda. —Le hago un gesto para que se siente, haciéndole sitio a mi lado—. Creo que todos estamos teniendo problemas. Crowley está alterado porque Alexandra se ha largado, y creo que su cabreo no tiene nada que ver con que hayas faltado dos días a los ensayos. Aunque habría estado bien que avisaras.

Paso de sentarme, no quiero estar sentado, quiero... largarme, o aporrear una batería, o tocar. Tocar estaría bien, pero como aquí no

puedo porque este ya no es mi grupo, al menos quiero llegar a mi casa para hacerlo a gusto. Si es que Lily no tiene que llorarme sus putos problemas.

Me estoy poniendo cabrón y no es justo. Pero es que no estoy bien, mierda. No estoy bien. Y Grimm lo empeora. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué tengo que tenerle delante y mirarle? Me iba muy bien hasta que le empecé a mirar. Coño.

—No quiero hablar con él, ¿entiendes? —Levanto la voz, y no porque quiera gritarle. Es... en fin. Tengo una puta presión en el pecho que tiene que explotar de alguna manera—. No quiero hablar. Amí no se me da bien hablar, joder. Nunca me he tomado esto a broma. He dejado a mi familia, lo he dejado todo por estar aquí. No es un sacrificio fácil, ¿vale? —Dios, no sé por qué digo esto. No debería. Se me hace un nudo en la garganta. La verdad es que llevo desde los veinte años lejos de todo y a lo mejor estoy un poco perdido, ¿ok?—. Siempre estoy pensando en el grupo. Me lo estoy tomando en serio, mierda, pero para él no es suficiente nunca. Y tampoco quiere lo que podamos aportar. Me dan igual sus problemas, no deberían afectar a esto. Ni los suyos, ni los míos, ni los de nadie. ¡Joder!

Como no puedo pegarle al escalón, porque ahora está sentado Grimm, tiro la colilla al césped y la piso con saña.

—No estoy haciendo de intermediario de nadie. No tienes por qué hablar con él. Todo lo que habéis dicho ahí dentro... estabais cabreados, y todos estábamos alterados. Hemos venido con problemas y nos han afectado, pero eso no quiere decir que no nos tomemos las cosas en serio. Todos lo hacemos, y Crowley lo sabe, no llevaríamos

tantos años en esto si no fuera así, y nada funcionaría si no nos tuviera en cuenta a todos. Ahora estás cabreado y lo ves así... pero ese no es el problema de fondo. Tú nunca has faltado a los ensayos, Draven. Has venido con gripazos de aúpa y te hemos tenido que obligar a pirarte a tu casa con cuarenta grados de fiebre... ¿qué es lo que ha pasado? ¿Tiene que ver con lo que ocurrió en el Nightforest?

Me siento acorralado y acosado. Solo quiero que me dejen tranquilo y cuando Grimm habla del Nightforest empieza a latirme el corazón en los oídos.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Por favor. —No te pongas a la defensiva. No te pongas a la defensiva—. No digas chorradas. He seguido adelante con mi vida después de polvos mejores.

No debería haber dicho eso, no sé ni por qué lo he dicho. No es en absoluto lo que quería decir. ¿Veis? Por eso NO me gusta hablar. No se me da bien y siempre la cago. Quiero disculparme y decirle que es mejor dejarlo correr, que tengo que irme. Es lo que quiero hacer, pero el resultado acaba siendo desastroso.

—Además, a ti qué más te da. Cada uno tenemos nuestras vidas, ¿ok? Pues eso.

Perfecto. Me paso las manos por la cara. Debo parecer un adicto a la heroína en medio de un mal viaje ahora mismo, porque lo que digo no tiene puto sentido y si quería disimular que algo va mal, desde luego me estoy cubriendo de gloria.

Si fuera igual de gilipollas que ellos me levantaría y le soltaría otra

hostia, así se iría caliente por las dos partes a su casa. Pero en lugar de eso tomo una calada profunda y desvío la mirada.

No soy un crío. Soy un tipo maduro. Y por eso no debería haberme liado con Draven. A veces se me olvida lo joven que es. Se unió a nosotros muy pronto, y aunque tiene mucha fuerza y está a la altura para lo que el grupo necesita, no deja de ser un chaval. He sido un inconsciente. No he tenido en cuenta cómo le podía afectar todo esto a él. Amí sabía que iba a joderme, y ese comentario me ha sentado como un puñetazo en el estómago.

Se ha puesto a la defensiva. Sé que he dado en el clavo, pero eso no lo vuelve menos irritante. Mejor tomo dos caladas, y no le miro hasta que se me pasan las ganas de pegarle y de pegarme a mí mismo por idiota.

—Sí que me da. Este grupo forma parte de mi vida, y tú formas parte de él. Nuestras vidas interfieren, y lo seguirán haciendo, y no es ningún drama. Las cosas no son tan difíciles como esas bolas que os montáis, solo hay que pararse a pensar un poco. —Tal vez sí estoy sonando un poco irritado, pero hago un enorme esfuerzo por controlar mi voz. Y sobre todo, porque no note cómo me está amargando esto. Prefiero parecer enfadado, hastiado con la situación, que amargado—. Si tanto te ha afectado ese mal polvo, por mí lo podemos olvidar.

—No me ha afectado —insiste—. Y no he dicho que fuera malo. Ni siquiera fue...

Sigo hablando como si no le escuchara.

—Este grupo también forma parte de tu vida, y si te largas te arrepentirás, tarde o temprano... y yo no quiero tener que ver con eso.

Así que olvidémoslo. Yo no volveré a hablar sobre lo ocurrido, ni te echaré jamás nada en cara... porque tampoco tengo nada que reprocharte.

Me levanto y tiro el cigarro al suelo. Lo apago pisándolo, y vuelvo a mirarle al exhalar la última calada. El humo me pica en la garganta. Y también en los ojos.

—Y ya está. Es tan simple como eso.

Me paso la mano por la cara y me doy la vuelta, pero no quiero mirarle. Necesito romper algo, y sé que la puerta acristalada está blindada, así que paso junto a Grimm y le suelto tres patadas al vidrio. ¡¿Por qué coño me está saliendo todo tan mal?!

Apoyo el puño y la frente en el cristal, que está tal cual después de mi violencia injustificada. No tenía que haberle dejado hablar, tenía que haberme ido y ya. Odio su paternalismo, su desdén. «No es ningún drama», dice. Joder. Lo que significa que según él, yo estoy dramatizando, y seguramente, haciendo el ridículo.

Ya estoy harto.

—El mundo no gira a tu alrededor, Grimm.

Le doy una última patada a la cristalera y me largo, como tenía que haber hecho desde el principio. Aunque él tenga algo de razón, que la tiene, yo no estoy ahora para reconciliaciones.

Me largo a buen paso, machacando el césped con cada zancada y mirando con odio el casoplón de Crowley Hex hasta llegar a la Indian. Arranco y me largo de ahí a toda hostia. Quiero que me dé el aire.

Necesito aire, y que me dejen en paz.

Le veo marcharse como un vendaval. ¿Realmente no ha significado nada? ¿En ningún sentido? Y lo que es peor... si no es por lo nuestro, ¿qué es lo que le está pasando entonces? No debería preocuparme, debería olvidarme de todo. Le he dicho que lo haré, que lo olvidaré, pero sé que eso no va a ser posible.

Ni siquiera me lo creo. Draven no finge, joder, sé como es. Puede decir las cosas por hacerte daño, con el calentón, pero no finge, y sé lo que vi aquella noche, sé lo que vi. No fue un mal polvo, y no le resultó indiferente, aquello fue especial. Tuvo que serlo, ¿no? Yo sentí que lo era. No puede ser tan distinto para él.

¿No?

No sé qué le pasa, y lo que es peor, no sé cómo llegar a él.

Me he quedado como un imbécil en la puerta de la casa, viéndole alejarse con la Indian mientras la cancela se abre al fondo del camino. Me siento gilipollas, frágil como un adolescente, y cuando trago saliva me duele la garganta como si estuviera tragando alambre de espino.

Joder.

Este es el suelo contra el que me estrello, porque aún no había dejado de caer. Y tengo que asumirlo. Todo esto ha sido un error. Tengo que olvidarlo. O al menos convencerme de que lo hago, como me había convencido de que era imposible acercarme a él. Era mejor así, darlo por perdido, no acercarse, no implicarse... seguir seguro tras mis barreras. Y ahora tengo que reconstruirlas. Lo haré si es la

condición para que la armonía vuelva, para que Draven no se largue.

¿Será suficiente? Me siento inseguro. De pronto, ya no sé nada.

No vuelvo al interior. Bajo las escaleras de piedra y me meto en mi coche. Necesito volver a casa. Necesito mi vida ordenada, mi silencio y mi soledad. Necesito olvidarme de todos, y en especial de él.

Pero no puedo.

CAPÍTULO 4

Not from this world

*The night was black as coal, helpless like a child
With hands enchained and cold I was looking up in fright
You are not from this world, you are born in the flames
And you're not from this world, oh please tell me your name*

La noche pasada tampoco pude dormir. Volví a quedarme frito al amanecer, con las primeras luces del alba, sintiéndome bastante mierda. A mediodía, Lily vino a ver si estaba enfermo. Me trajo tortitas. A pesar de todo, se está portando, la pobre. Se sentó en mi cama y me miró con ojillos tristes, se disculpó por estar volviéndome la vida del revés y me preguntó con insistencia si estaba pasándolo mal por su culpa. Tuve que convencerla de que no era así. «Ah, es por una chica, entonces, ¿verdad?», me soltó.

Ahora, mientras trasteo en el estudio con los temas nuevos de Masters, le doy vueltas a lo que ha dicho Lily. No es una chica, pero igual sí que debería hacer algo con Grimm. Porque va siendo hora de asumir que el viaje en montaña rusa me ha trastocado un poco.

El hecho es que no sé cómo comportarme, ¿ok? Las relaciones nunca han sido mi fuerte. Este tipo de relaciones, quiero decir. Yo suelo ligar, acostarme con mis ligues y pasar a lo siguiente. No recuerdo haber repetido nunca. Una vez tuve una medio novia, allí en Los Ángeles, pero eso fue antes de Masters of Darkness, y ahora todo es

distinto.

Aquí estoy solo. No tengo amigos ni clan. Bueno, sí, tengo un montón de colegas, gente a la que he conocido y con la que me relaciono, porque, a ver, hay que vivir en sociedad. Pero no son mis amigos. Esos están lejos, y este no es mi ambiente. Me estoy dando cuenta de todo esto porque ahora Lily está aquí, y a pesar de que ha venido porque tiene problemas, su presencia me trae un poco de eso que, sin saberlo, echaba tanto de menos. Mi casa. Mi familia.

Ser una estrella del rock es guay, pero también es duro. ¿Por qué creéis que tantos grupos tienen gente que abandona? Los periodistas del mundillo se divierten mucho inventando roces, peleas y malos rollos, pero lo cierto es que en la mayor parte de los casos, los músicos dejan esta vida porque quieren quedarse en casa con sus familias. Es así de sencillo. Y hasta que no pasas por ello, no lo comprendes.

Así que estoy pensando muy seriamente en el cabreo de Crowley, y también en lo que me ha dicho Grimm. Puedo tirar la toalla e irme a casa. Podría hacerlo ahora. Es algo que realmente me tienta. Necesito apoyo, y aquí no tengo a nadie, esa es la verdad. No puedo contarle a nadie que he tenido un... bueno, lo que me ha pasado con Grimm. No puedo contarle a nadie cómo me siento por nada, pero especialmente, no puedo contarle a nadie cómo me siento por eso, por lo que pasó entre nosotros. Lo extraño que fue salir de aquel garito y verme de pronto en el mundo real, sabiendo que había hecho esas cosas con él.

Quiero decir, es un poco fuerte, ¿no? Es algo como para hablar con alguien. Coño, no es que se lo vaya a contar a mi padre, pero ya sabéis. Un colega, algo. Alguien en quien confiar. Alguien que no me

juzgue, que pueda escucharme sin prejuicios y que me diga: «Eh, tío, no pasa nada, todo va a estar bien».

Pero nada está bien si me quedo aquí, en esta ciudad que nunca deja de ser extraña, en el grupo del tirano de Crowley que no es capaz siquiera de escuchar a los demás. Así que puedo irme a casa y renunciar a todo... o puedo quedarme y enfrentarme a todo. Hacer que todo lo que no está bien, empiece a estarlo. Intentar salir de esta. Seguir adelante con el grupo, y hablar con Grimm y ver qué pasa.

—¿Te has peleado con tu chica? —me ha preguntado Lily este mediodía.

—No, no exactamente. No es mi chica, y le he dicho algunas cosas un poco bordes.

—Siempre haces igual —ha dicho Lily, poniendo los ojos en blanco—. Dile a esa tía que aprenda a ignorarte. Es lo más fácil contigo.

Lily tiene más razón de lo que me gusta reconocer. Es verdad que no trato bien a la gente. No me tomo esa molestia. Cuando alguien me estorba, le echo. Cuando no me interesa lo que me están contando, dejo de escucharles y me voy a otra cosa. No es por mala educación, es que la vida es demasiado corta como para perderla en esas mierdas. Pero ahora, por primera vez, me importa lo que piensen los demás. Bueno, los demás no. Me importa lo que piense él.

Me viene de nuevo la imagen de su rostro, que no para de acecharme continuamente. Sus ojos. Sus dientes cuando se mordía el labio, allí en ese baño cochambroso en el que hicimos... las cosas que hicimos. Y también su mirada herida en el último ensayo.

No, no quiero que Grimm aprenda a ignorarme, lo que quiero es solucionar las cosas y que sepa que no lo dije en serio. Nada iba en serio, sobre todo lo del mal polvo. Por dios. Eso fue de todo menos malo.

Y ese es el problema, que fue demasiado bueno y ahora estoy como un yonki sin metadona.

Suspiro y dejo el bajo a un lado, alargando la mano hacia el Smartphone. Al desbloquearlo veo que tengo un whatsapp de Ash: *Fiesta en casa de Crowley. Ven y arreglamos las cosas ok? El tío está muy mal. No le falles ahora.*

Me quedo mirando la pantalla un momento. A los treinta segundos ya he tomado todas las decisiones que necesitaba tomar. No tengo que pensarlo demasiado. Si Crowley está mal, yo tengo que ir. Vale que me ha tirado un pie de micro. Vale que nos hemos insultado. Pero todo eso da igual, si está jodido por algo quiero estar con él. De eso trata la lealtad, de arrojarle material de grabación y aun así, saber que puedes contar con el otro.

Y además, es una oportunidad para ver a Grimm. Podré matar dos pájaros de un tiro y arreglarlo todo de una vez.

—¡Hey, Lily! Voy a salir, ¿de acuerdo?

Agarro un par de papeles que tengo a medio escribir, los doblo y me los meto en el bolsillo de los vaqueros antes de ir a arreglarme un poco. Es decir, ponerme una camiseta. En Berkeley te multan por ir sin camiseta por la calle, ¿te lo puedes creer?

Demona llamó anoche. Me dijo que había hablado con Crowley y que habían decidido suspender el ensayo de hoy, que lo retomáramos al día siguiente cuando nos hubiéramos calmado todos. Ella siempre se encarga de avisarnos de estas cosas, cuando no lo hace el propio Crowley. Me alivió escucharla calmada. Era una buena decisión, y supuse que Ash había tenido que ver con ella. Me disculpé por dejarles tirados esa tarde y colgué.

Esta noche apenas he dormido. Mi cabeza no ha parado un momento de darle vueltas a lo ocurrido. He tenido el móvil en la mano demasiadas veces, dudando si debía llamarle, preguntarle cómo se encuentra, qué demonios le pasa y por qué no quiere hablar conmigo. Vuelvo a ser un mar de dudas, y a pensar que me he equivocado. Puede que tenga otros problemas, puede que yo no sea el centro del universo, pero sé que le he afectado, sé que no es fácil para nadie enfrentarse a esto.

Ni siquiera lo fue para mí. No lo es para mí, que no tengo una sola duda sobre mi sexualidad desde los siete años.

Sé que me gustan los tíos desde entonces, y también sé que no hay nada de malo en ello. Nunca me he sentido enfermo, ni he deseado ser otra cosa distinta a lo que soy. Pero ni siquiera en mi casa saben que soy gay. Nunca se lo confesé a mi madre, nunca le hablé de esto a mi hermana, y mi padre se largó de casa antes de que yo naciera, así que no sabe nada en absoluto de mí. Siempre ha sido algo solo mío, y siempre me ha aterrado que otros juzguen lo que siento.

Es paradójico, estando donde estoy, en este ambiente liberal en el que los tíos se morrean en los escenarios y se meten mano ante las

masas sin tapujos... pero luego se tiran a las groupies en el backstage y se hacen los duros tratándose de maricones los unos a los otros. No, para mí eso no significa libertad. No quiero usar esto como un espectáculo, son mis emociones, es mi manera de sentir, y no me gusta exhibirla, ni que jueguen con ella. Por eso siempre me he mantenido alejado de esas cosas. Por eso me he mantenido en silencio.

Por eso no quería acercarme a Draven. Él es heterosexual, pienso. Lo que sucedió no es más que una consecuencia de su curiosidad, de su sed de emociones, como el impulso que le empuja a lanzarse desde el escenario y confiar en que el público le agarre. Lo hizo porque lo deseó en ese instante, y no valoró ninguna consecuencia. Lo hizo porque le desafié, y le tenté hasta que saltó al vacío. Y de vuelta en la vida real es algo con lo que es difícil lidiar. Tal vez se esté haciendo preguntas, y como yo, no esté llegando a ninguna parte. Porque a pesar de todo, sigo dudando al recordar sus besos y sus caricias en el baño del Nightforest.

¿Qué es lo que siente? ¿Qué piensa de todo esto, si es que piensa algo? ¿Qué ha significado todo para él? ¿Cómo va a tomarlo? Tal vez se lo niegue a sí mismo. Quizá no es más que un juego. Sí, seguramente. Draven es apasionado y nunca renuncia a hacer lo que le apetece. O aunque le guste lo que ha pasado, quizá le cause tantos problemas asimilarlo que decida dejarlo a un lado para siempre.

No sé. No sé nada. Todo son preguntas y no puedo hallar ninguna respuesta. Todo es complicado y siento como si me hundiera en arenas movedizas, porque tampoco puedo escapar. Simplemente, no puedo dejar de pensar en él.

Cuando me levanto, es casi medio día. No sé a qué hora me he dormido, pero he dormido como el culo. Miro el móvil y activo el sonido. Tengo llamadas perdidas de mi madre, y un par de mensajes de los colegas del Sucubbus, pero nada más. No tengo ganas de hablar con mi madre, así que ignoro sus llamadas. No es que me lleve mal con ella, nuestra relación es cercana y bastante estrecha, salvando el detalle de mi secreto. La llamo al menos dos veces por semana, pero hoy no tengo ánimos para enfrentarme a ella. Sé que me notará en la voz que estoy jodido, con esos superpoderes que tienen todas las madres, y no quiero tener que darle explicaciones, ni hacer pasar a Draven por una chica. Estoy harto de esas cosas y no tengo energía para eso ahora mismo.

Ni siquiera la tengo para ordenar y limpiar la casa. Hoy paso de todo. Hoy solo quiero olvidarme del mundo, así que me tiro en el sofá y enciendo la tele. Me pasaré el día atiborrándome de ganchitos y porquerías como una adolescente despechada y mañana será otro día. Y espero que Draven vaya a ensayar y lo haya olvidado todo, y todo pueda volver a la normalidad cuanto antes.

Pero ni eso me dejan hacer.

No sé qué hora es cuando el móvil suena. Es Ash, y respondo con la voz adormilada.

—Deja lo que estés haciendo y ven a casa de Crowley. Estamos montando una fiesta del carajo, el jefe está jodido y hay que animarle.

—¿Una fiest...?

—¡Espabila! No puedes fallar. Nos necesita, ¿entendido?

El pitido intermitente me indica que ha colgado. Y me levanto con la camiseta llena de migas y el pelo despeinado. Me quedo mirando el móvil. He pensado en mandarlos a todos a la mierda, que se vayan con sus dramas y sus problemas y me dejen en paz.

Pero luego caigo en que es una buena oportunidad para intentar hablar con Draven. Miro el cenicero donde los restos de colillas me recuerdan que he estado fumando Chester. Hay al menos diez, y aún me sabe la boca a humo. No ha sido la mejor manera de intentar olvidarme de todo, no he podido dejar de pensar en sus labios, en su mirada en la penumbra de aquel cuarto de baño, en sus dedos en mis cabellos y en el deseo que despertó en mí. Recrearlo es dulce y amargo a la vez, pero no puedo evitar hacerlo, no he podido evitarlo. Conmigo pasa esto, no puedo dejar las cosas a medias, no puedo simplemente pasar página si no he dejado las cosas atadas, y con Draven nunca he sabido bien cómo demonios hacerlo. Ahora que me ha marcado de esta manera todo se está poniendo más difícil aun. Y yo no me lo pongo fácil haciendo estas cosas. ¿En qué momento he comprado el tabaco? Me estoy volviendo loco.

No me gusta perder el control de esta manera, pero Draven tiene esa facultad. Me quita las riendas y sacude mi vida controlada. Lo desordena todo dentro de mí.

Cuando quiero darme cuenta estoy en la ducha. No sé muy bien qué estoy buscando, ni cómo esto va a devolverme el control, pero necesito verle, necesito comprobar al menos si está allí, si se quedará con nosotros... si realmente no tengo nada que ver con sus problemas.

Voy a ir a esa fiesta.

Nada más llegar me doy cuenta de que no es una fiesta normal. Ash ha reunido a toda la gente favorita de Crowley: a los travestis del Dance Dance Dance, un garito de fiestas del centro, a algunos colegas de grupos, a las fans y a otros amigos del mundillo, además de un montón de gente a la que no conozco de nada. Es como si hubiera llevado ahí a un equipo de *cheerleaders*. La casa apesta a marihuana y opio, y cuando Ash me abre la puerta esos olores me abofetean. Mi colega me da una palmada en el hombro y me mira con una sonrisa amable, sin rencor.

—Gracias por venir, tío. Entra.

—¿Y tu churri?

—En la salita pequeña.

Primero voy a buscarla a ella. Demona no es tan maja como Ash y me recibe con cara de asco; lleva una camiseta de tirantes de encaje y está fumando mientras charla con algunas tías del club de fans. Dos de ellas me miran con ojos golosos al pasar, pero las ignoro. No estoy para tonterías.

—Oye, perdona lo de ayer —le digo sin medias tintas—. Toma. Para que se te pase.

Demona se ablanda un poco cuando ve lo que le entrego. Es una pitillera de Jack Daniels que tengo desde hace años y que siempre le ha gustado. Es un regalo personal. Mi forma de disculparme. Si no lo acepta o no lo entiende, que la den por culo.

—Tío, no puedes liarla así solo porque...

—No he venido a escuchar sermones. —Me mira de nuevo con asco, pero me apresuro a levantar las manos en son de paz—. Dame un respiro, ¿vale?

Ella suspira.

—Eres un capullo.

Aun así, se guarda la pitillera. Supongo que eso significa que está solucionado.

El siguiente paso es buscar a Crowley. Le encuentro en el salón grande. La casa está iluminada de forma tenue y flotan nubes de humo a poca distancia del techo; las siluetas de los muebles se difuminan entre tanta bruma y tanta gente. Hay música puesta y algunos tíos bailan, o fingen que bailan, arrimándose a las tías. Las tías se arriman entre sí, y algunos tíos también. Lo típico en las fiestas de Crowley, todo el mundo arrimándose, drogándose y bebiendo.

El jefe está apoyado en el brazo del sofá, preparándose un tiro en un espejo de bolsillo. Cuando me acerco a él, levanta la cabeza con expresión amarga y ausente.

—Hey.

Tiene una expresión rara en la cara. Es como si no supiera bien quién soy. Me doy cuenta de que está puestísimo, porque le veo las pupilas dilatadas como dos chinchetas y una pinta horrible. Todo el pelo grasiento, la cara pálida y ojeras. Sí que está hecho polvo.

—Hey —responde al fin con un brillo de reconocimiento en la mirada.

Le hago un gesto para que se meta la raya.

—Dale, dale. No te entretengas por mí.

Crowley enrolla un billete de cien y sorbe el polvo por la nariz, apurando los restos con una segunda pasada por el otro orificio. Luego se frota con el dedo y mueve la nariz para ayudar a la droga a hacer su recorrido.

—¿Quieres?

Me tienta la oferta, pero niego con cortesía. Por una vez, quiero estar lúcido. Al menos por ahora.

—Te lo voy a decir del tirón, ¿ok? Mira, siento haber llegado tarde estos días. Y las ausencias. He tenido algunos problemas familiares, tenía que haber avisado pero no lo he hecho —digo, poniéndome serio. O intentándolo. Se me da mal y siempre parece que estoy mintiendo o poniendo excusas, pero lo hago lo mejor que puedo—. Mi hermana pequeña se ha fugado de casa y ha venido aquí. Está pasando una mala racha. Así que la tengo en casa, y, en fin, movidas.

Crowley se me queda mirando un rato, medio ausente. Ni siquiera sé si le importa lo que le estoy diciendo. Grimm me dijo que Alexandra se había largado, pero no creo que esté así por ella. Crowley nunca se ha puesto mal por asuntos de tías.

—¿Tienes una hermana pequeña? —dice al fin.

—Lily. Veinte años.

—No la traigas nunca aquí.

Me río. Crowley no se ríe, pero sonrío a medias, o algo parecido.

—No, no lo haré. Por nada del mundo. —Me meto las manos en los

bolsillos y miro alrededor—. Si te parece bien, vendré al ensayo el próximo día. Como siempre —aclaro.

Crowley se toma unos segundos. Imagino que ha pillado la insinuación, pero en su estado tal vez sea mucho suponer. En fin, eso espero, porque es lo mejor que sé hacer. Finalmente asiente con la cabeza.

—Contamos contigo.

—Vale. Te lo agradezco. —Aunque sigo pensando que eres un capullo y un tirano, pero eso va por otro lado. Me acerco cuando alarga la mano hacia mí y nos palmeamos la espalda. Él lo hace con torpeza. Me pregunto qué se ha metido en el cuerpo, y eso que todavía no es ni media noche—. Oye, ¿estás bien, tío?

—De maravilla —responde.

No es que me lo crea, pero no sé qué más hacer. Así que asiento y le doy otra palmadita en la espalda antes de largarme.

—Venga, pues estaré por ahí. Si necesitas algo me das una voz.

Una vez he solucionado mis conflictos, me doy una vuelta por la casa, bebiendo y charlando con los conocidos. Intento que no se me note, pero estoy buscando a Grimm. Ni siquiera sé para qué. Solo quiero saber si está aquí y, bueno, verle. Pero no hay ni rastro del tipo. Así que me voy con un par de tíos mayores a las escaleras a jugar con una guitarra acústica que alguien ha cogido de la sala de ensayos. Empezamos a tocar temas de Paradise Lost, My Dying Bride y Anathema. Los dos tíos son músicos de sesión con los que hemos coincidido a veces, gente tranquila, ya con cierta edad. Estamos

compartiendo un porro y yo me estoy marcando el *Dead Letters* de Katatonia en plan acústico y lento cuando le veo aparecer por el arco que da acceso al salón grande.

Algo cambia en mí cuando él me mira.

De pronto es como si le estuviera descubriendo por primera vez. Sus ojos verdes parecen transparentes en la penumbra, llenos de secretos, incapaces de ocultar ese brillo anhelante que despierta en él siempre que estamos cerca. Mi corazón parece encogerse y hasta mi voz suena diferente.

My dreams are getting darker and darker, this light before me... its blood runs so still, the call of the bird...

Este es el Grimm que yo conozco, con los vaqueros y la camiseta de Depeche Mode, la mirada límpida y todos los enigmas encerrados bajo su piel, detrás de esos malditos ojos que me vuelven gilipollas. Se me ha revolucionado la sangre en las venas y tengo una sensación rara en el estómago, como de vértigo. Me siento absurdamente feliz y acojonado al mismo tiempo. Pero también estoy pensando con más claridad que nunca.

Quiero besarle otra vez. Cruzar la cortina de humo que nos separa y llevarle de la mano escaleras arriba, regresar al mundo en el que no existen las dudas ni las preguntas, en el que no meto la pata. El mundo que nos pertenece a los dos.

No aparto la vista. Él me está mirando. Y de pronto se da la vuelta y se marcha, como si tuviera mucha prisa por algo. Me da un vuelco el corazón al ver que se aleja. No puede alejarse, no puede irse. Tengo que hablar con él y... no sé.

Le doy la guitarra a uno de los tíos y bajo las escaleras para ir tras él, casi a la carrera. Hay un montón de gente en el salón. Demasiada. ¡¿Por qué coño hay tanta gente?! Le busco entre la multitud. Cuando al fin le encuentro, le sujeto por el brazo, pero no es él.

—¿Qué haces, tío?

—Joder, perdona. Te he confundido.

Acierto a la tercera, dejando tras de mí un rastro de gente mosqueada.

—Oye. Eh, eh.

Cuando le agarro, se sobresalta. Me mira con el ceño fruncido, pero no le dejo hablar.

—Antes de que digas nada, escúchame. Y no me interrumpas, ¿ok? Porque se me da muy mal hablar y llevo toda la noche pensando en lo que iba a decirte. —Llevo toda la noche pensándolo, pero está claro que soy gilipollas, porque he elegido el peor momento y lugar para hacerlo. La música está un poco alta y el barullo de la gente hablando no permite lo que se dice charlar con tranquilidad. Así que tengo que acercarme para hablarle al oído. Y eso siempre es malo. Huele a la colonia esa que usa, a jabón, y su pelo me roza la frente, suave y tentador. Mierda. Chris, concéntrate—. Nada de lo que está pasando es culpa tuya, ¿vale? —arranco al fin—. Imagino que ya lo sabes, seguramente lo tienes súper claro, pero aun así, quiero confirmártelo. Lo de estos días no tiene nada que ver con lo del Nightforest. —Miro alrededor, he bajado la voz pero no me gusta que estemos rodeados de gente. Aun así, no hay un lugar seguro al que huir—. Lo que pasó, pasó. Y estuvo genial que pasara. No fue ni un mal polvo ni... ni nada

de lo que dije o pude dar a entender. No debería haberte hablado así.

Y quiero que me perdones, pienso. Y que me mires como antes, y que intentes ligarme, y subir contigo a la buhardilla y revolcarnos en el tejado como gatos en celo. Aunque nunca llegue a entender nada. Aunque no pueda volver a tocar a nadie más en mi vida sin sentir que me falta algo.

¿Cómo?

Repaso en mi cabeza lo que acabo de pensar.

Sentir que me falta algo.

Vale.

Acabo de hacer un descubrimiento.

Mientras espero su respuesta me doy cuenta de que he mentido. De que todo tiene que ver con lo que pasó en el Nightforest, incluso antes... todo tiene que ver con lo que pasó la noche en que Alexandra bailaba y yo le besé.

De pronto, joder, me doy cuenta de que nada va a volver a ser igual para mí. De que nada ha vuelto a serlo.

Aún tengo el corazón acelerado. El ambiente pesado me marea, aunque no sé si ha sido la repentina impresión al verle lo que me ha hecho huir entre el gentío. Porque es lo que he hecho, cuando sus ojos se han fijado en mí. Antes era más fácil fingir, ocultarme, pero ya no tengo barreras, y siento que puede leer en mis ojos como en un libro abierto. Siento que puede volver a colarse en mí y que sabe

exactamente lo que anhelo. Y ahora eso me hace sentir inseguro, y me hace huir como un maldito ciervo asustado.

¿Cómo coño pretendo solucionar nada, quedarme tranquilo si hago esto?

Una mano tira de mí. Me doy la vuelta y ahí está él, como una respuesta a mi pregunta. Abro la boca para decir algo, pero de pronto se pone a hablarme. Y se acerca para hacerlo en mi oído, para que pueda escuchar sobre el ruido del parloteo de la gente y la música. Tengo que cerrar los ojos y tragar saliva. Su pelo me roza la cara y dentro de mí algo se retuerce. Huele a jabón, a tabaco y a Axe. El olor de Draven no va a abandonarme nunca, y no quiero que lo haga, joder, aunque me duela.

Nada fue por mi culpa, dice. No sé cómo sentirme. No le acabo de creer, no le creo en absoluto. Si nada es por mi culpa debo sentirme aliviado, más tranquilo. Pero no me tranquiliza. Tal vez quiero ser culpable, quiero que me diga que yo también le marqué. Quiero que me diga que no lo puede olvidar. Quiero que vuelva a besarme y a arrancarme todas las dudas, todos los miedos.

Pero lo que pasó, pasó, dice también. Y eso es pasado, aunque sea redundante. Es una decisión. No es *lo que ha pasado*, no es *lo que está pasando*. Así que para él no existe un presente en el que nosotros... en el que...

Le miro y asiento, y esbozo una sonrisa que pretende ser tranquilizadora. No quiero que vea que me está doliendo.

—Está bien, Draven. No pasa nada. Ayer nos alteramos todos... y

yo saqué conclusiones equivocadas. Pero es cierto que por mí está olvidado... —No, no lo es, pero tengo que mentir para salvar mi dignidad. Yo estoy enamorado como un idiota y él no. Yo quiero que vuelva a ocurrir, él no—. O sea, fue genial y todo eso pero... no va a influir en nada en nuestra relación, es lo que quiero decir. No quiero que te vayas, pensar que yo pudiera tener que ver en eso me estaba jodiendo... y quiero que sepas que... sea lo que sea lo que está pasando en tu vida, puedes contar conmigo.

Me duele la garganta, me duele el corazón. Soy imbécil. Soy imbécil total.

Me he quedado quieto, aún sujetándole por el brazo. Mientras me habla empiezo a sentir el suelo menos sólido bajo los pies. No sé si he dicho lo que quería decir. Y desde luego no estoy escuchando lo que quería escuchar. Joder. Creía que sí, pero no.

Me sonríe como si nada, eso está bien, quiere decir que no está mosqueado conmigo. No pasa nada, dice. Y por él está olvidado.

¿Olvidado? Sí, olvidado. ¿Qué esperabas, Chris?

De pronto caigo en la cuenta de que para él todo esto debe ser normal. ¿Con cuántos tíos se habrá revolcado en los baños de ese garito? ¿Acuántos habrá mirado como me mira a mí?

Dios, soy un idiota y no tengo ni idea de nada.

—Bien —digo de pronto, soltándole como si quemara y sintiéndome un gilipollas total. El rey de los gilipollas—. Eso es guay, entonces todo como antes. De puta madre. —Meto las manos en los bolsillos—. Sí, de

puta madre. —Me voy a dar la vuelta para irme, pero me giro a mitad del gesto. El corazón me late furiosamente y la frustración me come por dentro, por eso sueno un poco brusco al hablar, aunque no quiero. No quiero ser brusco. Pero joder. Joder—. Aclárame una cosa, ¿ok? ¿Cómo es el tema? Es decir, borras eso de tu memoria mágicamente y luego qué, ¿te reseteas? ¿Y en qué punto? ¿Cuando nos ignorábamos, o cuando hemos estado de colegueo? Es por hacerme a la idea.

¿He dicho ya que soy gilipollas?

Supongo que este era el riesgo. Me he pasado la vida haciendo las cosas sin pensar, alguna vez tenía que darme de boca contra el suelo.

Es muy fuerte descubrir al mismo tiempo que eres medio marica, que te gusta un tío y que pasa de ti.

Ese «de puta madre» suena a puta pena. Se me está yendo todo de las manos, y no entiendo una mierda. Está sacudiéndome por dentro, porque de pronto parece que todo le importa.

De pronto parece que yo le haya ofendido, que yo haya pasado de él, que en realidad es a mí al que no le importa lo que sucedió. ¡¿Por qué no podemos hablarnos claro?!

Pues yo no puedo porque estoy furioso. Muy furioso.

—Decídelo tú, ¿no? Ya que has decidido todo lo demás, cuándo besarme, cuándo meterte en mi puta vida como una apisonadora y cuándo ignorarme. —Bien... Tal vez hablo demasiado claro cuando

estoy cabreado, y no puedo detenerme aunque sepa que la estoy cagando—. Pónmelo por escrito y dime qué coño quieres, que me olvide o que siga colgado como un gilipollas. ¿Ok?

He usado su coetilla. Lo he hecho con toda la mala leche. Joder, yo no soy así, yo soy calmado. Pero estoy harto de esta montaña rusa, esto es demasiado para mí. Le empujo para apartarle de mí y me doy la vuelta, apartando a la gente a empujones para largarme de una vez. Todo ha salido mal pero ahora no puedo pensar con claridad, no puedo reconfigurar nada. No quiero escucharle más. No quiero mirarle más. Solo quiero huir de todo esto que me duele tanto.

¿Que yo he decidido qué? ¡Joder! ¡Como si yo estuviera decidiendo una puta mierda! Para Grimm la vida es una jodida balsa de aceite, debe ser, con todo calculado y medido... ¿Y qué coño dice?

—...dime qué coño quieres, que me olvide o que siga colgado como un gilipollas. ¿Ok?

¿Colgado? Que siga colgado como un gilip...

Mierda.

—¡Eh!

Cuando soy capaz de reaccionar, está huyendo otra vez.

—¡Eh!

Voy tras él, apartando a la gente a la que él a su vez ha apartado, hasta que le alcanzo. Le vuelvo a agarrar del brazo, pero alguien me empuja y nos separa. Tenemos que hablar, esto no puede quedarse

así. ¿Ha dicho que está colgado? Tengo el corazón a mil. Quiero agarrarle y sacarle de ahí y poder hablar tranquilos, y ahora resulta que alguien se mete por medio.

—Oye, déjale en paz. ¿Es que no lo pillas?

Es Henry, un tío que ha venido alguna vez con nosotros para llevarnos el tema del merchandising. No es amigo nuestro. De hecho, siempre me ha caído mal. A Grimm no, a Grimm le cae bien. Hablan a menudo de música y de movidas de gente culta y guay, como el puto cine armenio y el arte impresionista, o yo qué sé. Henry es un armario empotrado, tiene barbas y siempre me mira con condescendencia.

—¿Qué se supone que tengo que pillar?

Aparto su mano de mi pecho de un manotazo, tratando de mirar a Grimm por detrás de su brazo, grande como un jamón.

—Cuando alguien pasa de ti.

Ups. Mala elección de palabras, Henry. Levanto la mirada a sus ojos. El fuego me trepa por dentro.

—Aver si pillas tú esto, enterado de los cojones.

Le agarro de la camiseta y tiro hacia abajo bruscamente para soltarle un cabezazo en la nariz. Oigo exclamaciones de asombro a mi alrededor. El tío se pone a sangrar y se le desencaja la expresión de pura rabia, pero yo le ignoro. Tengo que hablar con Grimm, que ha retrocedido y me mira como si yo estuviera loco o algo así. No es más que una pelea, pero supongo que para él es algo terrible.

—Grimm, tenemos que...

De pronto salgo despedido hacia un lado. Se me mueven los sesos dentro del cráneo y me zumban los oídos. Veo cosas brillantes delante de los ojos. Creo que ha sido un codazo en la cara, pero no estoy seguro. Lucho por mantener el equilibrio cuando me llega otra hostia.

Al menos me voy a desahogar, joder. Ya era hora de que pasara algo así.

—¡Ahora sí que la has cagado!

Gritando como un salvaje, me tiro encima de Henry.

Durante unos segundos soy casi feliz, rodando por los suelos y descargando toda la tensión que tengo acumulada mientras doy y recibo, como buen cristiano, las hostias que me corresponden.

No me lo puedo creer. Le ha soltado un cabezazo a Henry... el muy... Lo estoy viendo a cámara lenta, y sé que va a liarse cuando Henry se limpia la nariz y le mira con cara de loco. Henry es un buen tío, un tío con el que se puede hablar, pero con el que no se puede hacer el gilipollas. Además de tener carácter, es bastante más corpulento que Draven, y aunque durante los primeros segundos no ha sido capaz de reaccionar, en cuanto vuelve en sí veo que no se ha achantado con el golpe.

Cuando quiero darme cuenta, y ante mi estupefacción, los dos están enzarzados en el suelo, agarrándose de las camisetas y sacudiéndose como animales. Y la gente, que al principio se ha quedado sorprendida, ha hecho un corrillo y está jaleándoles en lugar de separarles. Cuando intento acercarme, dos de esos gilipollas que

no están haciendo nada por detener la pelea me empujan hacia atrás. Me estoy poniendo histérico, y me da miedo que pase algo grave, me da miedo que no paren.

Odio estas situaciones, y odio a todos estos imbéciles.

—¡Paradles, maldita sea! ¿¡Qué estáis haciendo!?! —Se han puesto a aplaudir cuando Draven le ha sacudido un puñetazo en la cara a Henry al quedar sobre él. He oído el sonido del golpe incluso con los gritos de la gente.

Joder. Joder.

Me doy la vuelta, desesperado, y busco entre los asistentes a alguien con un mínimo de cordura. A Ash, Demona... quien sea. Pero cuando estoy saliendo hacia las escaleras es a Crowley a quien encuentro, bajando por ellas mientras se abrocha los pantalones. Arriba hay tres chicas despeinadas que le miran con confusión.

Crowley está pálido y le brillan los ojos. No le he visto jamás así, y esa mirada me asusta. Ni siquiera la ha dirigido a mí, ha mirado directamente hacia el barullo en el salón, y sus músculos se han tensado. Me aparto de su camino, con el nudo en el estómago apretándose cada vez más.

Ni siquiera ha reparado en mí.

Se va a liar más. Tengo el corazón en un puño. Debería tranquilizarme que Crowley se haga cargo de la situación, pero algo está mal en él. Se ha metido entre la gente a empujones, un par han caído al suelo sin entender qué ha pasado, y cuando me acerco a mirar Crowley ha llegado al centro del corrillo, y todo el mundo se ha

quedado callado. Aguanto la respiración cuando agarra a Henry de la camiseta y le separa de Draven de un tirón, empujándole contra una de las mesas llenas de copas y botellas, que caen al suelo al recibir el impacto. Algunos han comenzado a irse ya, y otros miran expectantes al dueño de la casa, que está mirándoles como si esperase que alguien saltara al ruedo, con una cara de enajenado que hace retroceder a muchos cuando pone los ojos en ellos.

—¡Fuera! —ruge. Porque eso no es un grito. La gente se mira entre sí, y algunos se lo piensan, pero no tardan en reaccionar cuando Crowley comienza a empujarles de muy malas maneras—. ¡Fuera de mi casa! ¡Todos! ¡Largaos!

Busco a Draven con la mirada. La gente ya está poniendo pies en polvorosa. Algunos más rápido que otros, pero todos han captado el mensaje. Veo que Draven también, para mi alivio, ha decidido no llevar la contraria a Crowley. Tiene la camiseta rota y la cara ensangrentada, y quiero acercarme a comprobar cómo está.

Pero no lo hago. Tengo dignidad, esto se lo ha buscado él, yo no le he empujado a liarse a hostias con Henry, y no tengo por qué sentirme culpable.

Y aun así, cuando salgo por la puerta queriendo huir del ambiente cargado y enrarecido, queriendo calmarme, no puedo evitar estar preocupado por él.

Maldito Draven. Que se vayan todos al infierno, ni siquiera debería haber venido.

Aún estoy un poco mareado cuando me dejo llevar por la riada de gente hasta el jardín, con los jirones de la camiseta colgándome del cuerpo y los brazos y la cara llenos de sangre. Joder. Puto Henry. Una cosa es hostiarse y otra el juego sucio, aunque a lo mejor lo del piercing ha sido sin querer. No es que me lo haya arrancado, pero creo que me he jodido el cartilago. La sangre no sé de dónde sale. Supongo que de la nariz, o de una ceja.

—¿Dónde está mi moto?

No se lo pregunto a nadie, me lo pregunto a mí mismo.

De pronto, veo moverse algo por el rabillo del ojo, algo que llama mi atención.

Es Grimm.

—¡Eh!

O no me oye o me está ignorando. No es que haya silencio precisamente. Voy tras él, tambaleándome como un zombi. Va hacia su coche. Mierda. Intento acelerar pero me duele un tobillo y no puedo pisar bien, y él se aleja cada vez más.

—¡Joder! ¡¡GRIMM!!

Eso lo ha tenido que oír. Pero no se detiene. Se mete en el coche y cierra la puerta. Veo encenderse las luces traseras y el vehículo se mueve. Se va.

Sin pensar en lo que estoy haciendo, me arrastro de mala manera hasta la Indian y arranco, maldiciendo y soltando tacos. Pues sí, es la ceja lo que me sangra, porque tengo que estar poniéndome la mano continuamente para evitar que me caiga a los ojos. Así que conduzco

de puta pena. Al menos tengo el suficiente sentido común como para no saltarme semáforos ni acelerar demasiado.

Hace rato que he perdido el rastro del coche de Grimm, pero me da igual. Voy a su casa. Recuerdo el camino.

Antes o después tendrá que ir allí, y si no está, le esperaré en la puerta, como un perro. Me da igual. Ni siquiera sé lo que le quiero decir, ni por qué hago esto. A veces me siento como si no tuviera control sobre nada, en serio. Pero hasta ahora nunca me había angustiado eso.

Al fin, a trompicones, llego hasta su casa. El centro está bastante vacío de gente porque es entre semana, y no es que Berkeley sea el colmo de la actividad en esas zonas un puto jueves. Y menos a esas horas. Veo la puerta, que está abierta porque Grimm está entrando en su casa.

Prácticamente me tiro de la moto en marcha, que vuelca y da un par de vueltas en la acera.

—¡Espera, joder! ¡¡Grimm!! ¡GRIMM! —Veo brillar sus ojos entre la sangre, veo la puerta cerrándose. Y una mierda. No. De eso nada—. ¡¡Evan!!

Me tiro contra la puerta y meto la pierna.

—No me vas a cerrar en la cara. No lo vas a hacer, maldito seas. No me puedes dejar así.

Sé que le tengo detrás desde que he salido de la casa de Crowley. No quiero mirarle, no quiero hablarle, y no quiero seguir con esto. Me

está volviendo loco y la presión en mi pecho comienza a doler. Quiero volver a mi casa y estar TRANQUILO.

Pero no. Ha venido detrás de mí como un perro de caza, y se ha lanzado como un demente contra mi puerta, que casi me golpea en la cara cuando la sujeto y hago fuerza con el cuerpo para que no la abra. Aprieto los dientes y resuello, cerrando los ojos.

—¡Vete, joder! ¡Estás loco!

Tiene más fuerza que yo, y es como un ariete cuando vuelve a darle un empujón a la puerta. Me aparto y dejo que se abra. Draven entra como una estampida, casi dándose de morros contra el suelo al no encontrar la resistencia esperada. Estoy respirando deprisa, alterado, mirándole con rabia.

—¡¿Qué demonios te pasa?! ¡Te he dicho que te vayas!

Me cuesta llenarme los pulmones de oxígeno. La ansiedad es como una losa sobre mi pecho, y me emborriona la vista. Aunque me doy perfecta cuenta de su estado, de la sangre, de su mirada desesperada... Pero estoy harto de estas sacudidas. Estoy harto, y aun así no es esto lo que quiero hacer. Joder, Draven...

Casi me estampo cuando ha soltado la puerta, pero ahora creo que puedo estar más tranquilo, ¿no?

No lo sé.

Sí. Creo que sí. Cierro la puerta tras de mí y me apoyo en ella para escurrirme hasta el suelo y recuperar el aliento.

—Vale... tranquilo, ¿ok? —Levanto las manos hacia él, pretendo que sea un gesto tranquilizador pero las tengo llenas de sangre y mugre. Al darme cuenta me las limpio en los restos de la camiseta y me seco la sangre de la cara con el brazo. Bien, Chris. De puta madre—. Ya me voy... pero no me has dejado responder.

Tomo aire y trato de recomponerme con toda la dignidad que puedo. Cuando miro alrededor y le miro a él, me doy cuenta de lo chungo que es lo que estoy haciendo, de lo fuera de lugar que estoy ahora mismo. La estoy liando, llevo liándola desde que empecé con esto. Es cierto, yo le metí en el lío porque le besé. Y luego pues... las cosas se han puesto difíciles. Le besé, le ignoré, luego fuimos colegas, luego nos enrollamos, luego volví a ignorarle. Sé que me estuvo llamando.

Es difícil de explicar, es muy jodido justificar algunas cosas que he hecho, porque ni yo mismo las entiendo. Pero hay algo que todavía puedo hacer.

—Quiero que sigas colgado como un gilipollas —le suelto.

Me va a mandar a la mierda, pero me da igual. Me pongo de pie con dificultad y me estiro la camiseta rota. Tengo unas pintas de pena, pero tengo que hacer que me tome en serio, aunque sea para echarme a patadas.

—Y si me das un papel te lo pongo por escrito ahora mismo. —Él va a decir algo, pero le interrumpo. Me cuesta mucho hablar, joder, pero si no lo hago se va a cerrar una puerta, una que no quiero que se cierre—. Mira, yo soy así. Ya sé que no debería sentirme orgulloso de las cosas que hago, de pelearme, de conducir borracho, de... de ser un

inconsciente. Pero a mí me gustan estas cosas. Me gusta y lo necesito, ¿ok? Tampoco es que pueda evitarlo, soy así. No puedo dejar que la vida se me escape, tío. Esta es mi forma de vivirla. Ya sé que no tiene nada que ver contigo. Y que no te gusta una mierda. Tú eres de otro mundo, estás por encima de todo esto... y muy por encima de mí, no creas que no me doy cuenta —añado con una amargura inevitable—. Pero mira, esto es lo que soy. Y es lo único que... —Dios, qué papelón—. Si me vas a rechazar, hazlo. Dime que vas a olvidarlo todo y que no ha sido para ti más que otra noche. Pero ahora sé por qué te besé, y sé que me gustas, aunque todo esto sea confuso, y esté hecho un lío, y tú seas un tío, y no te entienda la mitad de las veces. Así que... ¿qué pasa? ¿Me vas a echar? ¿Me vas a echar y lo vas a olvidar? Porque yo no quiero. Yo quiero repetirlo.

Aquí estoy, diciendo gilipolleces sin sentido y manchándole de sangre la tarima a Grimm. Jamás en la vida me imaginé que iba a encontrarme en una situación como esta. Jamás.

De hecho, creo que acabo de declararme. O algo así.

Las piezas comienzan a encajar. Todo lo que ha hecho, su manera de comportarse. Sus reacciones. Todo lo que yo intuía y las dudas no me dejaban ver con claridad. Y vuelve a conmoverme. El esfuerzo que está haciendo, sus palabras, abriéndose con dificultad. Que me alivian y también me saben amargas. Que me golpean y me elevan al mismo tiempo.

¿Cómo lo consigues, Draven? ¿Cómo haces que todo sea tan intenso?

La losa en mi pecho desaparece. Puedo respirar con más normalidad, pero tengo todo lo que siento acumulado en la garganta.

Cree que voy a echarle. No sé por qué dice esas cosas sobre mí, pero me entristece que lo vea así. Yo no soy mejor que él, ni peor. Solo distinto.

Suspiro. Me he quedado ahí de pie, como si en algún momento hubiera esperado que se lanzase contra mí como lo ha hecho contra la puerta. Pero ya no estoy a la defensiva, y ya no le digo que se vaya, porque no quiero que se vaya. Está ensangrentado, se ha peleado y está hecho una mierda, pero ha venido hasta aquí, y se ha abierto paso. Y eso me conmueve, joder. La forma en que se enfrenta a todo aunque no entienda nada. La fragilidad que ahora puedo ver debajo de todas esas capas de rudeza y fuerza descontrolada.

Y la mía. Me siento frágil, y quiero consolarle, y quiero que me consuele.

Y por eso no respondo, y él me mira a la expectativa. Sus ojos azules fijos en los míos. Aprieto los dientes y me acerco a él. Le pongo las manos en el pelo y tiro hacia mí para besarle. Me da igual la sangre, siento su sabor en la lengua cuando libero toda la tensión que he acumulado durante esta noche en un beso sentido y profundo, cuando le rodeo con los brazos y le estrecho contra mi cuerpo. Le beso hasta quedarme sin aire, y cuando me aparto, jadeando, le miro a los ojos.

—Me gusta lo que eres... y no quiero que seas otra cosa, Draven.
—Le veo la sangre en el rostro. Tiene una ceja partida, y le sangra la nariz, Henry casi le arranca el piercing. Le limpio la mejilla con el pulgar, tragando saliva. Tengo la voz temblorosa, y la vista empañada, y

ya me da igual que lo vea—. Llevo años colgado como un gilipollas, e intentando olvidarlo, pero no puedo. Y ahora no quiero, no después de todo esto. Sé que es difícil para ti, pero no me tengas miedo... no tengas miedo. No quiero que te vayas.

Le agarro de la cintura para atraerle hacia mí y le beso yo ahora, otra vez. Devoro su lengua con hambre atrasada. Quiero su boca todo el tiempo, soy un yonki de sus labios, soy un yonki de su piel y de sus ojos.

¿Cómo no voy a tener miedo? Claro que tengo miedo, joder. Siempre me ha dado miedo él, porque siempre he intuido que podía provocar un desastre nuclear. Me da miedo su fragilidad, su misteriosa forma de ser, no entenderle. Me da miedo lo guapo que es, me da miedo que sea tan sexy. Cómo no voy a estar acojonado, si sé que le puedo hacer daño. Cómo no voy a estarlo, si no sé cómo comportarme para no herirle, para que no me desprecie y me rechace. Cómo no voy a tener miedo, si no entiendo las cosas que siento. Y aun así no quiero negarme esto, aunque me asuste, aunque me haga daño, aunque se lo haga a él.

El corazón me late con furia cuando le abrazo como si quisiera pegarle a mi piel. Y puede que lo consiga, porque estoy sucio de sangre. Estoy hecho un asco, pero a él le gusta lo que soy, y no quiere que sea otra cosa. Eso ha dicho. Por eso me late el corazón como si fuera a estallar, por eso y porque le tengo entre mis brazos y su boca me reclama. Y de pronto, aunque joda todo el romanticismo del momento, estoy cachondo otra vez.

Muchas cosas son difíciles para mí, pero besarle no. Y puedo decirle todo lo que no sé decir con palabras. Eso hago. Le necesito, me muero de hambre sin él, eso le estoy diciendo. Su boca parece deshacerse en la mía. Él me desea, y yo estoy ardiendo. Da igual que acaben de darme una paliza, estoy ardiendo por él, es gasolina en mis venas.

Hundo los dedos en su pelo, empujándole con mi cuerpo y con mis labios, duros y dominantes. Quiero hacerlo todo realidad ahora. Todo lo que no me he atrevido a soñar. Todo lo que él desea. Las imágenes de la noche en el Nightforest me golpean con fuerza. Le tiro de la camiseta para quitársela mientras le muerdo los labios, abro mis manos sucias sobre su piel y le acaricio los costados, la espalda, el pecho. Se me ha calentado la sangre. Tengo sed, hambre, una necesidad tan fuerte que me provoca escalofríos, y solo ahondando en su boca enloquecidamente, devorándole sin tregua mientras le tiro del pelo, encuentro algo de alivio. Cuando he tenido suficiente como para calmarme un poco, me aparto, regalándole un último mordisco en los jugosos labios. Bendita tentación.

—Draven...

Sus dedos están cerrados en mi pelo, en los restos de mi ropa. Respira agitadamente.

Aún le tengo sujeto del pelo y le miro, llenándome los ojos con su imagen. Tiene la mirada húmeda de anhelo y deseo. Así es como me gusta que me mire, así. La luz de la mesilla dibuja sombras en su nariz y me doy cuenta de que tiene un hoyuelo en la barbilla. Se la muerdo mientras me cierno sobre él, emborrachándome con su olor, con su piel.

Ni siquiera me he fijado en lo sofisticada y pija que es su casa. Ahora mismo solo quiero saber dónde está el dormitorio.

—Te necesito ya —le digo mientras le mordisqueo el cuello, agarrándole del trasero. Él me rodea con las piernas. Le he manchado de sangre y me da igual—. Te necesito desde hace días.

Estoy temblando entre sus manos. Me bebo su beso, muerto de sed, mientras siento que todo vuelve a su lugar. Exactamente donde tiene que estar. Cuando nuestras bocas se hablan sin palabras lo entiendo todo, es como una iluminación, todo está en consonancia y sé que los dos deseamos lo mismo. Mi necesidad se refleja en la suya, y se alimentan la una a la otra mientras intentamos darnos lo que queremos. No era tan difícil. Nunca es tan difícil, pero siempre lo complicamos todo.

Recupero la seguridad, mientras sus manos me recorren y me liberan. La ansiedad ahora es muy distinta. La tensión en mi estómago es un calor creciente, que se expande por todo mi cuerpo. Y en mi pecho fluye esa calidez que me empuja a acariciarle el rostro, a estrechar sus cabellos, a empujarle contra mí cuando me besa el cuello y se me eriza la piel.

Tengo el sabor de su sangre en la boca, y su olor me llena las fosas nasales. Me ha manchado con ella pero no siento ningún rechazo. No quiero hacerle daño, es lo único que me preocupa, pero él no parece preocupado por eso. Ni siquiera parece recordar que le han dado una paliza.

—Yo también... —murmuro, estremecido—. Pero deberíamos cur...

Su boca me hace callar. Me arranca un beso exigente. Me necesita.

Ya. Ahora. Y yo le necesito a él. Sus manos me hacen arder, y se me olvida lo que iba a decirle. Su estado no parece crítico, y su urgencia no tiene que ver con sus heridas. Me aprieto contra su cuerpo. Mi sexo está despertando entre mis piernas. No sé si ya estaba despierto, pero al contacto con sus caderas la excitación me hace estremecer, y me hundo en su boca con una necesidad renovada, lamiendo su lengua y reclamando su saliva. Se me ha acelerado la respiración, y estoy jadeando cuando me separo y le agarro de las manos para conducirlo al altillo, caminando de espaldas. Porque no quiero dejar de mirarle.

Sus ojos vuelven a ser los de un lobo, pero yo no me siento como una presa. Soy el objeto de su deseo, y eso me hace sentir en control, seguro y confiado, aunque él vuelva a abalanzarse sobre mí y a besarme, y yo le tenga que empujar para sacarle la camiseta, ya rota, a tirones, mientras subimos los peldaños de metal que llevan a mi cuarto. No sé cómo no nos caemos.

El camino está despejado. Todo está pulcro y ordenado. La tarima de madera cruje cuando la pisamos, y pronto nuestros pasos son amortiguados por la alfombra. Estoy en control, y estoy en mi territorio. La cama amplia está casi a la altura del suelo, y el techo se inclina formando una buhardilla. Todo está en penumbra, estamos en mi santuario. Hoy voy a darle todo lo que no pude darle en aquellos baños sórdidos.

Estamos subiendo una escalera, soy consciente de eso, pero parece un sueño de otra vida o algo así. Ahora estoy demasiado ocupado con su boca, que siempre está húmeda. La chupo y la

mordisqueo mientras nos tocamos. Le oigo respirar aceleradamente. Sabe a deseo, huele a deseo, su polla se aplasta contra la mía cuando unimos las caderas. Puedo notar el vacío en mis entrañas, el del hambre enloquecida, cada vez que los estremecimientos de placer resuenan dentro de mí. Estoy ansioso, desesperado. Le estampo contra la pared a medio camino. Cuando intenta apartarme para mirar por dónde vamos, cojo sus dedos entre mis dientes y los succiono, meto la lengua entre ellos y sigo lamiéndole la muñeca y el brazo mientras le abro los pantalones. Gruñe, frustrado, y tira de mí hacia la cama. ¿Ya estamos arriba? Este debe ser su cuarto, supongo. Qué más da. Él cae sobre el colchón, que es todo lo que me importa, y yo caigo encima, metiendo la mano dentro de sus pantalones para tocarle. Agarro su polla y la froto con la palma, está caliente y dura. Le muerdo la boca, le pellizco el pezón donde tiene el piercing y tiro un poco para arrancarle un gemido.

—¿Años? —pregunto de pronto, embriagado, mientras mi boca viaja por su cuello. Saco la lengua para lamerle la clavícula—. Qué pérdida de tiempo.

Ahora sí me estoy recreando, da igual que él tenga prisa y que yo necesite tirármelo como respirar, da igual, lleva años esperando, ¿no? Pues esta vez que merezca la pena. Recuerdo lo que hizo él en el Nightforest. Voy a demostrarle lo rápido que aprendo. Mi lengua se enreda en su pecho, mordisqueo el piercing, succiono las puntas enrojecidas de sus tetillas mientras le saco la polla de los pantalones y comienzo a masturbarle.

¿Por qué huele tan bien? Sabe como a hierba de la buena, todo él es una droga. Es imposible no querer besarle, o follarle, o protegerle, o

descubrirle. Es imposible no volverse al menos un poco marica con él.

Estoy cayendo otra vez. Su cuerpo me rodea. Ardo en su boca, y su saliva quema en la mía. Él cae conmigo, y el abrazo del colchón me recibe. Me arqueo debajo de él y levanto una rodilla para pegarme más a su cuerpo. Así es como le quiero, desatado, embriagado del deseo que nos arroja a los dos en esta caída. Y así me quiero, entre sus brazos, retorciéndome bajo sus manos, libre para reclamar lo que ansío, libre para mirarle con adoración, con hambre... y sin miedo.

Enredo los dedos en su pelo mientras descende, contrayendo los músculos de mi abdomen cuando me roza con la lengua. Me estoy ofreciendo sin pudor al arquearme, y cuando me doy cuenta de estar mordiéndome los labios para no gemir, los abro y exhalo un gemido abandonado, lúbrico. Quiero que me vea, me oiga y me sienta, que sepa que mi sed es intensa, y que quiero arrojarme al fuego, que estoy en él y no me importa. Que quiero vivir, joder, vivir todo lo que me he perdido con él por este miedo que ahora me arranca con sus caricias exigentes.

Le suelto y me llevo la mano a los cabellos, dejándome llevar por los estremecimientos. Vuelvo a ser esa serpiente que imaginé la última vez, algo distinto a lo que soy normalmente. Deslizo los dedos de una mano por mi propio cuello y vuelvo a buscarle, hundiéndolos entre su melena para cerrarlos ahí. Y le miro. Abro los ojos y le miro, anhelante y rendido, pero también exigente, porque estoy arqueando las caderas para pegarlas a su mano mientras me masturba, apretándome contra él.

—No quiero perder más el tiempo —murmuro. La voz temblorosa, el aliento agitado. Estoy tan excitado que crezco entre sus dedos con cada movimiento—. Chris... quiero esto desde que te vi, siempre he querido esto.

Es una locura, es la locura más flipante que he vivido nunca. Se me pone dura solo de mirarle, y escuchar sus gemidos es demasiado. Sus gemidos, su voz, las cosas que dice... Me ha llamado por mi nombre. Todo es demasiado. Demasiado. Y me encanta. Y me arrojó de cabeza.

Me he detenido un momento solo para verle. La forma en que se mueve, la expresión de su rostro, el modo en que me mira, con los labios siempre brillantes, siempre húmedos. No me puedo resistir a besarle otra vez, mordisqueando su boca con avidez. Mi mano se mueve con presteza y diligencia, apretando los dedos para que sienta la presión, notando el latido de su sangre bajo la piel aterciopelada.

—Ya no vas a perder más el tiempo.

Ni yo tampoco.

No es solo que tenga la sangre caliente y esté aturdido por el deseo, es que están ocurriendo cosas que me hacen sentir... cosas. Es inexplicable. Yo no podría explicarlo, al menos. Creo que es magia, y me convengo de ello, porque Grimm siempre ha tenido magia y misterio, y cuanto más le descubro menos le entiendo y más me fascina.

Sus manos están en mi pelo y mi boca en su pecho. Desciendo sobre el vientre, que se hincha cuando él respira. Le oigo jadear. Dice mi nombre otra vez. Dios. Es como un hechizo. Al llegar a su ombligo,

delineo el borde con la lengua y le entrego un beso húmedo, alzando la vista para mirarle a través de mi propio pelo, que está alborotado.

—Sabes lo que te voy a hacer, ¿verdad? —Ya estoy hablando otra vez. Me elevo un poco sobre el codo para tirar de sus vaqueros hacia abajo, mirando los huesos de sus caderas, la fina cintura. Joder. Sí que soy marica, sí. No puede ser que me ponga cachondo solo con su vientre, ¿no? ¿O sí? ¿Seré bisexual? Bueno, no sé qué coño soy, pero ahora mismo no me importa. Le bajo la ropa y le quito las botas, levanto la pierna para sacarle la pernera del pantalón y arrojó los vaqueros al suelo. Pronto le siguen los boxers, que son negros y sencillos—. Primero te voy a hacer una mamada, una muy larga, y después te voy a follar.

Me inclino de nuevo sobre él, sujetándole de las caderas y frotando el rostro contra su vientre y su sexo, aspirando con fuerza el olor que desprende.

—Pero ya sabes que esto es nuevo para mí, así que tendrás que decirme si te gusta.

Levanto la mirada. Me siento como si no fuera yo, ya no es solo el hambre, es algo distinto. Algo que nunca había sentido. Este tío me vuelve loco. Quiero que él también se vuelva loco por mí.

Le agarro la polla con firmeza, saco la lengua y la recorro desde la base hasta la punta, mirándole con descaro. Tomo aire y cierro los labios alrededor de la suave punta. La paladeo, lamiéndola y chupándola como si fuera un dulce. Y dulce está. Sabe realmente bien, es agradable y suave, y no me causa rechazo nada de esto, ni siquiera la ligera gota de humedad que brota al poco rato. Se diluye en mi

saliva y no me importa tragármela al tiempo que me meto todo eso en la boca hasta donde soy capaz de llegar.

Luego me retiro, dejando un hilo de saliva entre su piel y mis labios, y me relamo.

—Dímelo, ¿te gusta?

No sé si he visto muchas pelis porno o qué, pero a él parece ponerle tan cachondo esto como a mí, así que mientras no me diga lo contrario, voy a ser un perverso hasta el final.

Joder... aquí parezco yo el virginal, mirándole con fascinación y temblando bajo sus manos.

Y sé que ninguno lo somos. Él ha estado con un montón de tías, y no tiene inhibiciones. Una vez acelera no hay quién le pare, ni siquiera lo raro que pueda resultarle que yo sea un tío. Eso es lo único en lo que es nuevo en esto.

Aunque solo puedo suponerlo, porque no sé si ha tratado así a alguien alguna vez. No sé cómo trata a las tías, si es diferente. Pero a mí me está volviendo totalmente loco. Y jamás he estado con alguien así.

Normalmente no me gusta que me hablen, y además necesito mantener el control en todo momento para sentirme cómodo durante el sexo. Pero Draven está redescubriéndome. Es esa voz que se le pone, esa mirada depredadora, me excita como nada. Cuando me incorporo sobre los codos, con la mirada turbia de deseo, tengo que hacer un esfuerzo para que no se me vaya de las manos. No quiero perder el

tiempo, pero tampoco quiero que esto se precipite. Me está poniendo demasiado cachondo, y cuando se aparta para hablarme, jadeo y me lleno los pulmones de aire, dejando caer la cabeza hacia atrás y arqueando las caderas.

Quiero que siga, y quiero que pare. No, no quiero que pare, quiero que dure eternamente. Desintegramme. Como no le respondo, él me mira hambriento y vuelve a hacerlo, me hunde hasta casi la garganta y empieza a subir y bajar, succionando y devorándome.

—Soy yo el que... ¡ah! —me cuesta articular las palabras. Vuelvo a jadear y a tensarme. No puedo decir nada en estas condiciones—. Soy yo el que debería preguntarte a ti...

Ahogo un gemido al volver a elevar las caderas. Cada roce de su lengua me provoca escalofríos. Su boca me está llevando al límite. Ardo, y tengo la piel erizada. No puedo controlar lo que hago. No quiero hacerlo más. Tengo la cabeza llena de pensamientos impuros, de escenas que solo me atreví a imaginar en aquel baño, cuando Chris me agarró y comenzó a decirme guarradas al oído mientras me tocaba. Esto no ayuda a que me calme, pero no es calma lo que ninguno queremos ahora.

—Me gusta... Chris... —No puedo más. Me incorporo y le agarro del pelo para atraerle hacia mí y besarle. Está jadeando y tiene mi sabor en la lengua. Le beso con desesperación, mientras le abro los pantalones a tirones para colar la mano y agarrarle. Lo quiero ya. Sea lo que sea. Lo quiero todo—. Quiero que me folles...

Se lo digo pegado a sus labios, y le bajo los pantalones a tirones, empujándole para que se ponga de pie y meterme su sexo en la boca

al sentarme en el borde de la cama. Sin lentas seducciones, sin besos húmedos. Solo la mirada exigente, mis ojos que arden fijos en los suyos. Y su polla entre mis labios apretados, que succionan, mi lengua ungiéndole la piel de saliva al engullirle, empañándola al liberarle.

En cuanto empieza a hacerlo siento de nuevo el vértigo, esa sensación como si me sobrara el oxígeno.

—Dios... vale... pero sigue un poco con esto —le pido con la voz trémula de deseo.

Enredo los dedos en su pelo y echo la cabeza hacia atrás. Es como hundirme en agua caliente. Su lengua es... es...

Su boca...

No puedo evitar mover las caderas, y él me agarra con ansia mientras me lleva hasta el fondo de la garganta. ¿Cómo coño hace eso? Se me escapan los jadeos, mi polla se hincha y palpita con rabia, pujando contra su paladar. Un gemido grave y abandonado me brota entre los labios cuando empieza a succionar.

Durante unos segundos me dejo llevar por la caída libre más flipante de mi vida. Si lo del Nightforest me gustó, esto es otro nivel. Grimm no se corta, está mamándola como si le fuera en ello la vida y con eso me está destrozando. Prefiero no mirarle, porque si lo hago estoy seguro de que acabaré corriéndome.

Ojalá no estuviera tan cachondo, porque podría prolongar esto mucho más. Joder, cómo me gusta. Pero no voy a aguantar si sigue, así que rodeo su rostro con mis dedos, acariciando la suave piel de sus

mejillas, áspera en la mandíbula, luego sus labios mojados.

—Para, para. Vamos a hacerlo ya.

Esta vez sí se aparta. Cuando lo hace, se queda mirándome la polla un momento. Eso me excita más aun. Me subo al colchón, apoyando las rodillas y empiezo a rebuscar por su mesilla sin pensar en que pueda molestarle. Encuentro en el cajón una caja de condones. Saco uno a toda prisa y lo abro con los dientes, colocándolo mientras le miro.

Me voy a tirar a Grimm. Y tengo unas ganas que me muero.

Esto es muy fuerte.

No hay dudas en él. Y en mí tampoco.

Su seguridad solo alimenta mi excitación, pero aún mantengo la cordura suficiente como para no dejarle suelto. Se está poniendo el condón, y le beso el pecho mientras lo hace. Atrapo uno de sus pezones entre los dientes y succiono, dejando un rastro de saliva con mi lengua cuando me aparto y abro las manos sobre sus pectorales. Le miro a los ojos al moverme, y hundo una mano en sus cabellos al estirarme para besarle. Lo hago a conciencia, apoderándome de su boca, mordiéndole los labios y lamiéndolos con lubricidad mientras le empujo hacia el colchón.

Draven se recuesta, dejando la espalda apoyada en el cabecero. Me busca con sus manos, con su boca. Ondula las caderas como si quisiera follarme ya. Sé que quiere. Yo también.

Tengo la respiración acelerada, y se precipita hacia su boca

cuando me aparto apenas de sus labios para mirarle. No puedo creer que esto está sucediendo. Estoy sentándome desnudo sobre él, y él vuelve a agarrarme del pelo y a meter la lengua en mi boca, luego me agarra del trasero y siento su sexo deslizarse entre mis nalgas. Le siento tensarse debajo de mi cuerpo. Dios, va a hacerlo. Vamos a hacerlo.

Le pongo una mano en el pecho.

—Espera... ahora espera tú... —susurro sobre sus labios. Y vuelvo a besarle para mantenerle entretenido. Meto una mano en el cajón y saco el frasco de lubricante. El contenido está frío sobre mis manos, pero las froto y le agarro el pene con las dos, embardurnándolo y recorriéndolo con caricias resbaladizas mientras sigo besándole a conciencia. He tirado el frasco al suelo y vuelvo a apoyar una mano en su pecho—. Espera... espera...

Draven resuella por la nariz. Sus ojos son los de un animal sediento de sangre y de carne. Su deseo es salvaje. Le está costando contenerse. Mis susurros suenan apremiantes, aun así, y ondulo las caderas para que me roce entre las nalgas y me impregne de la humedad del lubricante. Él gruñe más, me clava los dedos en las caderas.

—Por dios, ya basta —me amenaza.

—Espera...

—No quiero esperar.

Le tengo agarrado por la base y le manejo a mi antojo, y él no deja de moverse y de mordirme. Me gusta su descontrol, me gusta

abandonarme a él, pero no quiero que me destroce, y sé que si le dejo hacer, esto podría ser una experiencia traumática para los dos. Así que tengo que tomar el control, aunque sea solo al principio.

Cuando le tengo donde quiero, aprieto las rodillas contra sus muslos y comienzo a descender, despacio, sujetándole.

Dejo caer la cabeza hacia adelante cuando comienza a hundirse en mí. Aprieto los dedos sobre su pecho y tomo aire, respiro su aliento, jadeo sobre su boca. Está muy duro y es grande, pero estoy muy excitado y la lubricación hace su trabajo. Desearía dejarme caer, pero tengo que contener la tentación. Lentamente, voy enterrándole en mí. Cuando llego al final, aprieto las caderas contra su cuerpo y libero un gemido de alivio.

Abro los ojos y le miro entre los párpados entreabiertos. Él está jadeando sofocadamente. Su mirada me provoca un escalofrío, y arqueo la espalda para llevarle más adentro con un segundo gemido abandonado.

—Ahora sí... —murmuro antes de besarle y comenzar a moverme sobre su cuerpo.

Si creía que su boca era desquiciante, esto es peor. Por dios, ¿cómo puede pedirme que espere? ¿Y cómo estoy consiguiendo yo obedecer? Me cerca su interior, estrecho y ardiente. Está más caliente que nada que pueda recordar, y mucho más apretado, tanto que apenas puedo respirar debido a la intensidad del placer.

Le agarro por las caderas cuando empieza a moverse y le muerdo

los labios, dándole lengüetazos al intentar besarle en condiciones, pero ni a eso atino. Por dios. ¿Esto qué es? Cada vez que mueve las caderas es como si me sacudieran cien latigazos, y no de los desagradables. Y eso que oigo son mis propios gruñidos. Apenas puedo verle porque tengo los ojos entrecerrados. Al final acabo por rendirme; los cierro del todo y me dejo caer contra el cabecero de la cama, cerrando los dedos furiosamente en sus nalgas mientras él me monta a su ritmo y mi pelvis se mueve por puro reflejo, incrustándome dentro y fuera del angosto canal.

Esto es la hostia. La puta hostia.

—Sí... sí, joder. Sigue. No pares. —Sé que no va a parar, pero es lo único que soy capaz de decir entre los jadeos atropellados y los gemidos graves. Me cuesta respirar y mis músculos se tensan por sí solos, arqueo la espalda y me anco con determinación, conteniendo las oleadas para no liarla tan pronto—. No pares. No pares.

En un arrebato le agarro del pelo y vuelvo a besarle, devorando sus labios ahora con más seguridad mientras trato de calmarme.

Tras la primera impresión, mi polla se recupera lo suficiente. Por un momento creía que iba a correrme nada más empezar, pero he conseguido aguantar.

Poco a poco me voy acostumbrando al calor enloquecedor y a la férrea presa de sus entrañas, al menos lo suficiente para hacer una actuación digna. Le miro a los ojos y deslizo la mano por su espalda, que empieza a estar húmeda. Él no para de gemir y jadear. Tiene los labios entreabiertos y se mueve contra mi cuerpo, totalmente entregado.

Le sujeto del trasero y le levanto un poco para salir hasta la mitad, y luego le empujo hacia mí, embistiendo con las caderas de forma ruda pero controlada. No quiero hacerle daño, ni hacerme daño yo. Pero quiero que lo sienta dentro, que lo sienta con fuerza. El movimiento me sacude con un calambrazo de placer aun más potente.

—¿Te gusta así? —aciento a murmurar, embriagado.

Por dios, que diga que sí. Que diga que sí.

Esa embestida ruda y repentina me arranca un gemido más fuerte. Me muerdo los labios y abro los ojos para mirarle. El pelo me cae delante de la cara, se me pega a la piel. El sudor está despertando, y siento las gotas deslizarse por mi espalda. Estoy embriagado... lleno de él, y no es suficiente, no puedo dejar de moverme, de ir a su encuentro. Le clavo las uñas en el pecho, donde he apoyado ambas manos para impulsarme.

—Sí... sí. Sí —jadeo sobre su boca, sin dejar de moverme. Me está transformando. Otra vez. No, me está invocando desde las profundidades, liberándome del todo, dándole forma a mis deseos con sus manos, con su voz... con todo su cuerpo. Y ya no sé ni lo que le digo entre susurros—. Fóllame... Draven, fóllame.

Lo que nunca me había atrevido a imaginar está sucediendo. Y se lo estoy pidiendo. Es mi voz la que le ruega, mientras mi cuerpo se contrae, anhelante. Estoy en sus manos ahora, estoy colocado de su olor, de su tacto, del sabor de su sangre en mi boca. Pero quiero más. Lo quiero todo.

Creo que nunca voy a olvidar lo que estoy viendo. Está sobre mí y su pelo se balancea cuando se mueve. Su pecho y su vientre parecen de marfil aquí en la penumbra, tiene el ceño fruncido y los ojos brillantes de deseo y placer. Le suelto un momento para tocarle los labios y meterle un dedo en la boca, acariciarle la lengua. Mi polla está dura como una barra de acero, tanto que casi me duele, cada movimiento suyo me lleva más lejos y barre la poca razón que me queda. Si es que me queda.

No puedo pensar. Fóllame, Draven, fóllame. Eso ha dicho. Le empujo con mi cuerpo en un giro inesperado y le hago caer de espaldas sobre el colchón. Estoy respirando como si me faltara el aire. Me elevo sobre las rodillas, encajado entre sus piernas, levanto una de ellas para echármela al hombro y le agarro de las caderas, alzándolas, para embestirle.

Fóllame, Draven. Lo voy a hacer. Lo estoy haciendo.

—¡Dios, sí!

Le oigo gritar, gritar de placer.

Cierro los ojos, perdido y borracho a causa de las sensaciones. El mundo se ha convertido en un lugar muy pequeño. Solo existe su cuerpo, sus gritos cada vez más altos y más abandonados, su carne apretada alrededor de mi polla, nuestras respiraciones desacompañadas, la carne, el sudor. No puedo parar. Tiro de él para hundirme hasta el fondo y suelto un brusco quejido. Él gime más fuerte. Le agarro la polla y empiezo a masturbarle mientras balanceo las caderas mecánicamente, como un puto animal, sin otro sentido que el

ritmo, la potencia, sin otro objetivo que llegar al final de este camino por el que me precipito, sudando y desesperado.

Todo mi cuerpo está tenso, siento los abdominales hechos un nudo. Me rearmo de energías para emprender la última carrera, tendiéndome sobre él, con un brazo flexionado bajo su rodilla para mantenerle la pierna en mi hombro y facilitarme el acceso y el otro codo apoyado en el colchón, los dedos aferrados a su pelo, que ahora se abre sobre la almohada. Pongo mi boca sobre la suya mientras le penetro con rápidas y profundas estocadas, frotando mi cuerpo contra el suyo.

Me voy a correr. Me voy a correr y no voy a poder evitarlo.

—Evan... —digo su nombre y una gota de sudor me cae desde la frente sobre la suya. Se la limpio con un gesto tembloroso, sin parar de moverme—. Mirame. Mirame a los ojos... quiero ver cómo te corres. Córrete para mí.

La tensión me estrangula. El orgasmo me está empujando y no sé ni cómo lo estoy conteniendo. Él se agita como un reptil, exhalando suaves quejidos lastimeros, temblando de placer. Verle me hace aun más difícil la contención, una contención que no quiero imponerme, pero lo hago por él.

—Me... me voy a...

—Sí. Sí. Hazlo.

—Dios... Draven voy a... ¡Ah!

Se tensa, arqueándose como si fuera a romperse. Su rostro se distiende en una mueca de éxtasis. Dios. Es tan...

Se contrae por dentro como un cepo, arrancándome una brusca exclamación. Me encojo y le embisto, clavándosela todo lo hondo que puedo.

—¡Chris!

—Evan...

El orgasmo nos golpea a la vez como una bola de demolición.

Y ya no sé nada.

Creo que nunca he sido tan consciente de mí, de mi cuerpo, del placer y del cuerpo de nadie. Su piel al contacto con la mía es como una extensión de mí mismo. Le siento contraerse, hundirse con firmeza en mi cuerpo, llenarme por completo... *poseerme*.

Su voz me lame por dentro, y ya no puedo.

Su fuerte embestida dispara el relámpago por mis nervios. Me arqueo y me agito, y se me rompe el gemido entre los labios. Digo su nombre. Él dice el mío. Me agarro a él con fuerza al contraerme y el relámpago blanco, punzante, me corta la respiración cuando me corro. Noto el líquido caliente salpicar nuestros vientres. Y le siento a él latir dentro de mí, llenándome.

Hundo las manos en su pelo, desesperado. Se me pega a los dedos. Estamos cubiertos de sudor. Le miro, moviéndome bajo su cuerpo. Todo da vueltas. Aún me estoy corriendo. Vuelvo a besarle, mientras la tensión se diluye en espasmos intensos. Un beso desmadejado, de labios temblorosos y aliento ahogado.

Y despacio, mis dedos se abren en sus cabellos, y me abrazo a su cuerpo caliente como una llama, deshecho en gemidos y jadeos mientras el orgasmo me arrastra muy lejos.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que soy capaz de volver en mí. Cuando lo hago, mis músculos se destensan de golpe y prácticamente me derrumbo sobre su cuerpo, luchando por recuperar el aliento.

¿Qué coño ha sido esto? ¿Esto es lo que hacen los maricas? No me extraña que tengan fama de fiesteros y de felices, joder. Ya ni me duelen los golpes de la pelea.

Le rodeo con un brazo, dejando que mi piel respire, que mi cuerpo vuelva a mí, o yo a mi cuerpo, porque esto ha sido flipante.

El tiempo se ha vuelto raro. Parece existir solo a ratos. Hace un momento se había parado, pero ahora de nuevo los segundos pasan.

Me limpio el sudor con el brazo y le quito un par de manchas de sangre de la cara con mis dedos. Tengo la sensación de que estoy ensuciándole todo el tiempo, pero él me agarra como si fuera cualquier cosa menos sucio. Sus labios se aprietan contra los míos y me besa. Exhalo un suspiro de satisfacción y le devuelvo el beso, degustándole con tranquilidad mientras me aparto de encima de él, girando sobre el costado. Me agarro la polla y salgo de su interior, exhalando un gemido en su boca. El condón está empapado de lubricante y pesa lo suyo. He debido soltar ahí hasta el alma.

—¿Esto es así siempre? —le pregunto.

Evan parece tranquilo y satisfecho. Me mira con una calidez que me

pone tonto perdido. Luego sonrío. ¿Por qué es tan guapo?

—No... —Se apoya en el codo y me quita el condón, arrancándome un quejido. Estoy sensible y agotado. Pero... no tan agotado, en realidad—. No para mí, al menos.

—¿Eso qué quiere decir?

Vuelve a moverse por encima de mí. Su pelo me roza las mejillas. Alarga la mano buscando algo en el cajón. Cuando se echa sobre mí, le rodeo con el brazo y le miro con hambre. Él se ríe por lo bajo. Me pone un cigarro en la boca y lo enciende.

—Bueno pues... quiere decir que nunca he estado con nadie como tú.

Coge otro cigarro para él y se acerca para encenderlo en la brasa del mío. Dios, me lo tiraba otra vez.

—Y además, nunca dejo a nadie fumar en mi cama.

Levanto la ceja y aprovecho para guardarme el armamento. Aún llevo puestos los pantalones y las botas, le he debido manchar la cama de sangre y de polvo. Estoy húmedo de sudor y tengo la marca de sus uñas en el pecho y en la espalda. Y le estoy mirando fijamente.

—Me puedo imaginar que nunca hayas estado con alguien como yo. Me parece que no soy muy tu tipo, ¿no?

—Eres distinto a los demás, sí.

Él me sonrío como un duende travieso. Yo le dedico mi mejor sonrisa de perro loco y cruzo las piernas con descaro, mirándole de arriba a abajo.

—Pues yo creo que tú sí eres mi tipo.

Se ríe, y su risa es el contrapunto perfecto. Le agarro y tiro de él para ponérmelo encima. Le miro, le peino los cabellos y luego vuelvo a besarle lenta y concienzudamente. Creo que besarle esa noche en casa de Crowley es lo mejor que he hecho con mi vida desde que firmé con Masters of Darkness. Podría acostumbrarme a esto, pienso. Asu voz aterciopelada, a sus ojos brillantes, a su sonrisa. Me gusta cómo le brillan los ojos ahora, cuando terminamos de besarnos y me mira como si yo fuera lo puto mejor. Ya ves. Muy fuerte.

Podría acostumbrarme a su cuerpo y a estos polvos intensos, a sus miraditas y a su ropa de gótico. ¿Podría acostumbrarse él a mí? ¿Será eso lo que quiere? La verdad es que no tengo ni puta idea, y no quiero pensar en mañana. Ni en mañana, ni en después... ni en lo que significa esto, ni en si soy marica, bisexual o un vicioso sin más. Cuando miro a Grimm ahora, siento cosas agradables y cálidas, y me encuentro muy tranquilo, sin esa ansiedad desesperada que parece estar empujándome siempre.

Mirándole ahora, teniéndole en mis brazos, me siento bien.

—¿Quieres que me vaya? —pregunto de pronto.

Él hace un gesto de sorpresa. Sí, soy imbécil. No sé por qué pregunto.

—Claro que no. Ya te dije que no quiero que te vayas... —Parece dudar un momento y su mirada se vuelve un poco fría. Es como si se alejara—. ¿Quieres irte tú?

—No. No quiero irme. Me quiero quedar toda la noche contigo.

Toda la noche, por lo menos.

Aún parece algo distante a pesar de todo. No sé por qué. ¿Habré dicho algo chungo otra vez? Levanto la mano para acariciarle la mejilla.

—En algún momento tendré que irme a casa, Evan. Pero no quiero decir que... —Dios, otra vez las palabras—. Mira, las cosas ya no van a ser como antes, nunca. Me gustas y lo digo en serio, ¿ok?

—Sí, sí. Está bien. —Él sonríe y las sombras de su mirada parecen disiparse—. Lo he entendido.

Suspiro con alivio. Él apoya la cabeza en mi pecho y camina con dos dedos sobre mi brazo, luego me dibuja los tatuajes con las yemas.

—Estoy sucio y creo que te he manchado a ti también. Y tu cama — le digo a media voz, soltando el humo por la nariz.

—No me importa... pero si estás incómodo y quieres darte una ducha...

—No. ¿No te da morbo tirarte a un tío sucio y ensangrentado?

Levanta la vista, vuelve a sonreír como un duende. Intercambiamos una mirada cómplice. Apago el cigarro y él aplasta el suyo en el cenicero y vuelvo a revolcarlo sobre las sábanas, ahogando su risa con mi lengua, hundiéndome de nuevo en ese universo líquido y caliente. No quiero pensar en mañana, no quiero pensar en nada más, en nadie más. Solo quiero otro viaje, y otro más, hasta que se me acabe el tiempo.

CAPÍTULO 5

Everything will be OK

*Am I the one
when you think twice?*

*Am I precious,
Am I pretty in your eyes?*

Hacia mucho tiempo que no sonábamos como lo estamos haciendo hoy.

Es más, creo que nunca hemos sonado así. Todos sabemos tocar bien nuestro instrumento, y algunos más, y siempre hemos sido impecables en la ejecución. No es solo que Crowley pusiera cuidado al escoger a cada miembro de la banda, es que encajamos como las piezas de un puzzle, y todos nos hemos esforzado por hacerlo, por estar cada uno en su lugar y dar lo mejor de sí. Han sido varios años, muchas horas de estudio y ensayos, y muchísimos conciertos. Tenemos un rodaje nada desdeñable, aunque claro, todo depende de con quién nos comparen. Y llevamos sonando bien casi desde el inicio, desde que nos tomamos la medida y nos adaptamos los unos a los otros.

Pero lo de hoy está siendo excepcional.

Demona tiene la camiseta pegada al cuerpo por el sudor y parece poseída mientras golpea la batería con las baquetas, marcando un compás desenfrenado con el doble pedal. Hay algo salvaje en ella

cuando toca, como cuando lo hace en los conciertos, algo primitivo que me recuerda a ritos ancestrales y brujos en trance bailando alrededor de las hogueras. Ash está a su lado y toca con los ojos cerrados, sacudiéndose al ritmo de la música, arqueándose cuando rasga la guitarra a una velocidad endiablada y sonriendo a veces como un perturbado.

Crowley está cantando con la voz desgarrada, agitando la melena y agarrando el pie del micrófono. A veces lo aprieta como si estuviera estrangulándolo, otras lo agita en el aire o se lo pega al cuerpo con un gesto que resulta casi obsceno. Nada de eso es nuevo en él, pero todo ha cambiado. No sé qué es exactamente, algo en el color de su voz, algo en la entonación, en su propia expresión, algo que nos contagia desde que arrancamos. Estamos tocando *Hymn for the filthy souls*, es el séptimo tema del tracklist de *Dirty Rats*, y no hemos hecho pausas entre las canciones. Apenas nos hemos dado un respiro, como si la propia música y el ambiente que se ha generado en la sala nos bastase para alimentar las energías.

Crowley siempre ha tenido una capacidad innata para afectar a la atmósfera de los lugares en los que está. Es algo que explota en los conciertos, donde el público enloquece y baila a su son, pero entre nosotros siempre ha sido algo evidente, y más natural. Si Crowley está alterado, todos acabamos alterados, o tensos. Si Crowley está cabreado todo estalla por los aires en algún momento. Es como si le envolviese un aura difícil de ignorar, que afecta de alguna manera a las del resto. Y desde que ha vuelto de París, esa especie de aura es una oleada enérgica y creativa. Se expande y se expresa sin miedo, y nos toca a todos cuando estamos juntos.

Alexandra ha vuelto con él, y todos sabemos que ella ha tenido que ver en esto.

Los meses posteriores a su partida, la cosa se había puesto tan fea con Crowley que en algún momento llegué a temer que Masters of Darkness hubiera terminado para siempre. No importaba lo mucho que nos esforzásemos los demás en reflotarlo, en apoyar a Crowley y sacarle del pozo en el que se había metido. Fue muy frustrante ver cómo todos los intentos acababan en nada, o hacían el efecto contrario al que pretendíamos, y el desánimo comenzó a contagiarse a toda la banda. Demona estaba cada vez más alterada, los roces con Draven fueron continuos, e incluso Ash y yo, que sabemos tratar con más sutilidad al jefe, recibimos nuestra parte de desplantes y broncas. Cuando Elathan acudió a socorrernos, las cosas empezaron a cobrar cierto orden y supimos que todo se iba a calmar. Luego decidieron irse a París, y fue en parte un alivio para todos nosotros. Seguimos trabajando, un poco a la expectativa, pero desde que vimos aquella rueda de prensa que dio desde el Ritz, en lugar de acojonarnos, supimos que Masters of Darkness volvía, y que lo iba a hacer como nunca.

El jefe ha regresado de París, lo ha hecho con dos dedos entablillados y con su chica del brazo, y parece otra persona. Ella está hoy en el ensayo y está produciéndose esa química, esa magia que ocurre cuando están juntos. Tienen eso en común, un aura especial que lo invade todo y lo hace vibrar. Ese hechizo que nos afectó a todos aquella noche, ya lejana, en la que Alexandra bailaba en la barra y Draven me besó. Ella lo ha cambiado a él, y eso nos está cambiando a todos como equipo. Aunque hay más.

Mientras toco, miro de vez en cuando a Draven y cazo sus miradas cómplices.

Está frente a mí, al otro lado del teclado, y sus ojos de lobo, de perro enloquecido, se fijan en mí a veces, me provocan escalofríos y me hacen sentir parte de una caza secreta en la que nunca tenemos claro quién es el cazador, y quién la presa. A veces grita los estribillos con voz gutural y enseña los dientes, agita la larga melena, que se le pega al cuello y a la cara. Ni recordarle en la cama me desconcentra, eso solo hace que toque con más ganas, que mis dedos vuelen sobre el teclado y doten a la música de una energía especial, más agresiva, más expresiva.

Él también ha cambiado. No ha sido nada radical, no como lo de Crowley, pero lo ha hecho. De alguna manera, se ha centrado. Incluso en los peores momentos del jefe, Draven no perdió el control. No ha vuelto a fallar a un solo ensayo, y aunque siempre haya estado implicado con el grupo, ahora me parece algo más sólido, como si se hubiera reafirmado en su papel y su importancia para nosotros. La ausencia de Crowley no le ha venido mal, y de hecho ha sido él quien ha tomado las riendas de alguna manera en los ensayos y en las primeras pruebas de las nuevas composiciones. Después de esta tormenta, tengo la impresión de que todos hemos salido fortalecidos, y es que las crisis, si no nos destruyen, siempre nos hacen crecer.

Así que me siento bastante satisfecho... en general.

Supongo.

Las cosas están yendo bien. Realmente bien. Han sido siete meses, más o menos, desde que Chris y yo... bueno, nos liamos. Y ese

es el problema. No que nos liáramos, ni que sigamos haciéndolo, eso es maravilloso.

El problema es que no sé definir nuestra relación.

No sé qué demonios somos. ¿Follamigos? No, él no me mira como si fuera su follamigo, eso es algo más simple y... vulgar, que lo que nosotros tenemos. Un follamigo no llega por sorpresa a tu casa un jueves por la noche, sin venir a cuento, y te trae un vinilo de The Cure que llevabas meses buscando porque lo ha encontrado en la tienda de discos y ha pensado en ti. Un follamigo no termina esa noche abrazándote, sudoroso y agotado, dispuesto a quedarse ahí hasta que salga el sol, mirándote como si fueras la única estrella que le importa en el firmamento. Un follamigo no aprovecha la menor oportunidad para besarte en el fumadero, en la cocina, cuando nadie nos ve. No te encierra en el baño para magrearte ni para decirte guarradas al oído, y tampoco te dice lo guapo y diferente que eres, ni lo mucho que le pones. No te dice que le gustas, y lo repite hasta la saciedad. No... y tampoco te mira con esa necesidad, ni te toca con el cuidado del que toca algo sagrado mientras estás en el sofá...

No es eso lo que somos. Pero no sé lo que somos, y eso me perturba. Me inquieta.

He intentado hablar con él, hace apenas una semana. Vino a mi casa a ensayar, últimamente lo hace. Viene con el bajo y toca conmigo, a veces nos sentamos frente al piano y le enseño algunos trucos, o tocamos a cuatro manos. O a tres, como dice él, porque se considera un manco tocando el piano. Aproveché un momento de silencio, en el que nos habíamos rozado las manos y se me cerró el nudo en la garganta

otra vez, como si volviéramos a estar en el principio.

Siempre tengo la impresión de que las cosas con él pueden terminar en cualquier momento. Eso lo vuelve todo más intenso... pero también me provoca una ansiedad angustiosa, una inseguridad que necesito resolver para vivir esto plenamente. Pensé que era un momento tan bueno como cualquier otro para pedirle una cita normal... una cita de, ya sabéis, de novios. Hacer algo que no fuera vernos en mi casa, o a escondidas en casa de Crowley.

—Oye, Chris... Me gustaría salir contigo esta noche. —En siete meses, la segunda vez que le pedía salir.

Draven apartó las manos del piano y me miró. Esbozó una sonrisa ligera.

—Hay un concierto en el Infierno, podemos ir y tomarnos algo con los colegas y...

—No, no me refiero a eso. Me refiero a tú y yo solos, sin colegas ni... conciertos.

Salir con él a los garitos que solíamos rondar, con el resto de nuestros amigos, era algo que estaba empezando a joderme. Que de hecho, me está jodiendo. Le estoy dando tiempo porque sé que lo necesita, pero a veces hay cosas que me devuelven al mar de dudas de los inicios, y es que le he visto flirtear con tías en los locales. Le he visto incluso besarse y luego desaparecer con ellas, y es algo que me destroza. No sé si se las folla o no. No sé si lo hace por mantener su fachada, si lo necesita para reafirmarse ante los demás, y no se lo he preguntado. Soy gilipollas, y no lo he hecho. Cuando lo he intentado siempre ha hecho algo que me devuelve la seguridad en lo que siente,

y no sé cómo coño planteárselo. Porque además, no somos nada. No sé si tengo derecho siquiera a preguntar. Esta maldita indefinición que no puedo solventar me tiene inmóvil por... por puro miedo, supongo. Me da miedo agobiarle y que se largue, pedirle algo serio y que no lo quiera como yo lo quiero.

—Ah, claro. Tú y yo. —Algo cambió en su mirada, y la desvió. Sacó el móvil del bolsillo y miró la hora—. Esta noche lo vemos, ¿ok? Tengo que pasar por el taller, la Indian ha estado haciendo cosas raras y voy a ir antes de que cierren.

Esa noche no vimos nada. Draven no me había mentido, porque al día siguiente vino con otra moto al ensayo, pero nada más se supo sobre la cita, y yo decidí no volver a sacar el tema. A veces me siento ridículo, colgado por él como una colegiala, capaz de tragarme los celos y la frustración por arañar un minuto más a su lado.

Y lo peor es que en el fondo, creo que estoy seguro de que él siente lo mismo por mí. De que no podría soportar verme con otros. Si tuviera estómago para eso le pondría a prueba, me liaría con otros delante de su cara. Pero soy incapaz. Sé que Draven no finge, jamás lo hace, y no puede fingir lo que no siente. No quiero hacerle daño a conciencia.

La canción termina. Y él me mira, se lame los labios y sonríe con el fuego en los ojos. Pero no se acerca. No lo hará, nunca lo hace cuando los demás están delante. Y de alguna manera eso me vuelve a mí discordante. A veces. Cuando lo pienso.

—De puta madre, tíos —suelta Crowley al terminar, apartándose el pelo de la cara. Tiene la respiración acelerada, y sonríe. Se acerca a

su chica para besarla y se vuelve hacia nosotros—. Vamos a tomarnos un descanso de media hora.

El jefe le roba el cigarro a Alexandra de la boca y sale al jardín, secándose la cara con una toalla. Ash y Demona se van al salón, hablando excitadamente entre ellos. Draven me mira mientras bebe del botellín de agua que tenía sobre el teclado y me guiña un ojo antes de ir tras Crowley a fumarse un cigarro.

Alexandra se ha quedado sentada en el sillón, con las piernas cruzadas y esa mirada de bruja. No me refiero a ella como una bruja en plan despectivo, es que parece que pueda leerme la mente, y me inquieta que pueda hacerlo, así que me levanto e intento escaquearme.

—Grimm, ¿por qué no te sientas conmigo un rato?

No va a poder ser.

Alexandra siempre ha sido amable conmigo, desde que llegó aquí la primera vez. No es que no lo sea con los demás, pero trata a cada cual como se merece. Ash y Draven se pusieron muy babosos con ella al principio, así que les ata en corto. Con Demona se lleva genial, y creo que conmigo también. Hemos hablado mucho, al menos. No de nuestros sentimientos, pero sí de intereses comunes, y siempre han sido conversaciones agradables y largas. Pero esta vez creo que va a ser distinto, porque ha visto cómo Chris me guiñaba el ojo y... en fin. Esto tenía que pasar antes o después.

Así que me siento a su lado, dispuesto a negar todo lo que diga y a hacerme el tonto, algo que siempre se me ha dado bien.

—Parece que os están yendo bien las cosas, ¿no?

—¿Aqué te refieres?

—A Draven y a ti.

Me da un vuelco el corazón. Aunque ya me lo esperase, oír nuestros dos nombres juntos en boca de una tercera persona es emocionante y aterrador al mismo tiempo. Finjo lo mejor que puedo, levantando la ceja y mirándola con mi mejor cara de perplejidad.

—¿Cómo? Creo que te estás confundiendo.

Ella se ríe, los ojos verdes relumbran, burlones.

—Lo que tú digas, pero él te mira como si fuera a comerte en cualquier momento. Y no te molestes en negarlo, conozco esas miradas. Sé lo que significan.

—¿Y qué significan? —No debería preguntar, debería callarme la boca.

—Hambre de algo que ya se ha probado.

Espero que el calor que siento en las mejillas no delate que me he sonrojado como un idiota, porque entonces toda esta farsa se va a ir al infierno... si es que tiene algún sentido mantenerla. A Alexandra es difícil esconderle las cosas, si no que se lo digan a Crowley.

—Lo que pasó en esa fiesta solo fue producto del calentón, nada más. Draven es hetero, y yo...

—No pretendo inmiscuirme en tu vida —me corta ella. Pero lo hace con tanta elegancia y suavidad que ni me molesta—. Ni en la suya. Solo te ofrezco alguien con quien hablar. —Hace una pausa, como si

esperase que sus palabras tuvieran algún efecto—. No creo que Ash pueda mantener la atención en la misma cosa más de veinte segundos, ¿no? Y Demona no lo entendería. Con Draven no vas a hablar, obviamente. Y Crowley te impone demasiado respeto en cuanto a asuntos personales. Pero puedes hablar conmigo, si quieres.

Trago saliva.

—No sé por qué crees que necesito hablar con alguien.

No estoy a la defensiva pero me preocupa lo que ella haya podido ver. Tal vez se me está notando algo. Tal vez se me está notando *todo*. Alex se ladea en el sofá y se inclina hacia mí con complicidad. Me llega el olor de su perfume caro.

—Porque nunca me has parecido un tío apocado. Y a veces, cuando miras a Draven y él no se da cuenta, tus ojos se apagan, como si algo te estuviera haciendo sufrir. Algo irresuelto. —Casi aguanto la respiración al oír sus palabras. A esto me refiero con lo de bruja. Es escalofriante la forma en que parece capaz de leer mis pensamientos y expresarlos mejor que yo mismo, como si los entendiera por completo —. Alo mejor no es algo tan grave. Seguro que tiene solución... pero a veces, para encontrar la solución a los problemas hace falta sacarlos afuera y ponerlos en palabras.

Al final acabo rindiéndome. Suspiro y dejo caer los hombros, pasándome la mano por el pelo.

—No es fácil hablar de ello.

—¿Y por eso no lo vas a hacer? ¿Porque no es fácil?

Me hace fruncir el ceño, y ahora, lo que dice actúa como un

revulsivo. No soy apocado y no soy un cobarde.

—Hace medio año que nos estamos enrollando. —Pues no era tan difícil. Aún siento calor en las mejillas, pero la presión en el pecho, que no he notado hasta ahora, comienza a liberarse poco a poco. La miro —. No es que haya pasado nada malo... Yo le gusto y él a mí y... es genial, pero no sé qué quiere Draven exactamente, ni hasta dónde está dispuesto a llegar. Él nunca ha... ¿sabes? —qué va a saber, Evan. La miro y trago saliva, consciente de lo inseguro que sueno, pero es que nunca he hablado de esto con nadie—. Sé que necesita tiempo, hasta que ocurrió eso ni siquiera había mirado a ningún tío, y estas cosas cuestan... pero no sé si él quiere lo mismo que yo.

—¿Seis meses te parecen poco tiempo?

—No. Bueno, no lo sé. A veces no sé cómo actuar con él. He intentado hablarlo pero... siempre rehúye esa conversación, es como si la oliera de lejos. Y siempre me acaba liando y... ya no sé cómo hacerlo, la verdad.

Durante un momento, ella no dice nada, mirando hacia la cristalera que da acceso al jardín. Allí, Ash, Draven y Crowley están fumando y hablando de vete a saber qué. Demona está un poco más allá, jugando con los gatos. Hace sol y todos quieren aprovecharlo, tanto los animales como las personas. A Alex y a mí nos gusta más estar a la sombra.

—¿Quieres saber mi opinión?

Asiento con la cabeza.

—Coge el toro por los cuernos y no dejes que te esquite más. Tú

necesitas saber a qué atenerte. Es lo más normal del mundo. Draven tiene que aceptarlo y ser serio con esto, pensarlo bien y decidir qué es lo que quiere. No tengas miedo de perderle, piensa lo siguiente: si él sólo quiere hacer el gilipollas, tú estás perdiendo algo mucho más importante, tu tiempo. Tiempo de tu vida para encontrar a la persona apropiada. —Lo que dice no me anima, no quiero pensar en esa opción—. Por mucho que Draven te guste, si no es la persona adecuada para llenar tu corazoncito de gótico, entonces es mejor que lo sepas cuanto antes. —Se encoge de hombros y se echa hacia atrás en el sofá, abriendo los brazos en el respaldo y agitando el cabello con el estilazo propio de una estrella de cine—. La verdad siempre nos hace libres.

—No, si tienes razón... pero...

Pero estoy acojonado, esa es la verdad. No hay nada más duro que pedirle a alguien lo que tu corazón necesita y que te rechace. Es peor aun que el primer rechazo, el de no gustarle al otro. Me estoy mordiendo el labio nerviosamente cuando Alexandra me pone la mano en la pierna.

—Hay personas que necesitan estar al límite para aceptar lo que de verdad quieren, ¿sabes? Reconozco que yo también soy de esas.

La miro extrañado.

—Pues no lo pareces.

—Porque engaño mucho —dice, riéndose entre dientes—. Si tienes que poner a Draven al límite, hazlo. Ese tío está loco por ti, lo que no es seguro es que se haya dado cuenta aún.

—No puedes saber eso —le digo amargamente.

—Sí lo sé, y tú también.

—¿Cómo estás tan segura?

—Es Draven. Draven, el chalado, el hetero, el promiscuo, el que es incapaz de ser constante con nada excepto con la música. Y lleva medio año acostándose contigo. Medio año, Grimm. No sé qué más pruebas necesitas.

Ahora sí me anima. Y es que lo que Alexandra dice es cierto.

Nunca he visto a Draven irse con la misma tía dos veces. Nunca. Y le he visto irse con muchas. De hecho, siempre se ha jactado de eso, de follar mucho y no repetir. Sé que no es constante, en muchas cosas, y que vive al límite, exprimiendo los momentos y pasando a otros que puedan calmar su ansia por la vida. Y al pensar en eso le recuerdo en mi cama, le recuerdo cada vez que me asalta, como si nunca tuviera suficiente cuando está conmigo. Su fuego no ha disminuido, creo que con el tiempo se ha vuelto más intenso... no es esa llamarada explosiva que no deja nada al apagarse, y necesita nuevo combustible. Y también le recuerdo de otro modo. Le recuerdo tranquilo. Nunca le había visto tranquilo hasta que empezamos a acostarnos y a... bueno, a vernos. Y es que a veces se queda tumbado en la cama, fumando, con la mirada perdida y muy relajado, divagando en voz alta. Y haciendo preguntas. Me hace muchas preguntas, como si creyera que yo tengo la respuesta a todo. «¿Crees que los que hicieron la Pepsi le robaron la receta a los de la Coca-Cola? ¿Los pájaros vuelan porque pesan poco? ¿Se puede ser medio marica? ¿Qué crees que soy yo? ¿Soy bisexual o marica? ¿Crees que me

quedarían bien unas botas de vaquero? ¿Te parecen horteras? ¿Y unos botines?».

Nunca he visto a Draven tranquilo. Solo se calma cuando estamos juntos. Eso tiene que significar algo, ¿no?

Sí. Alexandra tiene razón, joder. No le gusto, esto no es gustar. Está loco por mí, como yo lo estoy por él, y eso me da nuevas fuerzas. Miro a Draven a través de la cristalera, está hablando animadamente con Crowley, haciendo gestos al aire como si estuviera tocando algo, y en mi estómago se agita una nueva ansiedad.

—Creo que sé lo que voy a hacer... —Miro a Alexandra, y la inseguridad se esfuma—. A veces necesitamos un espejo para ver las cosas.

Lo de llegar tarde debe ser una cosa genética. Una enfermedad en la sangre o algo así. Da igual lo que haga, ser puntual me cuesta un cojón. Siempre que estoy listo a la hora, me surge algo en el último momento, o no encuentro las llaves, o se me jode la moto. Hoy ha sido mi madre llamando por teléfono. Dice que si voy a ir a casa por Acción de Gracias este año. Yo le he dicho que sí, pero creo que voy a tener que hablarlo con Crowley porque no sé qué plan tiene él. La verdad es que debería haber esperado a hablar con el jefe antes de decirle nada, pero ahora ya no lo puedo arreglar.

Estoy pensando en esto mientras conduzco desde mi casa hasta el centro. Voy a ver a Evan, me ha llamado para que le acerque un libro de fotos de Led Zeppelin que me prestó hace como dos meses. Menos mal que me recuerda estas cosas, porque a mí se me va de la cabeza.

Aunque soy fácil de estafar. No tengo muy claro qué cosas son mías, así que si me dijera que le devolviera los vaqueros que llevo puestos porque son suyos, me lo tragaría.

Y hablando de Evan, mi madre me ha preguntado que si voy a traer a alguna chica a cenar este año y le he dicho que no, y ya de paso, le he soltado que estoy viéndome con un tío. No lo tenía preparado ni nada. Me ha salido así, sin más. Ella ha reaccionado bastante bien. Bueno, ni bien ni mal. Normal. Me ha dicho: «Ah, genial, ¿y va a venir a cenar?». Ya le he dicho que no lo sé, que supongo que él tendrá sus compromisos, pero que no lo hemos hablado. «Bueno, ya me contarás».

Ahí ha quedado la cosa.

Mis padres son bastante progres, así que tampoco me he esforzado en ocultarles nada. En realidad, si no he mencionado el tema antes ha sido porque no se ha dado el caso. Mis hermanos, no sé. John es un poco rancio con esas cosas. Lily seguro que se lo tomaría bien.

Así que tendré que preguntárselo. Evan no habla mucho de su familia. ¿Tendrá planes para noviembre? Creo que estaría bien poder pasar unos días juntos.

Ya hace siete meses que soy medio marica, y la verdad es que no es para tanto.

No me siento diferente, aparte de que Evan me pone como una moto y que ya no le veo tanta gracia a tontear con nadie más. No es solo con las chicas, es que tampoco he encontrado ningún otro tío que me guste. Así que igual soy bisexual. O Evansexual, porque lo que me pasa con él es de otra puta galaxia. No recuerdo haber tenido polvos

tan buenos en toda mi vida, ni ponerme tan salido, ni enganchar unos con otros de esa forma...

Lo de estos últimos meses no está siendo normal. Y eso que yo pensaba que la cosa iría aflojando, pero qué va. Al revés. Voy cada día más cachondo. Pero bueno, no es solo eso. El tiempo que paso con él es el mejor de cada día, y si no voy más a su casa es por no agobiarle, y porque sé que le mola mantener su independencia, y el orden, y esas movidas. Las caras que pone cuando le cambio algo de sitio sin querer... je.

Al recordarlo se me escapa una risilla. Me pongo serio porque parezco subnormal, aquí parado en el semáforo y riéndome yo solo.

Además de mi nuevo mariconismo, ha habido otras novedades. Lily solucionó su problema mandando al novio a paseo y ha vuelto a casa. Crowley también regresó y se trajo a Alexandra de vuelta. Por lo visto son pareja oficial, y las cosas con el grupo van muy bien. Yo ahora paso más tiempo trasteando y componiendo. No sé por qué, desde hace un tiempo tengo una inquietud rara en el estómago. No es el hambre obsesiva que me ha acompañado hasta ahora, es como si todo eso se hubiera vuelto de pronto más concreto, y ya no solo quiero ponerme delante del público y gritar. Ahora quiero ponerme delante del público y gritar mis propias palabras.

Nunca me he llevado muy bien con las palabras, como ya ha quedado demostrado, pero desde que me estoy viendo con Evan, estoy aprendiendo mucho. Le observo siempre y me fijo en cómo hace las cosas, y en cómo habla. Eso me está ayudando a pensar mejor, a entenderme mejor y a encontrar caminos más claros hacia el lugar al

que quiero llegar. ¿Veis? Yo hace seis meses no habría sido capaz de pensar esto. Si es que...

Así que las cosas van de puta madre. No me puedo quejar.

Lo único que cambiaría es que borraría del mapa al imbécil de Henry.

¿Os acordáis de Henry? ¿No? Pues yo tampoco me acordaba de él hasta que Evan empezó a quedar con él cada dos por tres. Fue así, de pronto. Un día los empiezo a ver juntos. O llego a su casa y Henry está ahí. Henry es el idiota del merchandising, al que le solté un cabezazo en casa de Crowley porque quería que me alejara de Grimm. Ese mismo.

Cada vez que nos cruzamos baja la temperatura unos cuantos grados. Henry es grande, corpulento, calvo y con barba. Y un enterado. Controla mucho de música, pero no en plan guay, en plan de alguien que ha escuchado mucho y ha ido a muchos conciertos, sino en plan pedante. También controla de arte. Es de esas personas que lo critican todo, que le sacan fallos a cualquier cosa y que se jactan de ser excelentes en su trabajo. Ya ves tú, su trabajo. El tío dice que es artista, y se dedica a hacer portadas para algunos grupos y diseños para el merchandising. Los diseños le quedan bien, porque suele poner lo que nosotros le pedimos. Pero sus portadas dan *ascopena*. Aunque él las defiende como si fueran la octava maravilla y cuando a alguien no le gustan, lo achaca a que no lo entienden.

En suma, es la clase de persona que a mí me da ganas de vomitar.

Pues Grimm es super amigo de este maromo, ¿ok? Cosa que a mí me resulta cada vez más insoportable, sobre todo porque cada vez

andan más juntos.

A veces, está mirando el móvil y riéndose. Si le pregunto siempre es por un sms de Henry. Menos mal que no tiene whatsapp, si no creo que acabaría tirándole el puto móvil a la piscina «por accidente». Cada grupo nuevo que conoce es porque se lo ha enseñado Henry, y el colmo fue cuando apareció en su casa con una bolsa de ropa que le había dado Henry. ¿Por qué hostias tiene que ponerse la ropa de ese tío?

—Es ropa suya, antigua. Como ya no le está bien...

—Normal.

—Chris, no seas cabrón.

—No soy cabrón, es que está gordo. Es una realidad objetiva.

—Bueno, pues tiene camisetas que ya no se pueden encontrar. Hasta de Bauhaus.

—Pues muy bien.

—¿Estás molesto?

—No.

Obviamente sí lo estaba. Pero qué le voy a decir. «Sí, me molesta que veas a tu amigo el zampabollos subnormal». Como si yo tuviera algún derecho o algo.

Pensar en Henry me amarga un poco, así que me lo quito de la cabeza y hago planes. Cuando llegue a casa de Evan y le dé el libro de fotos voy a aprovechar para preguntarle si quiere venir a cenar a casa. ¿Se agobiará? No sé, no parece de los que se agobian. Nunca

le gusta que me vaya a casa. No, no creo que se agobie. Me mirará con ojos brillantes y dirá que sí, y yo le besaré, y lo haremos en su sofá, él encima al principio, y después le daré la vuelta y le apoyaré en los cojines y le daré duro, que es como más le gusta. Y a mí.

Con esa expectativa, empiezo a ponerme un poco cachondo, así que acelero. Me salto un par de semáforos y llego en menos de diez minutos a su casa. Récord.

Aparco junto a la puerta y llamo al timbre, colocándome el tema dentro de los pantalones. Entonces la puerta se abre y me vuelvo a impresionar, porque otra vez está vestido para matar, como aquella noche en que fuimos al Nightforest y yo me volví medio marica.

Dios mío, Evan. Cada día me vuelves más loco.

Le miro de arriba a abajo y le silbo con admiración.

—¿Vamos a alguna parte, o te has vestido así solo para impresionarme?

Estoy nervioso. Estoy realmente nervioso. Y acojonado. Mientras me arreglaba han pasado mil cosas por mi cabeza, pero la que más me acojona es que a Chris le dé igual lo que haga. Que me mire con indiferencia, me dé el libro, y se vuelva a casa. Mi yo racional no deja de repetirme que eso no va a pasar, y tengo pruebas de sobra como para haber asumido a esta altura que le está jodiendo lo que estoy haciendo con Henry. Aunque en realidad no esté haciendo nada.

A veces finjo que es Henry el que me escribe sms —Draven no debe haberse enterado de que eso ya solo lo hacen las madres. Y yo

— Le busco para hablar, y me aseguro de que él lo vea, y casi puedo ver cómo le sale el humo por las orejas cuando se acerca a preguntarme algo y le ignoro, o le digo que espere porque Henry está enseñándome los bocetos para el merchandising. A veces me siento como un hijo de puta, porque sé que Draven le odia, no le puede tragar, y por eso le he elegido. Y también porque Henry no tiene ningún interés conmigo más allá de hincharse el ego pensando que me descubre las amélicas cada vez que abre la boca. Amí me cae bien, y es cierto que descubro cosas nuevas, pero Draven tiene razón cuando dice que es un poco pedante. Bueno, él le llama otras lindezas. Aun así esto es jugar con fuego, la verdad es que a veces tengo miedo de que le suelte una hostia y se pongan otra vez a pelearse como borrachos, pero no he tensado tanto la cuerda como para que eso ocurra.

Y hoy, ni siquiera me he citado con Henry. Por eso cuando abro la puerta y él silba, tengo que hacer un enorme esfuerzo por mantener mi mentira, y sonrío, sintiéndome muy cabronazo por dentro. Aunque no puedo negar que esto tiene cierto sabor a dulce venganza.

—Voy al Nightforest... —miro el reloj del móvil, intentando no hacer ninguna gilipollez como tirarlo por haberme puesto nervioso—. Y voy tarde. He quedado con Henry para tomar una copa y ver a un grupo local.

Le miro. Y cruzo los dedos mentalmente.

Ahí estoy yo, con la bolsa del Dunkin Donuts en la mano y su puto libro de fotos, haciendo el primo. Debe estar de coña. No puede ser

verdad. Siento cómo se me tensan todos los músculos y un calor febril me sube hasta detrás de la nariz, donde parece concentrarse, haciéndome arder los pómulos.

—¿Qué te traes con Henry? —No te pongas borde. No te pongas a la defensiva. Y sobre todo, no pierdas los papeles, Chris. Recuerda que no tienes ningún derecho a pedirle cuentas.

Y una mierda.

—¿Te lo estás tirando? ¿O es que te lo quieres tirar? ¿Qué está pasando aquí?

Ya no estoy cachondo, ni siquiera furioso. Furioso también, de acuerdo. Pero lo que me está pasando ahora es... el descarrilamiento de la montaña rusa. Incertidumbre y pánico, pánico del de verdad, del de encontrarte solo en medio de un bosque. Y si pensáis que eso no da miedo, hacedlo.

No puede estar tirándose a Henry. No puede haberse vestido así para ir a ver a Henry. Esto tiene que ser una broma, una puta broma sin ninguna gracia.

La venganza no me sabe nada dulce cuando observo su reacción. Le ha cambiado la cara, se le ha borrado la sonrisa y me mira igual que cuando está a punto de liarse a hostias. Solo que sé que debe estar imaginándose matando a Henry a puñetazos, o algo así. Me cuesta no decirle que no pasa nada, que no voy a ir con nadie, me cuesta no descubrirme demasiado pronto, porque veo que lo está pasando mal. Pero recuerdo lo que me dijo Alexandra.

Llevar a alguien al límite no siempre es buena idea, pero sé que si no lo hago con Draven, no se enfrentará a esto, no podrá ponerle palabras a lo que quiere. Y espero no estar equivocándome con lo que quiere.

—No me lo estoy tirando —digo mientras me guardo el móvil, intentando mantenerme indiferente a él—. Me ha escrito esta tarde por si quería salir un rato con él. Así que ya veremos. ¿Qué pasa? ¿Te molesta?

Joder, no sé cómo puede ser tan frío a veces. ¿Cómo que si me molesta? Tiene huevos la cosa. Pero no soy tonto, yo no me chupo el dedo y sé ver las señales. Aunque nunca se lo diría, porque Evan se ofende mucho con estas cosas, en eso él es como las tías. De vez en cuando manda señales, señales que uno tiene que hacer una puta tesis doctoral para averiguar. Y esto no puede ser más que una señal de que algo no está bien.

—Vale, una de dos, o entras dentro y hablamos o voy contigo y le reviento la cara a ese pazuato. Tú eliges.

—¿Qué? —Me mira como si fuera un loco y frunce el ceño. Joder. Encima se ha puesto la cosa esa del lápiz negro en los ojos. ¿Por qué hace esto?—. No empieces con tus chifladuras, no tienes por qué romperle la cara a nadie. Y se me está haciendo tarde.

—Por mí como si te da el putito fin de año, le mandas un mensaje y le dices que no puedes ir, o algo así. Tienes que explicarme algunas cosas y no me voy a ir hasta que lo hagas, ni tú tampoco, ¿ok? No puedes... no puedes...

Mierda. Con lo bien que iba últimamente ya se me han vuelto a joder las palabras. De nuevo siento presión en el pecho y el corazón a ciento cuarenta por hora, y tengo ganas de golpear algo.

—Cálmate. ¿Por qué te pones así?

—No me estoy poniendo de ninguna manera. ¡No me jodas! ¿Por qué te pones tú así? —digo señalándole de arriba abajo. Estoy levantando la voz en la calle y no quiero dar el espectáculo—. ¿De verdad te vas a ir a ver a ese tío así? ¿Qué está pasando? ¿Me estás castigando por algo? ¿Qué he hecho ahora?

Se me está yendo de las manos a toda pastilla. Miro alrededor, buscando una salida, como si estuviera acorralado. Y es que si no quiero que se vaya voy a tener que meterle dentro a la fuerza, y no quiero hacer eso. No quiero tocarle con rudeza ni obligarle a hacer nada que no quiera. Pero es que no lo entiendo. No entiendo nada.

—No está pasando nada, ¿por qué te extraña tanto? Tú has estado con chicas, yo solo voy a salir con Henry. ¿Dónde está el problema?

¿Qué? Será posible... Mascullo un taco y le agarro del brazo para meterle dentro, de verdad que no quiero, pero no pienso dar el espectáculo aquí en medio de la calle, en pleno centro de Berkeley, y menos con él. Grimm refunfuña y se resiste un poco, pero no tanto como para que me lo tome en serio. Cierro la puerta de un golpe tras nosotros y le miro fijamente, apretando los dientes mientras busco las palabras, que me chulean y se me escapan todo el tiempo.

—Yo no estoy con chicas, joder. Ni con chicos. ¿Por qué dices eso? Y no es que vayas a salir con Henry, es que... —No, di la verdad, di la

verdad—. Qué coño, sí, no quiero que salgas con Henry, me pone de los nervios. Y menos vestido así. Tío. Tú no te vistes así para nada.

—¿Me vas a decir tú cómo tengo que vestirme? ¿Y qué es eso de que no sales con chicas? ¿Te crees que estoy ciego? —Mierda. Esto está muy mal. Ahí tiene ese brillo en los ojos, angustiado, amargo—. Te has liado con ellas delante de mis narices ¿tú puedes hacerlo y yo no? Yo al menos tengo la delicadeza de no restregártelo por la cara.

—¿Es por eso por lo que estamos discutiendo? ¿Es por eso? — Porque estamos discutiendo. Y la verdad es que es la primera vez que lo hacemos. Y no me gusta. No me gusta nada. Es como si todo se tambaleara. Se abren grietas por todos lados y empiezo a tener miedos absurdos, y a pensar que me va a dejar y esas cosas—. ¿Es por las tías? A mí me gustas tú, maldita sea, ¿es que no lo sabes, no te has dado cuenta aún? Y yo no... no quiero decirte cómo te tienes que vestir ni lo que tienes que hacer ni... —otra vez me estoy liando. Aprieto los dientes y le suelto un puñetazo a la puerta, apoyando la espalda en ella. Se me va todo de las manos y se me nubla la vista, la mente y hasta la razón—. No te vayas con él. Si te vas con él le voy a matar. Te juro que le mato. Le mato y me paso la vida en la cárcel, pero me lo cargo.

Doy un respingo cuando golpea la puerta. Me tenso. La ansiedad me pulsa en el pecho y no me deja respirar bien. Quiero terminar con esto, pero a un tiempo me cabrea. Me angustia y me cabrea, porque no es capaz de poner las cosas en su lugar. Y no sé si ha sido la mejor idea hacerle esto. Joder, una parte de mí no deja de gritarme que sí, y que se lo merece. Yo no he matado a nadie, ni he golpeado a ninguna

de esas zorritas a las que les ha metido la lengua en la boca... y no sé si algo más. ¿Por qué coño tengo que sentirme mal? No puede tenerme a mí por seguro mientras él hace lo que le sale de las pelotas, y ofenderse cuando quiero salir con alguien. Y es que ni siquiera quiero salir con nadie.

—¿Por qué tiene que bastarme a mí que yo te guste si a ti no te basta que tú me gustes, Draven? Tengo claro que te gusto, pero no sé qué significa que yo te guste, no entiendo cómo puedo gustarte... cómo puedes besarme como si no existiera nada en el puto mundo y luego comerles la boca a las tías del Infierno, y hacerlo delante de mí.

—¡No entiendo nada de lo que dices! ¿Cómo que qué significa que me gustes? Joder, ¿y qué quieres que haga? ¿Salimos de la mano y le decimos a todo el mundo que estamos follando, o cómo va la cosa? Porque hasta donde yo sé, tú no has dado muchas muestras de querer hacer público que te gustan los tíos. ¡Si siempre estás escondiéndote!

Trago saliva de nuevo. Me duele la garganta. Odio esto. Odio discutir, pero sobre todo odio discutir con él, odio verle acorralado, y ver la angustia en sus ojos, me hace sentir más inseguro que nada en el mundo. Y mi enfado empieza a diluirse cuando comprendo lo que sucede. No es que no lo supiera, que no lo intuyera, pero me estaba haciendo daño, joder, y tal vez mi actitud nos haya hecho más daño a los dos.

—Joder, Draven. —Me paso la mano por el pelo y desvío la mirada. Niego con la cabeza—. ¿Estás haciendo eso para disimular? Hay... hay un puto trecho enorme entre guardar las apariencias y liarle con toda tía que se te ponga a tiro. ¿Cómo se supone que tengo que

reaccionar yo a eso? ¿Callándome y aguantando? No quiero que le digas al mundo que estamos follando, al mundo no le importa una mierda lo que hagamos, solo... solo quiero que me digas a mí qué... qué coño soy para ti. —Me falta el aire, joder. Aprieto los dientes e intento llenarme los pulmones. Si él no encuentra las palabras, yo las tengo claras desde hace tiempo—. Porque tú para mí eres presente y futuro... porque no quiero que esto termine, joder, y no quiero salir con el gilipollas de Henry, ni disimular más, ni fingir indiferencia cuando te acercas a mí. Quiero besarte cuando me dé la gana. Te quiero, y me da igual si el mundo lo sabe.

Me duele la mandíbula de apretar los dientes. Y veo borroso. Espero que eso no sean lágrimas, espero que el ardor en mis ojos no lo sean, así que vuelvo a tragar saliva con fuerza.

No sé si la he cagado pero estoy harto de mantenerlo dentro.

Joder.

Otra vez parece que se me va a abrir el suelo bajo los pies, pero ahora es algo muy diferente. Estoy hecho un lío. Hay muchas cosas doliéndome por dentro, como alfileres jodiéndome en el pecho y en la garganta, y al mismo tiempo una sensación de aire en el estómago, como al bajar a toda hostia por una cuesta empinada.

Pero antes de poder ordenar todo en mi cabeza, mis palabras y sus palabras, le veo así, al límite, y no puedo.

No lo puedo resistir.

—No, no, no, no. —Le agarro y le abrazo contra mí, acojonado.

Luego le separo y me aseguro de que no está llorando. No llores, por Dios. No lo voy a soportar. Eso no puede suceder—. Perdóname. Perdóname por todo, ¿vale? No te... no... mira, ya sabes que soy medio idiota. No sabía que... ¿Por qué no me dijiste que te molestaba? Yo no pensaba que fuera nada grave. Solo creí que tenía que seguir haciendo lo que hacía siempre. Creía que era lo mejor, para que nadie supiera que tú y yo estábamos juntos, porque tú no querías que lo sospecharan. Pero me da igual, ¿ok? Soy idiota, y todo esto me viene muy de nuevas. No entiendo los límites. Perdóname, por favor, pero no... no te pongas así, joder. No he estado con nadie, solo estoy contigo. No han sido más que tonterías. Cuatro morreos tontos para salir del paso. No tienes que sufrir. Y menos por mí. Me vas a romper el corazón, joder.

Le vuelvo a abrazar. El corazón me va a mil.

¿Ha dicho que me quiere? Dios. Qué fuerte.

Tengo que decir algo a eso, no puedo fingir que no lo he oído ni hacer como si no hubiera pasado, es algo muy valioso, y tengo que tratarlo con cuidado.

Vale. Con calma, Chris. Y con tiento. Y no le aprietes tanto, que le vas a exprimir.

Le suelto, suspirando, y le pongo las manos en los hombros mientras le miro y trato de hacerlo bien. Él parece un poco más aliviado pero aún tiene los ojos vidriosos y esa expresión torturada. Se me clava en el alma.

—Llevo mucho tiempo jodido con todo esto... no sabía cómo decírtelo. Te veía actuar como si nada y no sé si... no sé si estoy

haciendo el idiota, Chris. Estoy harto de sentirme ridículo.

Me muerdo el labio. Si alguna vez he tenido que hacer algo bien en mi vida, es ahora. Ahora no puedo cagarla. No la cagues, Chris.

—Escucha. Yo... soy consciente de que tengo mucha suerte, ¿ok? Soy un privilegiado porque tú me quieras. Y significas mucho para mí. Lo que me has dicho es un tesoro y voy a guardarlo como tal y a... —Busco a toda velocidad la palabra adecuada. Y la encuentro—. Voy a honrarlo, ¿ok? Ni siquiera sé si me lo merezco. Seguramente no. Pero... —La parte difícil—. A ver. No me costaría nada decirte ahora mismo que te quiero, sería fácil y seguramente cierto. Pero no es eso lo que te quiero decir. Es otra cosa. Se parece, tiene algo de eso, pero tiene más... —cierro los ojos, tomo aire—. Por favor, entiéndelo bien y que Dios me dé iluminación para ser capaz de decirlo como es debido y no cagarla otra vez.

—Chris, no tienes que...

—Lo que intento que veas es que... siento cosas putamente bestias por ti, ¿ok? Pero quiero decírtelas bien y de la forma más perfecta posible, porque tú no te mereces más mierdas, ni más torpezas. Así que necesito que me des un poco de tiempo para tenerlo listo, y que tengas un poco más de paciencia conmigo.

—Chris...

—Y que me digas lo que quieres y lo que no quieres, aunque te parezca lo más elemental. Porque para mí no siempre está tan claro. Mi vida ha cambiado una burrada, y si te digo la verdad, la mayor parte del tiempo no sé ni lo que estoy haciendo, así que, ayúdame, ¿vale? Ah —añado—, y le he dicho a mi madre que estoy con un tío, y quiere

saber si vas a venir a cenar en Acción de Gracias. Aunque no se lo he dicho a Crowley. Tendremos que hablar con él, y ver un poco cómo vamos a llevar todo esto...

Ahora no puedo parar de largar. Aún estoy asustado y se me entrecorta un poco el aliento de vez en cuando, pero aquí estoy. Creo que no puedo parar de hablar porque me da pavor lo que él pueda decirme. Tal vez no es esto lo que quería escuchar, pero es lo que tengo para darle.

Según le escucho la presión se afloja. Me he abrazado a él como si estuviera a punto de caer por un precipicio y él fuera la salvación. Y es que me he sentido así, al borde, entre la tierra firme y esa caída infinita que tantas veces he imaginado. Cuando sus brazos me rodean todo se vuelve sólido.

Y puedo respirar. He notado el calor en mi mejilla, y limpio el rastro de humedad antes de que Draven pueda verlo, bajando la cabeza cuando me separa de él para mirarme. Ahora no deja de hablar... y no me deja hablar, pero no me importa, todo lo que está diciendo me vale más que un «yo también». Sé que él siente de manera muy intensa, y sé que las cosas son difíciles de explicar para él por eso.

Y para mí también lo son. Son intensas, y me arden dentro hasta el punto de querer brotarme por los ojos, por los poros.

Me vuelvo a abrazar a él, ocultando el rostro en su cuello, apretándome contra su cuerpo. Le ha dicho a su madre que está con un tío. Joder, se lo ha dicho a su familia, y yo no he sido capaz de vencer eso, yo sigo callado y fingiendo. Pensaba que el miedo lo tenía

él, pero de pronto me doy cuenta de que soy yo. Yo estoy acojonado por el juicio, siempre lo he estado, no quiero que nadie juzgue lo que siento, y debería importarme tan poco como a él. A él nunca le ha importado que le juzguen.

—Quiero que estés conmigo —le digo sin apartarme, con la voz temblorosa—. Quiero estar contigo, y quiero ir en Acción de Gracias a tu casa. Lo entiendo todo, Chris... lo entiendo todo y te ayudaré. Pero ayúdame tú también a mí, ya no quiero vivir esto en silencio, y siento mucho si te he confundido con eso. Quiero estar contigo, y estar contigo en cualquier lugar, en cualquier momento.

—Todo va a salir bien, ya verás. —Me aprieta tan fuerte que casi me hace daño, pero eso también me gusta. Me hace sentir seguro y a salvo. Y me creo todo lo que dice—. Yo tengo mucha suerte. Si aún no me he matado, imagínate. Ya verás como todo sale bien, no te preocupes. Apartir de ahora solo puede mejorar.

—¿Entonces estamos juntos?

Le oigo soltar una risilla.

—Por Dios, pues claro que estamos juntos.

—No me parecías muy seguro de eso estos días atrás.

—Qué más da. Cuando tú me preguntas las cosas, de pronto estoy seguro de todas las respuestas.

Cierro los ojos y me refugio en su abrazo. El último peso que aplastaba mi corazón desaparece, y por primera vez en mucho tiempo siento que lo mejor acaba de empezar.

EPÍLOGO

Faltan dos días para las vacaciones. Crowley ha decidido que nos vamos a tomar un par de semanas ahora que tenemos completo el *setlist* para la próxima gira. Cuando regresemos vamos a ensayar números con Alexandra, que ahora también forma parte del grupo, o algo así. La tía va a bailar en el escenario dos veces por concierto. Yo creo que va a petarlo, con lo buena que está y lo bien que se mueve, los tíos se van a volver locos. Las tías ya tienen a Crowley para eso. Y a mí, je.

Hemos terminado el ensayo y ahora estamos haciendo un poco el tonto con los instrumentos. Grimm le está mostrando a Demona y Alex su nuevo —y primer— tatuaje mientras hace acordes con el piano. Fuimos a hacérselo la semana pasada y todavía tiene que llevarlo tapado y curárselo, pero por la pinta que tiene, cuando pase una semana más lo tendrá listo. Es un lobo con un collar con pinchos y una cadena enredada. Él enseña su brazo con orgullo mientras explica que no le dolió y que ni siquiera se mareó. La verdad es que aguantó con dos cojones. Yo siempre me mareo con los tatuajes en el hombro, no sé por qué, pero Grimm estuvo ahí estoico, serio, y sonriendo de vez en cuando con mis chorradas. Todo un machote.

Yo estoy charlando con Crowley y Ash sobre la nueva canción. La he compuesto yo, y estoy comentándola con el jefe, que parece bastante satisfecho, mientras toco las partes del bajo.

—Esa melodía es muy folladora, ¿eh, tío? —dice Ash—. Súper sexy.

—Sí, ¿verdad?

Empiezo a mover la pelvis adelante y atrás, riéndome como un perverso mientras toco como si estuviera tirándome al instrumento. O el instrumento fuera mi polla. Grimm me mira de soslayo y se queda observándome. Le guiño el ojo fugazmente y él aparta la vista, haciéndose el loco. Sí, sí. A mí no me engañas. Seguro que ya está pensando en lo de anoche.

—No sé qué es más cerda, si la música o la letra.

Crowley está leyendo las estrofas que le he pasado con una sonrisa diabólica.

—¿Te gusta?

—Es prometedora.

—No te he preguntado si crees que va a funcionar, te pregunto si te gusta.

—Sí, me gusta.

Sonríó cuando al fin me responde lo que quiero oír.

—Guay. Va, cántala y vemos qué tal queda.

Sé que Crowley no la va a aceptar para Masters of Darkness si no está por completo a su gusto y dentro del estilo de la banda, pero llevo más tiempo del que él se imagina trabajando en ella y sé que es perfecta. Perfecta. Lo tiene todo: erotismo, guarradas, intensidad, potencia y un poco de salvajismo.

En realidad, empecé a componerla hace meses. Quería enseñarle la primera parte la noche de la fiesta en su casa, cuando me peleé con Henry. El plan era mostrársela para que viera que estoy comprometido

en serio con esto. Pero como estaba tan drogado pensé que no era buen momento. En realidad me alegro de no haberlo hecho antes, porque he podido trabajar mejor en ella.

Ash coge la guitarra y Crowley se acerca al micro, con la cuartilla en la mano. Grimm nos mira con extrañeza.

—¿Qué hacéis?

—Vamos a probar la canción de Draven, a ver qué tal queda.

Ups. Grimm me mira un momento con cara de fingir que no está cabreado.

—No tengo la parte de teclado —le digo, sonriendo con cara de circunstancias— pero invéntate lo que quieras.

¿Por qué no me has dicho que estabas componiendo una canción?, dice su mirada. ¿Por qué no compartes estas cosas conmigo? Pero ahora lo va a entender todo.

—Sí, claro —suelta malhumorado mientras se sienta en el taburete—. Improvisaré.

Quiero decirle algo a Evan para ablandarle un poco, pero Ash viene a preguntarme unas cosas sobre la tabulación y le explico cómo va el ritmo. Estoy en ello cuando Crowley me sorprende con una pregunta inesperada.

—Oye, tío, ¿y por qué no la cantas tú?

Flipante. Le miro, perplejo.

—¿Yo?

—Claro, joder. Puedes cantar y tocar a la vez. Lo hacías en Hellfire

Club y lo haces aquí. Te pasas el día dando gritos, hasta cuando no te toca.

—¿Y qué vas a hacer tú mientras?

—Pues darle a la pandereta y zorrear con vosotros. —Levanto la ceja. No estoy muy seguro. Eso parece impacientarse a Crowley—. Venga, coño. ¿No es tu canción? Pues defiéndela. En todo caso, si te rajás y tengo que cantarla yo, tendré que saber cómo va, ¿no?

—Ok, ok. —Cedo y le empujo para ocupar su sitio frente al micro—. Pues quita del medio, fósil.

—Qué insoportable eres. Venga, haz el ridículo para nosotros.

—Calla, marica.

El jefe se va riéndose y se sienta en el sofá de piel junto a Alexandra, pasándole el brazo sobre el hombro.

—Vale, tíos... —Me vuelvo hacia los demás—. Tres y entra el bajo, en el dos la guitarra y los platos... y tú como vayas viendo, Grimm. Un... dos... un, dos, tres, y...

He tocado muchas veces esta canción [1](#) a solas en mi piso. La he ajustado y reajustado, he buscado el sonido y he pulido cada jodido acorde hasta que he quedado contento.

Así que no me cuesta nada escupirla ahora delante de todos. Es verdad lo que dice Ash, el bajo sigue una línea melódica sexy y sincopada que sube y baja como una insinuación hasta que entra la guitarra con un riff sucio y acelerado, luego la batería cambia de tiempo y se desata la explosión. Es un tema oscuro, rápido, motero y con reminiscencias de *trash* metal. Cuando empiezo a cantar, mordiendo las

sílabas y rasgando la voz al final de cada estrofa, cada puta palabra me sale del alma, del estómago y de la sangre. El calor me corre por las venas, se me acelera el pulso y me doy cuenta de que esto es lo mejor que he hecho en mi puta vida desde que firmé por Masters y me acosté con Evan.

Suena guay. Suena jodidamente guay. Y no es solo que lo sepa yo, es que siento el entusiasmo de mis compañeros alrededor y veo la expresión brillante en los ojos de Alexandra y de Crowley. Ese hijoputa perfeccionista nunca estará satisfecho, pero creo que al menos estoy consiguiendo impresionarle lo suficiente como para que la canción entre en el próximo disco.

Arraso cada nota hasta el final, sin parar aun cuando Ash vacila con los acordes o directamente se los inventa, sin parar, cubierto por la batería de Demona, que se lo está pasando en grande con este temazo —sí, es un temazo—, sin parar, aun cuando el teclado se silencia y me doy cuenta de que Evan ya lo ha pillado.

Le miro con disimulo. Él me está mirando con los ojos como platos. Sonrío eufórico y suelto un rugido del metal que hace acoplarse los altavoces.

La canción es un trallazo que no baja de revoluciones hasta el final y acaba en una explosión que es como un orgasmo. Y cuando llega a su fin, estallamos en risotadas y aplaudimos, satisfechos. Ash se descojona. Demona está encantada de la vida y Alexandra se ríe.

—No me puedo creer que hayas escrito eso.

—Es la canción más guarra que he oído nunca.

—Nos van a prohibir tocar en un montón de países —festeja Ash.

—Eso será si la tocamos —puntualiza Crowley. Le miro con desdén.

—Venga, tío...

—Hay que hacer la parte del teclado y pulir las guitarras. El bajo está perfecto.

—Pues claro que está perfecto.

Seguimos hablando un rato sobre la canción, hasta que poco a poco, cada uno empieza a marcharse a su casa. Ya son más de las diez de la noche cuando Grimm y yo abandonamos juntos la mansión. Estamos caminando hacia la moto, que está aparcada junto a la cancela. Grimm tiene el coche en el taller, cosa que no me extraña porque su carro es una basura, pero no quiere cambiarlo. Cada uno con sus manías.

—Estás muy callado —le digo—. ¿No te ha gustado la canción?

—Claro que sí. Pero no me habías dicho nada. Y la verdad es que hubiera preferido que...

—... te lo dijera, ya. Y que te la cantara a solas, a la luz de la luna...
—replico con tono teatral y soñador.

Él me mira con el ceño fruncido.

—No te burles.

Me paro un momento para abrazarle y besar su boca, que es en parte la culpable de que exista semejante canción. Él está reticente pero pronto se ablanda y me corresponde. Dios, cómo me gusta. Estaría mordéndole los labios todo el día.

—Idos a un hotel.

Demona y Ash pasan a nuestro lado y nos tiran un paquete vacío de tabaco. Yo les enseño el dedo corazón, pero Grimm se aparta, algo azorado.

—Vamos, se hace tarde.

Intenta seguir caminando pero yo le agarro de la mano y le atraigo de nuevo hacia mí.

—Ven aquí.

Le beso otra vez, hasta que su resistencia cede por completo y acabamos dándonos el lote junto a la cancela como dos adolescentes.

Evan es muy reservado y no le gustan esas bromas. Se siente muy incómodo con los chistes sobre maricas, con eso de que la gente se tome a cachondeo la orientación sexual o que le insinúen cosas tan inocentes como lo de irse a un hotel. Pero poco a poco lo va superando. Los del grupo ya saben que estamos juntos y resulta que a todo el mundo le da igual. Anadie le extrañó enterarse de que a Grimm le van los tíos, aunque lo mío les pareció más sorprendente.

—¿¿Todos lo sabían?? —me preguntó desolado después de que tuviéramos la conversación embarazosa de turno con los compañeros.

—Se lo imaginaban, creo.

—¿Pero cómo? Si yo siempre he sido muy discreto.

—Pues ya ves. Tanto esfuerzo en ocultarle a todo el mundo que te van los rabos...

—No hables así.

—... y todos lo intuían, y a todos les da igual. ¿Ves? Las cosas son más fáciles de lo que crees.

—Supongo que sí.

De modo que todo sigue como siempre.

En esa conversación, cuando les explicamos a todos lo nuestro, luego me fui un rato a solas con Crowley y le pregunté cómo quería que lleváramos esto de cara al exterior. Me dijo que le daba igual, que no creía que afectara al grupo y que en su opinión, los rumores sobre romances entre miembros de la banda no traían nada malo sino todo lo contrario:

—Esto volverá locas a las fans, ya verás.

—Bueno, para el carro. Tampoco es que vayamos a hacerlo público.

—Ni falta que hace. ¿Alguna vez has leído fanfictions?

—¿El qué?

Esa tarde, el jefe me enseñó en su portátil cosas que me dejaron alucinado. Había colgados por la web relatos sobre nosotros. Relatos guarros, algunos románticos, otros de humor... y en ellos, nos enrollábamos unos con otros. Los fans que los escribían nos juntaban por parejas, y según quién estuviera follándose a quién lo llamaban de un modo. Leímos un *Ashley*, un *Graven* —que me dio algunas ideas para hacer luego en casa con Evan— y varios *Crowathan*, que eran los más abundantes, cosa que no es de extrañar. Crowley y Elathan han dado mucho que hablar siempre.

—Muy fuerte. ¿Y esto existe desde hace mucho?

—Ni te lo imaginas, chaval.

Así fue como descubrí el mundo de los fandom y ahora estoy enganchado.

Bueno, que me voy del tema. Como decía, Evan y yo hemos optado por la naturalidad. No vamos haciendo bandera de nada, pero tampoco nos escondemos... al menos, no mucho. A Evan aún le cuesta un poco, aunque se esfuerza por no dejar que nada le condicione. Vamos paso a paso.

Ya hemos conseguido que no quiera irse corriendo si alguien nos mira raro al besarnos en un garito.

—¿Por qué no me dijiste que estabas escribiendo una canción? — me dice unos minutos después, cuando separamos nuestros labios.

—Quería que fuera una sorpresa.

—¿Y esta es tu forma de darme una sorpresa? ¿Delante de todos?

Se está quejando un poco, pero su tono es más mimoso que ofendido. Le roza la nariz con la mía.

—Vamos, nene, no te lo tomes tan mal... entiéndelo. Es difícil que una canción así luzca en acústico. Quería que la escucharas en condiciones.

—Ya, pero...

—No he acertado, de acuerdo. Dame otra oportunidad. Aver qué te parece esto.

Me mira con desconfianza.

—Ya quieres liarme.

Yo me inclino sobre él y le susurro a media voz, rozándole el cuello con la nariz y ronroneando. Su olor es una droga. Su piel, su presencia, sus ojos. Nunca puedo resistirme a él. No entiendo cómo he podido pasar tantos años sin darme cuenta de que estaba ahí. Es una locura.

—Esta noche me quedo en tu casa y te la canto al oído mientras te follo —le digo—. Despacio y fuerte, como a ti te gusta. Te la repetiré palabra por palabra, solo para ti. ¿Qué me dices?

—Tú todo lo arreglas igual. —Se queja, pero capto el matiz guasón en su voz.

—¿Eso es que no?

—No he dicho eso... —Levanto el rostro y busco en sus ojos la verdad. Desvía la mirada, seductor, y reprime una sonrisa provocadora. Por Dios, me vuelve loco. Me hace perder la razón. Da igual cuánto tiempo pase, cada uno de sus gestos es un maldito hechizo que me embruja—. ¿Nos vamos o qué? Tienes mucho que hacer esta noche para aplacar mi enfado.

Sonríó como un lobo hambriento y le suelto para subir a la moto y quitarle el freno. Él se sienta detrás de mí y me abraza la cintura.

—Haré todo lo que haga falta para que me perdones.

—Eres idiota —me dice, y luego me besa el cuello con una ternura conmovedora.

—Pero me quieres.

—Te quiero.

Arranco la moto y nos saco de allí a toda hostia. Quiero llegar a casa de Evan y cumplir mi promesa. Le siento detrás de mí, con la mejilla pegada a mi espalda y sus brazos alrededor de mi cintura, noto el latido de su corazón, cada una de sus respiraciones.

Su existencia es un milagro. Su amor, un tesoro incalculable. Y todo es mío.

Y mientras recorro las calles de Berkeley con él agarrado a mi cuerpo, sin casco y con la melena al viento, saltándome algún semáforo que otro e insultando a los conductores, con las luces de la ciudad pasando a toda pastilla por mi lado, me siento el tío más afortunado del puto mundo.

FIN

Hazte fan de mi página de autora en Facebook para saber más sobre la Saga Indomable, participar en sorteos y enterarte de todas mis novedades: [Kattie Black - Escritora](#)

Los títulos de los capítulos pertenecen a canciones de Lord of the Lost, así como las citas en el inicio de cada uno de ellos.

Madrid, diciembre de 2015



[1] Rhapsody y Stratovarius son dos grupos de power metal. Fabio Lione, cantante de Rhapsody, ha incluido en los agradecimientos de algunos de sus discos a Chesterfield Cigarettes y es un fumador ocasional. Timo Kotipelto, cantante de Stratovarius, no es fumador, que sepamos...

[1] Wild dog

I see you walking down the street
Your body smells of dark desire
Bewitching eyes
shining like the moon
I wanna sink into your gloom
And you say come,
Your lips so wet suck out my soul
Come, come,
Your tongue so sweet around my cock
Come, come,
Your touch is driving me insane
You've got my leash,
I have no control.
I wanna howl

Like a wild dog

I need to fuck you every fucking night and day

I wanna howl

Like a wild dog

I need to ride you hard and make you scream my name

They say I'm dirty, they say

I'm naughty

But you just lick your lips and tell me come, come, come

They say I'm a boozier, they say

I'm a looser

but they hate me 'cause I am your only whore,

fuck them all!

You're so far away from me

You move like a ghost from another world

But if you let me just kiss your feet

I will be forever your good wolf

I wanna howl

Like a wild dog

I need to fuck you every fucking night and day

I wanna howl

Like a wild dog

I need to ride you hard and make you scream my name

Who says love must be sweet?

Who says love must be pure?

My love is harsh and burns with hellfire

My love is poison, your love is drug

Come, come,

You are the sorcerer, you are the witch

Come, come,

I am your slave, I am your bitch

Come, come

Just say a word and I'll be at your feet,

Come, come,

let me touch you and drink from your breathe,

Come, come,

Give me your heart and I'll feast in your flesh

Come, come,

Take all what you want, I'm so yours I don't care

I wanna howl

Like a wild dog

I need to fuck you every fucking damned night and day

I wanna howl

Like a wild dog

I need to ride you hard and make you scream my name

Who says love must be sweet?

...

Perro salvaje

Te veo venir caminando por la calle

Tu cuerpo huele a oscuro deseo

Ojos embrujadores

Brillando como la luna

Quiero hundirme en tu oscuridad.

Y dices "ven",

Tus labios tan húmedos absorben mi alma

"Ven, ven"

Tu lengua tan dulce alrededor de mi polla,

Ven, ven,

Tu tacto me está volviendo loco,

Tú tienes mi correa,

No tengo control.

Quiero aullar

Como un perro salvaje

Necesito follarte cada jodida noche y día

Quiero aullar
Como un perro salvaje,
Necesito cabalgarte duro y hacerte gritar mi nombre.
Dicen que soy sucio, dicen
Que soy malo,
Pero tú solo te lames los labios y me dices "ven, ven, ven",
Dicen que soy un borracho, dicen
Que soy un perdedor,
Pero me odian porque soy tu única zorra,
¡Que les jodan!
Estás tan lejos de mí,
Te mueves como un espíritu de otro mundo,
Pero si me dejas solo besar tus pies,
Seré para siempre tu buen lobo.

Quiero aullar
Como un perro salvaje
Necesito follarte cada jodida noche y día

Quiero aullar
Como un perro salvaje,
Necesito cabalgarte duro y hacerte gritar mi nombre.
¿Quién dice que el amor deba ser dulce?

¿Quién dice que el amor deba ser puro?

Mi amor es áspero y arde con fuego del infierno,

Mi amor es veneno, tu amor es droga.

Vén, ven,

Tú eres el mago, tú eres la bruja,

Vén, ven,

Yo soy tu esclavo, yo soy tu puta.

Vén, ven,

Solo di una palabra y estaré a tus pies,

Vén, ven,

Déjame tocarte y beber de tu aliento,

Vén, ven,

Dame tu corazón y me deleitaré en tu carne,

Vén, ven,

Toma todo lo que quieras, soy tan tuyo que no me importa.

Quiero aullar

Como un perro salvaje

Necesito follarte cada jodida maldita noche y día

Quiero aullar

Como un perro salvaje,

Necesito cabalgarte duro y hacerte gritar mi nombre.

¿Quién dice que el amor deba ser dulce?